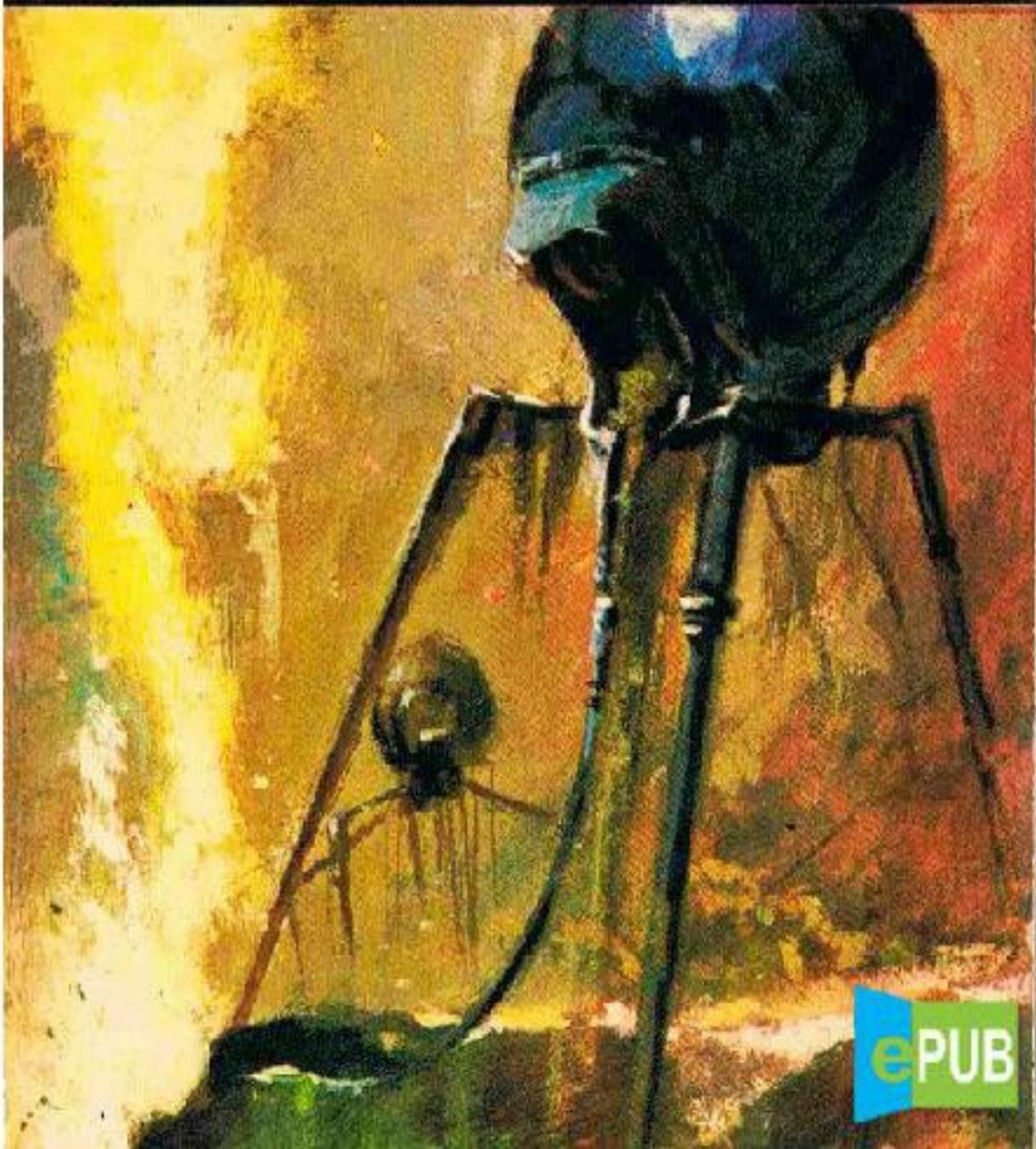


CIENCIA FICCIÓN 1



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



AA. VV.

Ciencia ficción. Selección 1

ePub r1.4
Titivillus 04.03.17

Título original: *Ciencia ficción. Selección 1*

AA. VV., 1971

Traducción: F. Corripio & Jaime Piñeiro

Portada: Angel Badía

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Problemas del genio creador (Problems of Creativeness) Thomas M. Disch, 1967.

Los hombres sin alma, o Los vitanuls (The Vitanuls) John Brunner, 1967.

El talismán cíclope (The Cyclops Jujú) Shamus Frazer, 1967.

Cuando los pájaros mueran, Eduardo Goligorsky, 1967.

La clave (The Key) Isaac Asimov, 1966.

Onda cerebral (Brain Wave) S. y J. Palmer, 1967.

Un húmedo paseo (A Walk in the Wet) D. Etchinson, 1966.

PROBLEMAS DEL GENIO CREADOR

Thomas M. Disch

Sentía un dolor sordo, una especie de vacío en la zona del hígado, el asiento de la inteligencia, según la *Psicología* de Aristóteles; sentía como si alguien estuviese dentro de su cuerpo inflando un globo, y que aquel globo era su organismo. Unas veces lo ignoraba, pero otras no podía hacerlo, igual que cuando se tiene una encía hinchada e incesantemente se comprueba su estado con la lengua o un dedo. Se sentía enfermo y las piernas le dolían de estar tanto tiempo sentado.

El profesor Offengeld estaba hablando de Dante. Dante había nacido en 1265. «Nació en 1265», escribió en su cuaderno.

Se habría sentido igual aun a pesar de la frialdad de Milly, pero esto no hacía más que empeorar las cosas. Milly era su chica, y ambos se amaban, pero durante las tres últimas noches ella le esquivaba ostensiblemente, diciendo que tenía que estudiar, o alegando cualquier otra excusa absurda.

El profesor Offengeld hizo una observación jocosa y los demás alumnos que se hallaban en el auditorio se echaron a reír. Birdie estiró las piernas por el pasillo y bostezó.

—El infierno que Dante nos describe, es el que cada uno de nosotros llevamos secretamente en lo más recóndito de nuestra alma —aseguró Offengeld, solemnemente.

Tonterías, se dijo para sus adentros. Todo eso era un montón de tonterías. Escribió «tonterías» en su cuaderno, y luego dio a las letras un aspecto de relieve, sombreando los lados con todo cuidado.

Offengeld les hablaba ahora acerca de Florencia, de los papas y esas cosas.

—¿Qué es simonía? —preguntó el profesor.

Birdie estaba escuchando, pero no se dio cuenta de la pregunta. En

realidad no la oyó, pues trataba de reproducir en su libreta el rostro de Milly, aunque no sabía dibujar demasiado bien. Exceptuando las calaveras. Estas le salían espléndidamente. Tal vez debió haber asistido a una escuela de Bellas Artes. Convirtió la cabeza de Milly en una calavera con larga cabellera rubia. Se sintió aún más enfermo.

Ahora le dolía el estómago. Quizá era la barrita de Synthamon que había tomado en lugar de una comida caliente. No se sometía a una dieta equilibrada, y eso era un error. Durante más de dos años había comido en cafeterías y descansado en dormitorios comunes. Desde que se diplomó en la escuela de enseñanza secundaria, para ser más exactos. Aquella vida era un infierno. Necesitaba un hogar, una existencia regular. Tenía que sentar cabeza, en suma. Cuando se casara con Milly iban a tener lechos gemelos. Tendrían un apartamento de dos habitaciones para ambos, y una de las estancias serviría sólo de alcoba. En ella no habría nada más que dos lechos. Se imaginó a Milly en su elegante uniforme de azafata, y luego comenzó a desnudarla mentalmente. Cerró los ojos. Le quitó primero la chaquetilla con la insignia de la Pan-American sobre el pecho izquierdo. Luego soltó el broche de la cintura y descorrió la cremallera. Deslizó la falda por encima del terso pantaloncito. Éste era del tipo antiguo, con encajes en los dobladillos. También la blusa estaba confeccionada de un modo tradicional, con muchos botones. Era engorroso soltar tantos botones. Birdie perdió interés en la imagen.

Los reos de pecados de la carne se hallaban en el primer círculo, dijo el profesor, porque su pecado era menor. Francesca de Rímini, Cleopatra, Elizabeth Taylor. La clase entera celebró la bromita del profesor Offengeld. Todos conocían a Elizabeth Taylor por la asignatura de Historia del Cine, cursada el año anterior.

Rímini era una ciudad de Italia.

¿A quién demonios podía interesarle semejante tostón? ¿Qué importaba el lugar donde había nacido Dante? Tal vez nunca había existido. Aun así, ¿en qué podía afectarle a él, Birdie Ludd?

En nada.

¿Por qué no se decidía a hacerle esas preguntas a Offengeld? ¿Por qué no le pedía que se callara de una vez?

La razón principal era que Offengeld no se encontraba allí. Lo que parecía el profesor era en realidad un flujo de electrones dentro de un gran cristal sintético. El Offengeld de carne y hueso había muerto dos años antes. En vida, el profesor fue considerado como el mayor erudito en los estudios sobre Dante y su literatura, y por ello el Consejo Educativo Nacional estaba empleando sus cintas aún.

Aquello era ridículo. Dante, Florencia, los papas simoníacos... Ahora ya no estaban en la condenada Edad Media, sino en el condenado siglo XXI, y él era Birdie Ludd, estaba enamorado, se encontraba solo y sin trabajo, y no podía hacer nada para remediarlo, nada en absoluto, ni disponía de un solo lugar donde refugiarse en todo aquel hediondo país.

La sensación de vacío que experimentaba en el interior del pecho se acentuó, y de nuevo trató de pensar en los botones de la imaginaria blusa de Milly, así como en la carne tibia y familiar que había debajo. Seguía sintiéndose enfermo. Rompió la hoja con la calavera dibujada, no sin echar una ojeada culpable al cartel que había sobre el estrado del auditorio, y que decía: EL PAPEL ES VALIOSO. NO LO DESPERDICIES. Entonces dobló los trozos con cuidado y siguió doblándolos hasta que fueron demasiado gruesos para seguir con la operación. Por fin introdujo el papel en el bolsillo de su camisa.

La muchacha que se sentaba a su lado le estaba mirando con mala cara por desperdiciar el papel de esa forma. Como otras chicas vulgares, era una acérrima conservadora, pero tenía excelentes notas, y Birdie contaba con ella para pasar los exámenes finales. Por consiguiente, le dirigió una sonrisa. Tenía una sonrisa realmente simpática. Todo el mundo se lo decía. Su único problema era la nariz, demasiado chata.

El profesor Offengeld dijo en ese momento:

—Y ahora vamos a realizar una pequeña prueba de asimilación. Por favor, cierren sus cuadernos y colóquenlos debajo de los asientos.

Su imagen se desvaneció, y se encendieron las luces del auditorio. A continuación, una voz grabada resonó en la sala:

—¡No hablen, por favor!

Cuatro monitores negros procedieron a distribuir las hojas con el cuestionario a los quinientos estudiantes que había en el auditorio.

Volvieron a debilitarse las luces y la primera elección múltiple apareció en la pantalla:

1. Dante Alighieri nació en: a) 1300, b) 1265, c) 1625, d) fecha desconocida.

Por lo que a Birdie se refería, la fecha era desconocida. La perra que se sentaba a su lado estaba ocultando su cuestionario. ¿Cuándo diablos habría nacido Dante? Había escrito la fecha en el cuaderno, pero no la recordaba. Alzó la vista para mirar de nuevo la pregunta, pero ya habían colocado la segunda en la pantalla. Hizo una señal en el espacio (c), y luego la borró, sintiendo vagamente que no estaba acertado; mas, al fin, volvió a trazar la misma marca. Cuando levantó de nuevo la mirada, aparecía ya la cuarta pregunta en la pantalla.

Esta vez debía elegir entre una serie de nombres ridículos de los que nunca había oído hablar. Aquel maldito cuestionario no tenía pies ni cabeza. Irritado, marcó la (c) en todas las preguntas, por anticipado, y luego entregó la hoja de papel al monitor que estaba en la parte anterior de la sala. El individuo le dijo que no podía abandonar el auditorio hasta que terminase la prueba. Birdie tomó asiento en un rincón oscuro y procuró pensar en Milly. Algo marchaba mal, pero no sabía lo que era. Sonó en ese momento la campanilla, y todos lanzaron un suspiro de alivio.

El número 334 de la calle 11 era uno de los veinte edificios idénticos que se construyeron en 1980 bajo el primer programa MODICUM, del Gobierno federal. Cada edificio tenía veintiún pisos (uno para tiendas, y el resto para viviendas), y las plantas presentaban forma de esvástica, con los brazos abiertos hacia cuatro apartamentos de tres habitaciones (para parejas con hijos), y seis apartamentos de dos habitaciones (para parejas sin hijos). Por consiguiente, cada edificio podía albergar a 2.240 ocupantes sin que se sintieran hacinados. El polígono, que ocupaba una zona de menos de seis manzanas de casas, albergaba una población de 44.800 almas. Había sido una notable realización, para su tiempo.

«¡Cállense!» Alguien, un hombre, estaba gritando por el patio de ventilación del número 334 de la calle 11. «¿Por qué no se callan, de una

vez?» Eran las siete y media, y el individuo llevaba chillando cuarenta y cinco minutos por el patio, desde que regresara de su trabajo (tres horas lavando platos en una cafetería). No era fácil saber a quién le gritaba. En otro apartamento, una mujer vociferaba, dirigiéndose a un hombre: «¿Qué significa esto, veinte dólares?» Y el hombre le replicó, no menos sonoramente: «¡Veinte dólares; eso es lo que significa!»

Numerosas criaturas lanzaban vagidos de descontento, y otros niños mayores hacían ruidos más fuertes mientras jugaban a las guerrillas en los pasillos. Birdie, sentado en la escalera, alcanzaba a ver, en el piso inferior, a una chiquilla negra de trece años que bailaba en aquel lugar, frente a la luna de un armario, y cantaba acompañando la música de un transistor que mantenía en el hueco de sus senos adolescentes. *No puedo decir cuánto le amo*, tronaba la radio, a todo volumen. No era una canción que agradase especialmente a Birdie Ludd, pero estaba catalogada en el tercer lugar del listado de éxitos del país, y eso quería decir algo. La muchacha tenía un traserillo bastante atractivo; Birdie pensó que la chica iba a hacer estallar las costuras de su pantaloncito de calle. Trató él de abrir la estrecha ventana que comunicaba la escalera con el patio de ventilación, pero se hallaba atascada. Retiró las manos cubiertas de hollín, y lanzó débilmente una maldición. «¡Ni siquiera puedo oír lo que pienso!», aulló el hombre por el patio.

Al oír que alguien subía, Birdie se sentó, abrió su libro de texto e hizo como que estaba leyendo. Pensó que tal vez sería Milly (fuera quien fuese, usaba tacones altos), y en la garganta comenzó a hacérsele un nudo. En el caso de que fuera Milly, ¿qué iba a decirle él?

Pero no era Milly. Tan sólo se trataba de una anciana que llegaba cargando con el bolso de la compra. Se detuvo en el rellano, debajo de Birdie, se apoyó en la baranda, suspiró y dejó en el suelo la bolsa. Luego se colocó un palillo rosado de Oralina entre los flácidos labios, y al cabo de unos segundos sonrió a Birdie. Éste frunció el ceño y se enfrascó en la contemplación de una mala reproducción de *La muerte de Sócrates*, de David, que figuraba en su texto.

—Estudiando, ¿verdad? —inquirió la anciana.

—Sí, eso es lo que estoy haciendo. Estudiando.

—Así me gusta.

La vieja se quitó el tranquilizante de la boca, y lo mantuvo entre los dedos índice y medio, como si fuera un cigarrillo. Se ensanchó su sonrisa, como si estuviera pensando alguna ocurrencia graciosa.

—Es muy conveniente que los jóvenes estudien —declaró al fin, entre risitas.

La radio comenzó a emitir un nuevo anuncio de la Ford. Era uno de los favoritos de Birdie, y éste deseó que el viejo achacoso se callara para poder oírlo.

—No se puede ir a ninguna parte, en estos días, sin tener estudios —insistió ella.

Birdie siguió mudo. La vieja se decidió a abordar un nuevo tema.

—Estas escaleras... —dijo, y se calló.

Birdie, irritado, levantó la mirada del libro.

—¿Qué pasa con las escaleras? —preguntó.

—¿Qué pasa? Pues que los ascensores están estropeados desde hace tres semanas. Eso es lo que pasa. ¡Tres semanas!

—¿Y qué?

—Pues que ya podían arreglarlos, de una vez. Pero no hace uno más que llamar a la oficina de MODICUM, y le contestan con evasivas. Es inadmisibile.

A Birdie le hubiera gustado amordazarla. Le estaba estropeando el anuncio. Además, hablaba como si hubiera pasado toda su vida en algún edificio privado, y no en un mísero suburbio de MODICUM. En realidad hacía años, y no semanas, que los ascensores de aquel edificio no funcionaban.

Con gesto de disgusto, Birdie se hizo a un lado en el escalón para que la anciana pudiera pasar por donde él estaba. Subió ella tres escalones, hasta que su rostro estuvo a la altura del de Birdie. La mujer olía a cerveza, a Synthamon y a vejez. Él odiaba a los viejos. Le irritaban sus rostros arrugados y el contacto de su piel fría y reseca. Precisamente porque había tantos viejos, Birdie Ludd no podía casarse con la muchacha que amaba, ni le permitían tener un hijo. Eso era una verdadera vergüenza.

—¿Qué estás estudiando?

Birdie echó una ojeada al pie de la ilustración, que no había leído antes.

—Sócrates —repuso él, acordándose vagamente de algo que había dicho el profesor de Historia de Arte—. Es el tema del cuadro, un cuadro griego.

—¿Vas a estudiar pintura, u otra cosa?

—Otra cosa —dijo Birdie, secamente.

—Eres el amigo de Milly Holt, ¿no es cierto?

No hubo respuesta.

—¿Acaso la estás esperando esta noche?

—¿Hay una ley que prohíba esperar a alguien?

La vieja se rió ante el rostro de él, y luego se dispuso a seguir hasta el próximo rellano. Birdie trató de no mirarla, pero no pudo evitarlo. Se miraron a los ojos, y ella volvió a reírse. Sin poder contenerse, Birdie le preguntó de qué se reía, y la vieja replicó en seguida:

—¿Hay alguna ley que prohíba reírse?

A continuación siguió lanzando carcajadas, hasta que éstas se convirtieron en una tos ronca, como la que recordaba de una película de educación sanitaria acerca de los peligros del tabaco. Birdie se preguntó si la vieja sería una adicta al vicio. Él conocía a numerosos hombres que fumaban, pero aquello parecía repugnante en una mujer.

Varios pisos más abajo se oyó el sonido de una puerta al cerrarse. Birdie miró por el abismo del pozo de la escalera, y pudo ver una mano que ascendía por la barandilla. Tal vez era la de Milly. Los dedos eran delgados, como los de ella, y las uñas pintadas de color dorado. No obstante, en la tenue luz de la escalera, resultaba difícil asegurar algo. Un sentimiento de esperanza le hizo olvidar la risa de la anciana, el hedor de la basura y los gritos que se oían por todas partes. El pozo de la escalera se convirtió en el escenario de un romance, como los de la televisión.

La gente le había dicho siempre que Milly era lo suficientemente hermosa como para poder ser actriz. Y él mismo hubiera tenido mucho mejor aspecto de no haber sido por la nariz. Ya imaginaba cómo exclamaría ella: «¡Birdie!», cuando le viera esperándola; cómo le besaría, y le haría entrar en seguida en el piso de su madre...

Al llegar al piso once o doce, la mano abandonó la baranda y no volvió a aparecer. Evidentemente, no había sido Milly.

Echó una ojeada a su reloj «Timex», garantizado. Eran las ocho en punto.

Aún podía aguardar un par de horas a Milly. Luego tendría que tomar el Metro, de regreso a su alojamiento; una hora de viaje. De no ser por los exámenes, habría seguido esperando allí toda la noche.

Volvió a sentarse, para estudiar Historia del Arte. Observó la reproducción del cuadro de Sócrates bajo la luz mortecina. El griego sostenía con una mano una gran copa, y con la otra estaba señalando a alguien. En modo alguno parecía estar muriéndose. El examen semestral de Historia del Arte sería al día siguiente, a las dos de la tarde. Tendría que estudiar a fondo. De nuevo examinó la ilustración. ¿Por qué pintaría cuadros la gente, después de todo? Siguió mirando hasta que le dolieron los ojos.

En algún lugar estaba llorando un niño. «¡Silencio! ¿Por qué no se callan de una vez? ¿Han perdido el juicio?» Una pandilla de andrajosos, que jugaban a guerrilleros birmanos, bajó corriendo las escaleras, y un minuto después otro grupo, éste de tropas norteamericanas, pasó persiguiéndolos y gritando barbaridades.

Mientras seguía contemplando la ilustración en la penumbra, Birdie comenzó a llorar. Estaba seguro, aunque no era capaz de admitirlo a viva voz, de que Milly le estaba engañando. Él amaba tanto a Milly, era tan hermosa... La última vez que la vio le llamó estúpido. «Eres un estúpido —le dijo—, y me pones enferma.» Pero era tan hermosa...

Cayó una lágrima sobre la copa de Sócrates, y fue absorbida por el papel barato del libro. La radio comenzó a transmitir un nuevo anuncio. Poco a poco fue serenándose. ¡Debía esforzarse por estudiar, caramba!

Vamos a ver, ¿quién demonios era Sócrates?

El padre de Birdie Ludd era un hombre rollizo, con una barbilla huidiza y nariz chata, como su hijo. Desde la muerte de su esposa, había vivido en un dormitorio de MODICUM para hombres maduros, donde Birdie le visitaba una vez al mes. No tenían nada de qué hablar, pero la gente de MODICUM insistía en que los miembros de las familias debían seguir unidos. La vida familiar era la fuerza de cohesión más poderosa que había en cualquier sociedad. Se veían en la sala de visitas, y si alguno de los dos había recibido una carta de los hermanos o hermanas de Birdie, hablaban un poco de ello.

También miraban algo la televisión (especialmente si había partido de béisbol, pues el señor Ludd era apasionado seguidor de los Yanquis). Luego, poco antes de marcharse Birdie, su padre le pedía prestados cinco o seis dólares, ya que la asignación que recibía de MODICUM no le bastaba para proveerse de Thorazina. Birdie, claro está, nunca tenía nada para prestar.

Cada vez que el muchacho visitaba a su padre, se acordaba del señor Mack. Éste había sido su consejero tutor en la clase superior de P.S. 125 y, como tal, desempeñó un papel mucho más importante en la vida de Birdie que su propio padre. Se trataba de un hombre calvo, de edad madura, con un vientre tan protuberante como el del padre de Birdie, y una característica nariz judía. Birdie siempre tuvo la impresión de que el consejero le tomaba a broma, que su benevolencia era un disfraz bajo el cual escondía un desdén ilimitado, y que sus buenos consejos no eran más que una burla. Lo malo era que Birdie no podía hacer otra cosa que aguantar. El señor Mack era quien tenía la sartén por el mango, y había que obedecerle.

En realidad, el señor Mack experimentaba una especie de tibia simpatía hacia Birdie Ludd. De los diversos estudiantes que habían fracasado en la REGENT, Birdie era, sin duda, uno de los más simpáticos. Nunca se comportó con violencia o grosería durante las entrevistas, y siempre parecía estar dispuesto a intentar lo mejor.

—Lo cierto es —le había dicho una noche el señor Mack a su mujer, confidencialmente (ella también hacía como de consejera tutora)— que se trata, a mi juicio, de un magnífico ejemplo de falta de adaptación al sistema, porque el muchacho es básicamente decente.

—Vamos, vamos —repuso ella—. Tú sí que eres básicamente un viejo bonachón.

En realidad el caso de Birdie no era tan excepcional. El Congreso había aprobado la ley de Revisión Genética (REGENT, como era vulgarmente conocida) en el año 2011, siete antes de que Birdie hubiera cumplido los dieciocho años y tuviera que someterse a ella. Pero ahora la agitación y las protestas habían concluido, y el sistema parecía desenvolverse con toda normalidad. Las cifras de la población se habían mantenido invariables desde el año 2014.

El primer decreto instituido en ese ámbito, en 1998, era menos concreto.

En él, simplemente se especificaba que los individuos evidentemente indeseables, desde el punto de vista genético, como los diabéticos, los locos peligrosos y los idiotas, no tendrían el privilegio de poder reproducirse. También se les negaba el voto. El decreto de 1998 no encontró virtualmente oposición alguna, y fue fácil implantarlo, ya que por aquella época los métodos cívicos anticonceptivos se aplicaban en todas partes, menos en las zonas rurales más atrasadas. La principal misión del decreto de 1998, fue preparar el camino al sistema de la REGENT.

Esta prueba comprendía tres partes: en primer lugar, el ya conocido examen de Stanford-Binet, relativo a la inteligencia; luego el Skinner-Waxmann, de potencial creador (que consistía, en gran parte, en elegir una serie de líneas punteadas especiales), y por fin la prueba O’Ryan-Ejército, de aptitud física, con el examen de metabolismo. Los candidatos fracasaban si recibían una puntuación que, en dos de las tres pruebas, estuviera por debajo del límite admitido. Birdie Ludd estuvo nervioso el día de su REGENT (era un martes trece, ¡condenación!), y justamente en medio de la prueba de Skinner-Waxmann un gorrión entró en el auditorio y provocó un revuelo, por lo que Birdie no se pudo concentrar. En consecuencia, no le extrañó demasiado saber que le habían reprobado en la prueba de cociente intelectual y en la Skinner-Waxmann. En el examen de aptitud física, Birdie obtuvo cien puntos (el máximo en la curva normal), lo que le hizo sentirse muy orgulloso.

Birdie no creía realmente en el fracaso, al menos como situación permanente. Había reprobado el tercer año; pero, ¿le había impedido eso terminar los estudios de enseñanza secundaria? En absoluto. Lo importante, según el señor Mack había advertido en una asamblea especial a Birdie y a los otros 107 candidatos que fueron reprobados, era que el fracaso podía considerarse tan sólo como un punto de vista, y que la confianza en sí mismos podía resolver la mayor parte de los problemas. Birdie creyó aquellas palabras entonces, y firmó para que volvieran a examinarle en la gran sede que la oficina de Salud, Educación y Beneficencia tenía en la ciudad. En esta ocasión, realmente, se aplicó al estudio. Compró la obra *Cómo puede usted añadir veinte puntos a su cociente de inteligencia*, por L. C. Wedgewood, doctor en Filosofía, y *Sus exámenes REGENT*, preparada por el Consejo Nacional de Educación. En este último libro había una docena de pruebas de

ejemplo, y Birdie resolvió todos los problemas fáciles de cada prueba (lo único importante, según el mismo libro explicaba, eran las treinta primeras preguntas; las treinta segundas eran para genios precoces). Al llegar el día del segundo examen, Birdie se mostraba optimista y confiado en sí mismo.

Pero las preguntas fueron absurdas. Ninguna estuvo de acuerdo con lo que había estudiado. Para la prueba de inteligencia tuvo que sentarse en una sofocante cabina, junto a una vieja vestida de negro, para repetir números de teléfono según ella se los iba apuntando, y tanto en el orden normal como al revés, ¡pero con el número de zona, además! Luego la mujer le enseñó distintos dibujos y él tuvo que decir lo que había de erróneo en ellos. Con mucha frecuencia no había nada equivocado. Así siguieron las cosas durante más de una hora.

La prueba de capacidad creadora era aún más difícil. Le entregaron unos alicates y le llevaron a una estancia vacía, de cuyo techo pendían dos trozos de alambre. Birdie tenía que unir los dos alambres.

Aquello era imposible. Tal como estaban colocados esos alambres, aun utilizando los alicates, no había posibilidad de efectuar el empalme. Trató de conseguirlo una docena de veces, y no logró nada. Cuando abandonó la estancia, estaba a punto de echarse a llorar. Había otras tres pruebas aún más ridículas que aquélla, y Birdie apenas hizo un esfuerzo para resolverlas. Era imposible.

Luego le indicaron la forma de solucionar el problema de los alicates y los alambres, y no le pareció demasiado difícil. En verdad no era más que un vulgar truco, y eso le puso de un humor realmente endemoniado. Consideraba que ejercicios como éstos eran una injusticia. Pero, ¿qué podía hacer él? Nada. ¿A quién podía quejarse? A nadie. Lo hizo ante el señor Mack, quien prometió hacer lo posible por ayudar a Birdie, procurando que volvieran a calificarle debidamente. Lo importante era recordar que el fracaso tan sólo suponía una actitud negativa. Birdie debía pensar positivamente, y aprender a ayudarse a sí mismo. El señor Mack le sugirió entonces que fuera a la Universidad.

En esos momentos la Universidad era en lo último que Birdie podía haber pensado. Sólo pensaba en descansar, después de los fatigosos exámenes. Y, por otra parte, él no pertenecía al tipo universitario. Claro está que no era un

bruto, pero tampoco pretendía hacerse pasar por un genio. El señor Mack le dijo entonces que el 73 por ciento de los diplomados en institutos de enseñanza secundaria iban a la Universidad, y que las tres cuartas partes de los que comenzaban estudios superiores obtenían el diploma final. Birdie contestó:

—Sí, claro, pero...

Sin embargo, no fue capaz de decir lo que estaba pensando: que el propio Mack era un condenado intelectual, y que por consiguiente no podía saber lo que Birdie sentía acerca de la Universidad.

—Debes recordar, Birdie, que se trata ahora de algo más que un proyecto de educación. Si recibes una puntuación suficiente en REGENT, podrás abandonar los estudios, podrás casarte y obtener un sueldo trabajando para MODICUM. Eso, si no tienes más ambiciones...

Después de un hosco y pesado silencio, el señor Mack abandonó la táctica de reprenderle y optó por engatusarle.

—Supongo que querrás casarte, ¿verdad? —inquirió.

—Sí, pero...

—Y tener hijos, ¿no es eso?

—Claro, pero...

—En tal caso, a mi entender, la Universidad es lo que más te conviene, Birdie. Has hecho tus REGENT y has fracasado. Volviste a efectuar las pruebas y lograste una puntuación más baja que en las primeras. Después de eso, sólo te quedan tres posibilidades: o bien realizas un servicio excepcional en beneficio de la nación o de la economía del país, lo que no es fácil para una persona corriente; o demuestras aptitudes físicas, intelectuales o creadoras muy superiores al nivel demostrado en las REGENT que reprobaste, lo que también presenta grandes problemas, u obtienes una licenciatura. Esto último me parece lo más fácil, Birdie. Tal vez sea tu único camino.

—Creo que tiene usted razón.

El señor Mack sonrió satisfecho y se ajustó el cinturón bajo el voluminoso vientre. Birdie se preguntó cuál habría sido la puntuación obtenida por Mack en la prueba O’Ryan-Ejército, de aptitud física. Seguramente, no fue de cien puntos.

—Y por lo que respecta al dinero —agregó Mack, mientras examinaba la ficha educativa de Birdie—, no necesitas preocuparte por eso. Mientras mantengas unas calificaciones medias, podrás obtener una beca del estado de Nueva York, como mínimo. Supongo que tus padres no estarán en condiciones de ayudarte, ¿verdad?

Birdie repuso que era así, efectivamente, y el señor Mack le entregó un formulario para solicitar becas.

—Todo ciudadano de los Estados Unidos tiene derecho a recibir educación superior, Birdie. Si no conseguimos ejercitar nuestros derechos, la culpa será sólo de nosotros. Hoy no hay excusa para los que no asisten a la Universidad.

Y como Birdie Ludd no tenía excusa alguna, se inscribió en la Universidad. Desde el principio le dio la sensación de que todo aquello era una trampa, un rompecabezas con una solución capciosa que les habían descubierto a todos menos a él. Un laberinto en el que los otros entraban y salían a voluntad, pero donde Birdie, cada vez que intentaba hallar una salida, se veía ante un obstáculo insalvable.

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Birdie estaba enamorado.

En la mañana del día en que se realizaba el examen de Historia del Arte, Birdie se hallaba tendido en su cama, en el vacío dormitorio, pensando en su amor. No podía dormir, pero tampoco sentía deseos de levantarse. Sin embargo, el cuerpo le bullía de vitalidad, de energía juvenil, aunque no tenía ganas de desperdiciar esas energías cepillándose los dientes y bajando a desayunar. A decir verdad, ya era demasiado tarde para ir a desayunar. Se encontraba muy bien allí.

Los rayos del sol entraban por la ventana del sur, y una leve brisa susurraba, agitando la cortina. Birdie rió quedamente al notar aquella sensación de plenitud. Se volvió de lado, hacia la izquierda, y contempló, a través de la ventana, un rectángulo perfecto de cielo azul. Una hermosura. Estaban en marzo, pero más parecía abril o mayo. Ese iba a ser un día espléndido. Lo presentía hasta en los huesos.

La forma en que la brisa estremeció la cortina le hizo pensar en el verano

anterior, cuando el suave viento del lago jugueteaba con el cabello de Milly. Habían ido a pasar un fin de semana al lago Hopatcong, en Nueva Jersey. Encontraron un pequeño prado no lejos de la orilla, pero aislado de donde estaban los bañistas por un seto de arbustos, y allí se hicieron el amor durante casi toda la tarde.

A continuación permanecieron tendidos, el uno al lado del otro, con la cabeza apoyada en la hierba, mirándose a los ojos. Los de Milly eran de color avellana, con motas doradas. Los de él eran como un cielo sin nubes. Algunos mechones del cabello de Milly, algo rebeldes tras el baño matinal, le cruzaban el rostro. Birdie pensó que era la muchacha más hermosa del mundo. Cuando se lo dijo, ella se limitó a sonreír. Sus labios estaban tibios y dulces, y no dijo nada cruel.

Birdie cerró los ojos para recordar mejor el momento en que la había besado.

—Te quiero mucho, Birdie, te amo con toda el alma —aseguró Milly.

Y él también la adoraba. Más que a nada en el mundo. ¿No lo sabía ella? ¿Acaso lo había olvidado?

—Haré cualquier cosa por ti —dijo él en voz alta, en el dormitorio vacío.

Ella había vuelto a sonreír, después. Le susurró algo al oído, y Birdie pudo notar que sus labios le rozaban el lóbulo de la oreja.

—Sólo una cosa te pido, Birdie. Una cosa. Y tú sabes bien lo que es.

—Lo sé, lo sé.

Él trató de volver la cabeza para hacerla callar con un beso, pero ella se la retuvo firmemente entre sus manos.

—Debes clasificarte debidamente.

Aquello le sonaba casi cruel, pero cuando la miró de nuevo a los ojos, no vio asomo alguno de saña, sino tan sólo amor.

—Quiero tener un hijo, mi amor. Tuyo y mío. Quiero que nos casemos y que tengamos nuestro propio piso, y una criatura. Estoy cansada de vivir con mi madre, y también de mi trabajo. Deseo ser tu mujer; sólo pretendo lo que todas las mujeres quieren. Por favor, Birdie.

—Estoy haciendo lo posible, ¿no te parece? Dentro de tres años tendré un título superior, y entonces volverán a clasificarme. Ese mismo día nos casaremos.

Él la miró con aire de perrillo herido, lo que habitualmente servía para que ella dejase de discutir.

El reloj de pared del dormitorio señalaba las 11.07. «Este será mi día de suerte», se prometió Birdie a sí mismo. Saltó del lecho e hizo diez flexiones sobre el linóleo del piso, apoyado en los brazos. Aquel suelo no parecía ensuciarse nunca, aunque Birdie jamás había visto a nadie limpiarlo. En la última flexión no pudo levantarse, y se quedó allí, descansando con los labios pegados contra el frío linóleo.

Luego se incorporó y tomó asiento en el borde del desordenado lecho, observando la cortina blanca que se movía a impulsos del viento. Pensó de nuevo en Milly, su querida, hermosa y espléndida Milly. Deseaba enormemente casarse con ella, sin que le importase cuál era su clasificación genética. Si ella le amaba de verdad, eso no podía constituir ningún inconveniente. No obstante, se daba cuenta de que estaba haciendo lo que debía, al esperar. Comprendía que el apresuramiento era una necesidad. Inmediatamente después de fracasar en la prueba para rectificar su clasificación, Birdie trató de convencerla para que tomase una píldora fecundadora que compró en el mercado negro por veinte dólares. La píldora contrarrestaba el efecto del agente anticonceptivo que se vertía en el agua de la ciudad.

—¿Estás loco? —le gritó ella, entonces—. ¿Has perdido el juicio, Birdie?

—Sólo quiero un hijo, eso es todo. ¡Condenación! Si no nos dejan tenerlo legalmente, lo tendremos por nuestra cuenta.

—¿Y qué crees que pasará cuando descubran que estoy encinta ilegalmente?

Birdie se encerró en un hosco silencio. No había pensado en aquel detalle.

—Me harán abortar y tendré entonces una calificación negativa, en mi hoja de servicios, para el resto de mi vida. ¡Dios mío, Birdie, a veces eres realmente torpe!

—Podríamos ir a México...

—¿Y qué haríamos allí, morirnos, suicidarnos? ¿No has leído los periódicos en estos últimos diez años?

—Bueno, sé que lo han hecho otras mujeres. He leído las noticias de este año. Fue como una protesta. Reclamaban sobre los derechos civiles, y esas cosas.

—¿Y qué ocurrió entonces? Todos los chiquillos fueron reclusos en orfanatos federales, y los padres terminaron en la cárcel. Además, los esterilizaron. ¿Es posible que no supieras eso, Birdie?

—Sí, lo sabía, pero...

—Pero, ¿qué, estúpido?

—Que había pensado...

—Tú no piensas, eso es lo malo que tienes. Jamás piensas. Yo tengo que hacerlo por los dos. Por suerte, tengo más cerebro del que necesito para mí sola.

—Bah —dijo él, burlescamente, al tiempo que exhibía su sonrisa especial, de estrella de cine.

Ella no podía resistir esa sonrisa; ahora se encogió de hombros y, después de lanzar una breve carcajada, lo besó en los labios. No era capaz de estar enfadada con Birdie más de diez minutos seguidos. Le hacía reír y olvidar todo lo que no fuera su amor. En ese aspecto, Milly era como su madre. Y Birdie era como el hijo de ella.

Las 11.35. El examen de Historia del Arte se iniciaba a las dos. Ya había perdido la clase de las diez, sobre Aptitud de Consumo. Una lástima.

Birdie se dirigió al cuarto de baño para asearse, y la radio automática comenzó a sonar cuando abrió la puerta. Estaban tocando *Vaya, vaya, ¿por qué soy tan feliz?* Birdie también pudo haberse hecho la misma pregunta.

Ya de vuelta, en el dormitorio, trató de llamar por teléfono a Milly, a su trabajo, pero sólo había un aparato en cada sección de segunda clase de los reactores de la Pan-American, y solía estar ocupado durante todo el vuelo. Dejó un mensaje para que ella le llamara, aunque sabía que no lo haría.

Resolvió ponerse su jersey blanco, con el pantalón tejano del mismo color, y zapatillas blancas. Se cepilló y peinó el cabello, se miró en el espejo del cuarto de baño y sonrió complacido. La radio automática comenzó a transmitir su anuncio favorito, el de la Ford. Solo, frente al espacio que había ante los urinarios, comenzó a bailar mientras entonaba las estrofas de la serie comercial.

Sólo tenía que hacer un viaje de quince minutos en Metro para llegar a Battery Park. Compró una bolsa de cacahuets, para dar de comer a las palomas del aviario. Cuando se le terminaron los cacahuets, deambuló entre las filas de bancos donde los viejos se sentaban día tras día para contemplar el mar y aguardar la muerte. Esa mañana, Birdie no sentía por los ancianos el mismo odio que la noche anterior. Alineados en filas, bajo la intensa luz del sol, parecían estar muy lejos; no daban la impresión de constituir una amenaza.

La brisa que llegaba del puerto olía a sal, petróleo y materias corrompidas, pero en conjunto no resultaba un aroma desagradable, sino que, por el contrario, era vigorizante. Si Birdie hubiese vivido unos siglos antes, tal vez habría sido marino. Se comió dos barras de Synthamon y bebió un bote de Fun.

El cielo estaba lleno de aviones reactores. Milly podía estar en alguno de ellos. Una semana, sólo una semana antes, ella le había dicho:

—Te amaré toda la vida. Nunca habrá ningún otro hombre para mí.

Birdie se sentía enormemente contento.

Un anciano, que vestía un antiguo traje con solapas, avanzó, arrastrando los pies por el camino, apoyándose en la balaustrada. Tenía el rostro casi cubierto por una cómica barba blanca, espesa y rizada, que contrastaba notablemente con su cráneo, tan liso y desnudo como el casco de un policía. Al pasar junto a Birdie le pidió una moneda, hablando con un raro acento, ni español, ni francés, que hizo recordar algo a Birdie. Éste arrugó la nariz y le contestó:

—Lo siento, yo también estoy sin un céntimo.

Lo cual, en realidad, no era precisamente la verdad.

El viejo de la barba hizo un ademán poco académico, y entonces Birdie recordó a quién se parecía. ¡A Sócrates!

Echó una ojeada a su muñeca, pero se dio cuenta de que había olvidado ponerse el reloj. Giró en redondo, y en ese momento el gigantesco reloj, anuncio del First National City Bank, dio las dos y cuarto. No era posible. Birdie preguntó a otros dos ancianos si era esa hora, y sus relojes lo confirmaron.

De nada valía ya tratar de llegar al examen. Sin saber muy bien la razón,

Birdie esbozó una sonrisa.

Lanzó después un suspiro que denotaba alivio, y se sentó a contemplar el mar.

—Lo que quiero que comprendas, Birdie, si me dejas terminar, es que existen personas más capacitadas que yo para aconsejarte. Hace ya tres años que no he visto tu ficha. Desde entonces, desconozco los progresos que has hecho, y las metas que te has trazado. Cierto es que hay un psicólogo en la Universidad, y además...

Birdie se agitó en la concha de plástico que era su asiento, y la mirada acusadora de sus cándidos ojos azules actuó tan eficazmente sobre el consejero, que éste también empezó a moverse inquieto en su sillón. Birdie parecía tener el don de hacer que el señor Mack se sintiera culpable.

—... Y, además, hay otros alumnos esperando fuera para verme, Birdie. Has elegido el momento en que estoy más ocupado.

Y al decir esto el señor Mack señaló con gesto patético hacia la pequeña antesala adyacente a su oficina, donde un cuarto estudiante acababa de tomar asiento.

—Está bien; si no quiere usted ayudarme, será mejor que me marche.

—Aparte de que quiera o no, ¿qué podría yo hacer? No comprendo cómo has podido fracasar en esas pruebas. Tus calificaciones medias eran buenas. Si continuaras insistiendo...

El consejero sonrió débilmente. Estaba a punto de endilgarle una perorata sobre el valor que suponía mantener una actitud positiva, pero pensó en seguida que Birdie necesitaba algo más enérgico, y dijo:

—Si rectificar tu clasificación significa algo para ti, es necesario que trabajes duro, que hagas sacrificios.

—Ya le dije que debió ser un error. ¿Tengo yo la culpa de que no hagan exámenes normales?

—¡Dos semanas, Birdie! ¡Dos semanas sin asistir a una sola clase, sin llamar siquiera a tu alojamiento! ¿Dónde has estado? ¡Y esos exámenes trimestrales! En realidad, parece como si estuvieras tratando de que te expulsaran.

—¡He dicho que lo lamento!

—No sacas nada irritándote conmigo, Birdie Ludd. Ya nada puedo hacer por ti. Absolutamente nada.

El señor Mack echó hacia atrás su silla, disponiéndose a levantarse.

—Pero, antes... cuando me reprobaron en el primer examen, recuerdo que usted habló de otras formas de lograr que rectificasen la clasificación, además de la Universidad. ¿De qué se trataba?

—Servicios Excepcionales. Podrías intentarlo.

—¿Qué es eso?

—En términos llanos, y para ti, supondría ingresar en el ejército y llevar a cabo una acción bélica de extraordinario heroísmo. Y, además, vivir para disfrutarlo.

—¿Formar parte de las guerrillas del ejército? —manifestó Birdie, riendo nerviosamente—. Eso no es para este chico, para Birdie Ludd. ¿Quién ha sabido de algún guerrillero al que hayan rectificado la clasificación?

—Admito que es algo desusado. Por eso te recomendé lo de la Universidad desde el principio.

—Y el tercer procedimiento, ¿qué era?

—Una demostración de aptitudes manifiestamente superiores —repuso el señor Mack, sonriendo y con tono de ironía—. Unas aptitudes que no se hayan puesto de manifiesto en las pruebas.

—¿Cómo podría hacer eso?

—Debes llenar un formulario ante la Oficina de Salud, Educación y Beneficencia, y a los tres meses se llevará a cabo la demostración.

—¿Qué demostración? ¿Sobre qué trata y qué debo hacer?

—Eso es algo que te concierne exclusivamente a ti. Algunos presentan cuadros, otros una pieza musical que han compuesto. Pero la mayoría entrega una muestra de sus escritos. Creo recordar que hay un libro totalmente compuesto por historias, ensayos y demás, de los que consiguieron, con ello, su propósito de rectificar la clasificación. Claro está que la mayor parte de los que presentan un trozo literario no logran su objeto. Los que triunfan suelen ser individuos no conformistas, de los que siempre están criticando el sistema. No te aconsejaría...

—¿Dónde puedo conseguir ese libro?

—En la biblioteca, creo yo; pero...

—¿Permiten a cualquiera intentarlo?

—Sí, sólo una vez.

Birdie saltó tan súbitamente de su asiento, que por un instante el señor Mack temió que fuera a golpearle. Pero el joven sólo le tendió la diestra para estrechar la suya.

—Gracias, señor Mack, muchísimas gracias —dijo—. Ya sabía yo que usted aún hallaría una forma de ayudarme.

Los funcionarios de la Oficina de Salud, Educación y Beneficencia mostraron más deseos de ayudarle de lo que Birdie hubiera creído. Incluso dispusieron que recibiera una beca de quinientos dólares para mantenerse durante el período preparatorio de tres meses. Además, le proporcionaron una placa de metal con el número del asiento que podría usar en la sección Nassau de la Biblioteca Nacional; le recomendaron algunos consejeros literarios, con distintos honorarios profesionales, e incluso le entregaron gratuitamente un ejemplar del libro al que se había referido el señor Mack. Éste tenía una introducción de Lucille Mortimer Randolphe-Clapp, creadora del sistema de REGENT, y Birdie encontró ese prólogo muy interesante, si bien no terminaba de entenderlo del todo.

Birdie no se mostró muy impresionado por el primer ensayo que aparecía en el libro: *En el fondo del montón, relato de una deplorable niñez en MODICUM*. Había sido escrito por Jack Ch..., que entonces tenía diecinueve años, y Birdie se dijo que era capaz de escribir algo parecido; no había nada allí que fuera una novedad para él. Incluso advirtió que el lenguaje era vulgar, y la construcción de las frases defectuosa. Seguía una historia que no tenía pies ni cabeza, y luego una poesía no menos absurda.

Birdie leyó todo el libro en un solo día, algo que nunca había hecho antes, y encontró pocas cosas que le gustaran: el relato de un muchacho que abandonó la escuela de segunda enseñanza para ir a trabajar a una reserva de caimanes, y un sesudo ensayo sobre las dificultades que se presentaban para lograr una subvención de MODICUM. Lo mejor de todo era el artículo titulado *El consuelo de la Filosofía*, que había sido escrito por una muchacha

que era ciega y tullida a la vez. Birdie nunca había leído nada relativo a Filosofía, a excepción de su libro de texto en el curso de ética, y se dijo que sería buena idea intentar algo en ese sentido, durante los tres meses del período preparatorio del que disponía.

Durante los tres o cuatro días que siguieron, sin embargo, Birdie empleó todo el tiempo en buscar habitación. Tendría que limitar todo lo posible los gastos, si pensaba superar esos tres meses con sólo quinientos dólares. Al fin halló un cuarto en un edificio privado de Brooklyn, que debió haber sido construido un siglo antes, por lo menos. El alquiler le costaba treinta dólares a la semana, lo que no era caro teniendo en cuenta el tamaño, ya que la estancia medía sus buenos nueve metros cuadrados. En ella había una cama, un sillón, dos lámparas de pie, una mesa de madera con su silla, una desvencijada cómoda y una alfombra de lana legítima. También tenía baño privado. En su primera noche allí, pasó un buen rato caminando descalzo sobre la alfombra, con la radio puesta a todo volumen. En dos ocasiones bajó a la cabina telefónica del vestíbulo para llamar a Milly e invitarla tal vez a una fiestecilla íntima, pero en ese caso tendría que explicarle la razón de haberse mudado del dormitorio común, y el no haberla llamado desde el día del examen de Historia del Arte, lo que sin duda la tendría intrigada.

La segunda vez que bajó a hablar, se puso a charlar con una chica que estaba también esperando para llamar por teléfono. La muchacha dijo llamarse Fran. Llevaba un vestido muy ajustado, de plástico semitransparente, pero en su cuerpo no resultaba demasiado provocativo, ya que era un tanto delgaducha. Birdie disfrutó conversando con ella, a pesar de todo, pues era más comunicativa que la mayoría de las muchachas. Vivía justo frente a Birdie, en el mismo vestíbulo, de modo que era la cosa más natural del mundo que poco después fuera a la habitación de ella para tomar algunas cervezas. Al poco tiempo, Birdie ya le había contado todo lo relativo a su situación, incluso lo concerniente a Milly. Fran se echó a llorar. Luego confesó que también ella había fracasado en la REGENT, y además en las tres partes de la prueba. Birdie estaba empezando a mostrarse afectuoso, cuando ella recibió una llamada telefónica y tuvo que marcharse.

A la mañana siguiente, Birdie hizo su primera visita (de toda su vida) a la Biblioteca Nacional. La sección Nassau estaba alojada en un antiguo edificio

de cristal, un poco al oeste de la zona central de Wall Street. En cada piso había una colmena de casillas, cada una con su exhibidor de microfilmes y su altoparlante. En el piso 28, el último, se hallaba el equipo electrónico que relacionaba esa sección con la central, y mediante otra conexión con la Biblioteca del Congreso, la del Museo Británico y la Osterreichische Nationalbibliothek, de Viena. Un monitor, que no tendría más edad que Birdie, le enseñó a utilizar el sistema de perforación de tarjetas de su casilla. Un investigador podía solicitar, prácticamente, cualquier libro del mundo, o escuchar la grabación que deseara, sin necesitar otra cosa que un código de doce cifras. Cuando hubo terminado de leer, Birdie se puso a mirar hoscamente la vacía pantalla de cristal. Habría experimentado una gran satisfacción rompiendo de un puñetazo aquel trozo de vidrio.

Después de una buena comida caliente, Birdie se sintió bastante mejor. Se acordó de Sócrates y del ensayo de la muchacha ciega acerca de *El consuelo de la Filosofía*; a continuación, solicitó todos los libros de Sócrates a nivel de los últimos cursos de las escuelas de enseñanza secundaria, y comenzó a leerlos al azar.

A las once de aquella noche, Birdie terminaba de leer el capítulo de *La República*, de Platón, que contiene la famosa parábola de la cueva. Abandonó la biblioteca, deslumbrado, y vagó durante varias horas por la zona de Wall Street, brillantemente iluminada. Aun cuando era más de la media noche, el lugar se hallaba rebosante de trabajadores. Birdie los contempló lleno de asombro. ¿Estaría alguno de ellos al corriente de las grandes verdades que habían transfigurado el alma de Birdie aquella noche? ¿O tal vez, a semejanza de los prisioneros de la cueva, vivían entre sombras, sin sospechar la existencia de la luz del sol?

En el mundo había una increíble belleza en la que Birdie ni siquiera llegó a soñar. Esa belleza era algo más que una mancha azul de cielo o la curva de los senos de Milly. Penetraba por todas partes, incluso en la misma ciudad, hasta entonces, para Birdie, una cruel máquina cuya única función consistía en estropear todos sus sueños, aunque ahora parecía refulgir interiormente, como un diamante herido por un rayo de luz. El rostro de todos los peatones reflejaba aquel inefable significado.

Birdie recordó el delito por el que el Senado ateniense condenó a muerte

a Sócrates... —¡por corromper a la juventud!—, y sintió que odiaba al Senado ateniense, aunque era un odio diferente del que sentía habitualmente. Ahora odiaba a Atenas por una razón: ¡la justicia!

Verdad, belleza, justicia. Y también amor. En todas partes, se dijo Birdie, había una explicación para todo, un sentido de las cosas. Todo tenía un significado especial.

Las emociones pasaron por él tan rápidamente que no podía identificarlas. En cierto momento, al ver reflejado su rostro en el cristal de un oscuro escaparate, sintió deseos de echarse a reír. Luego, al recordar a Fran tendida en el lecho, con su vestido barato de plástico, tuvo ganas de llorar. Ahora se daba cuenta, al fin, que Fran era una prostituta, y que nunca podría ser otra cosa. Birdie, en cambio, aún alentaba esperanzas para que su situación cambiase.

Poco después se encontraba solo, en Battery Park. Allí había más oscuridad y había menos agitación. Permaneció de pie junto a la balaustrada del paseo marítimo y echó un vistazo a las negras ondas que lamían los bloques de hormigón. En el cielo parpadeaban unas luces rojas, mientras los reactores salían o llegaban al aeropuerto de Central Park. Y esa escena, que siempre le había impresionado profundamente, ahora la encontraba increíblemente regocijante.

A Birdie le parecía que todo aquello contenía un significado especial, un principio que él debía comunicar a las demás personas que no lo conocían. Sin embargo, no acertaba a precisar, con exactitud, qué principio era ése. En su espíritu, que acababa de despertar, estaba desarrollándose una batalla para poder traducir en palabras aquel sentimiento, pero en el momento en que creía haberlo logrado, se daba cuenta de que había sufrido un error. Por fin, cerca ya del amanecer, regresó a su habitación, sintiéndose temporalmente derrotado.

Justamente en el momento en que iba a entrar en su cuarto, advirtió que un guerrillero, con la máscara impersonal de su oficio cubriéndole el rostro, y con el número de identificación pintado sobre una ceja, salía de la alcoba de Fran. Birdie sintió un breve impulso de odio hacia él, seguido de un sentimiento de compasión y ternura hacia la pobre muchacha. Pero esa noche no le quedaba tiempo para consolarla. Ya tenía él sus propios problemas.

Durmió con sueño inquieto y se despertó a las once, cuando estaba a punto de tener una pesadilla. Se hallaba en una estancia de cuyo techo pendían dos cuerdas. Él se colocó debajo, tratando de atraparlas, pero cuando creía tenerlas en la mano, se le escapaban en un movimiento pendular.

Sabía lo que significaba aquel sueño. Las cuerdas representaban una prueba a su capacidad creadora. Ése era el principio que había buscado tan desesperadamente la noche anterior. La capacidad creadora era la clave de todo. Si podía aprender a conocerla, si lograba analizarla, sería capaz de resolver sus problemas.

La idea se hallaba aún en su mente en forma nebulosa, pero se daba cuenta de que iba por buen camino. Tomó para desayunar unos huevos y una taza de café, y se dirigió inmediatamente a su casilla de la biblioteca, para estudiar. Aunque notaba que tenía algo de fiebre, le parecía sentirse mejor que nunca. Se hallaba libre, o en un estado muy similar. En todo caso, estaba totalmente seguro de una cosa: nada del pasado valía un ardite, mientras que el futuro se anunciaba radiante de promesas.

No comenzó a trabajar en su ensayo hasta la última semana del período preparatorio. Tenía muchísimas cosas que aprender primero: literatura, pintura, filosofía, todo aquello que no había comprendido anteriormente. Y aún le quedaba mucho por aprender; lo admitía, pero se daba cuenta de que al fin iba a conseguirlo, porque ahora lo deseaba de todo corazón.

Cuando inició la redacción de su trabajo, comprobó que la tarea era más difícil de lo que había pensado. Pagó diez dólares por una hora de consulta con un consejero literario colegiado, el cual le indicó que limitara la extensión del ensayo, pues incluía en él demasiadas ideas. Lucille Mortimer Randolphe-Clapp daba más o menos el mismo consejo en el libro que le entregaron para prepararse, afirmando que los mejores ensayos no excedían de las doscientas palabras. Birdie se preguntó si en las futuras ediciones del libro aparecería su propio trabajo.

Hizo cuatro borradores completos, antes de sentirse satisfecho. Luego se lo leyó a Fran, quien dijo que le hacía llorar de emoción. Redactó la copia definitiva el mismo día ocho de junio, que era el de su cumpleaños, para que

le diera buena suerte, y la envió a la Oficina de Salud, Educación y Beneficencia.

El ensayo de Birdie Ludd decía así:

PROBLEMAS DEL GENIO CREADOR
por Berthold Anthony Ludd

*Son tres los requisitos de la belleza:
plenitud, armonía y esplendor.*

ARISTÓTELES

Desde los tiempos antiguos, hasta nuestros días, hemos ido descubriendo que existe más de un criterio a tenor del cual el crítico analiza el producto del genio creador. ¿Sabemos acaso cuál de esas medidas deben emplearse? ¿Es conveniente enfrentarse directamente con el sujeto propuesto, o más bien debe hacerse de un modo indirecto?

Todos conocemos el gran drama de Goethe, *Fausto*, al que no es posible negar la cúspide de la calidad literaria, el atributo de «obra maestra». Sin embargo, ¿qué motivación pudo impulsarle a describir «el cielo» y «el infierno» en la extraña forma que lo hace? ¿Quién es Fausto, sino nosotros mismos? ¿No demuestra acaso una verdadera necesidad de comunicarse con los espíritus que le rodean? Nuestra respuesta sólo puede ser «¡sí!».

De este modo, nos enfrentamos una vez más con el problema del genio creador. La belleza de una obra está supeditada a tres condiciones: 1) el tema debe ser de fórmula literaria; 2) todas las partes deben estar contenidas en el total, y 3) el significado será absolutamente claro. La verdadera capacidad creadora sólo se halla presente cuando puede ser descubierta en la obra de arte. Este es también el parecer de Aristóteles.

El criterio del genio creador no se establece solamente en el dominio de la literatura. ¿Acaso el científico, el profeta o el pintor, no tienden hacia el mismo fin? ¿Qué camino debemos seguir, en este caso?

Otro criterio de la capacidad creadora ha sido determinado por Sócrates, al que tan cruelmente obligaron a quitarse la vida sus propios compatriotas, y de quien son estas palabras: «No saber nada es la primera condición de todo

conocimiento». De la gran sabiduría de Sócrates es posible extraer conclusiones acertadas en relación con este problema. El genio creador es el que es capaz de establecer relaciones donde éstas no existen.

La computadora que hizo la primera clasificación dio a Berthold Anthony Ludd una puntuación de 12, y remitió el escrito al archivo de Rechazo Automático, donde se hizo una fotocopia del ensayo y desde donde lo enviaron, luego, a la sección de Correo Exterior. Una empleada de esta oficina unió con una grapa el escrito de Birdie a una carta donde se explicaban las razones por las que no se podía rectificar su clasificación, por el momento, y se le sugería que lo intentase de nuevo 365 días después de la fecha de esa misma carta.

Birdie se hallaba en el vestíbulo del edificio cuando llegó el correo. Estaba tan ansioso por abrir el sobre, que rompió en dos pedazos su ensayo, al sacarlo.

Esa misma tarde, sin molestarse siquiera en emborracharse, Birdie se alistó en las tropas de Infantería de Marina de los Estados Unidos, para ir a defender la democracia en tierras de Birmania.

Inmediatamente después de prestar juramento, el sargento se le acercó y deslizó sobre el sombrío rostro de Birdie la máscara negra con el número de identidad pintado sobre una ceja. Su número era USMC100-7011-D07. Desde ese momento, Birdie era un guerrillero.

**LOS HOMBRES SIN ALMA
O
LOS VITANULS**

John Brunner

La comadrona de la maternidad se detuvo ante la cristalera aséptica, a prueba de ruidos, de la sala de partos.

—Y allí —dijo al joven norteamericano de elevada estatura, perteneciente a la Organización Mundial de la Salud—, puede ver a nuestro santo patrón.

Barry Chance miró perplejo a la mujer hindú. Era una cuarentona de Kashmiri, vivaz y con aire de gran competencia. No se trataba, por lo tanto, de la persona más adecuada para tomar a broma el trabajo a que dedicaba su vida. Además, no había el más leve matiz de ironía en el tono de su voz. Claro que en aquel fecundo subcontinente, en la India, un extranjero nunca podía tener certeza de nada.

—Perdone —dijo él tímidamente—. No creo haber entendido...

Por el rabillo del ojo estudió al hombre que la comadrona le había indicado. Era anciano y calvo, y el escaso pelo que quedaba en su cabeza formaba una especie de aureola que enmarcaba su rostro profundamente arrugado.

La mayor parte de los indostanos, según había podido comprobar el norteamericano, solían engordar con la edad; pero aquél era muy enjuto, como Gandhi. Evidentemente, su aureola y aquella ascética apariencia podían justificar ya una fama de santidad.

—Nuestro santo patrón —repitió la comadrona, totalmente ajena al asombro de su interlocutor—. Es el doctor Ananda Kotiwala, y tiene usted una gran suerte al verle actuar. Hoy es el último día que lo hace, pues se retira de la profesión.

Mientras trataba de comprender las observaciones que le hacía la mujer, Chance observó casi con descaro al anciano. Se dijo que podía disculparse su tosquedad, ya que la galería que lindaba con la sala de partos era una

especie de lugar público. Allí había parientes y amigos de las parturientas, y hasta diminutos chiquillos que tenían que ponerse de puntillas para atisbar a través del ventanal de doble vidrio. En la India no existía la intimidad más que para los que tenían mucho dinero, y en un país superpoblado y subdesarrollado, sólo una mínima fracción de sus habitantes gozaban de un lujo similar al que el joven extranjero había disfrutado desde su niñez.

El que los pequeños pudieran contemplar fascinados la llegada de sus nuevos hermanitos, se consideraba allí como una etapa de su educación. Chance repitió para sus adentros que era un extranjero, y además un médico que había estudiado en una de las pocas facultades que aún seguían haciendo prestar el juramento hipocrático a sus graduados. Trató de desechar aquellos pensamientos y procuró descifrar el curioso comentario que le hiciera la comadrona.

La escena que se ofrecía ante él no le proporcionaba demasiados indicios. Lo único que alcanzaba a ver era la sala de partos de un hospital indio corriente, en la que había treinta y seis parturientas, de las cuales dos, por lo menos, sufrían terribles dolores y no dejaban de chillar, a juzgar por su gesto y las bocas abiertas. El cristal a prueba de ruidos era excelente.

Se preguntó qué sentirían los indios respecto a la llegada de sus hijos al mundo en semejantes condiciones. El espectáculo le recordaba una cadena de fabricación en serie, en la que las madres eran máquinas que producían una cantidad determinada de criaturas, de acuerdo con un plan preestablecido. ¡Y todo de una forma increíblemente pública!

De nuevo notó que caía en la trampa de pensar como un norteamericano corriente, con estrechez de criterio.

Durante innumerables generaciones, la humanidad había nacido públicamente. Aunque se estimaba que la actual población del mundo era justamente equivalente al total de seres humanos que poblaron el mundo antes del siglo XXI, la mayoría de los habitantes del planeta conservaban su antigua tradición de considerar los nacimientos como un verdadero acontecimiento social: en las poblaciones, en general, como una excusa para celebrar una fiesta; y en aquella región de la India, como una especie de excursión familiar a la maternidad.

Los aspectos modernos del hecho podían apreciarse claramente, como,

por ejemplo, la actitud de las madres: se veía en seguida cuál de ellas recibió instrucción prenatal, pues en ese caso tenían los ojos cerrados y el semblante con expresión serena y decidida. Sabían del milagro que se estaba produciendo en sus cuerpos, y procuraban facilitarlos, en lugar de resistirse. Eso estaba bien, y Chance movió la cabeza, aprobándolo. Pero quedaban las madres que chillaban, tanto de terror como de dolor, probablemente...

El joven médico desvió su atención con un esfuerzo. Después de todo, su misión era llevar a cabo un estudio de los métodos empleados en aquel establecimiento.

Daba la impresión de que se aplicaban debidamente las últimas recomendaciones de los expertos; era lo menos que podía esperarse en una gran ciudad donde la mayor parte del personal médico había tenido la ventaja de recibir sus enseñanzas en el extranjero. Dentro de poco, él tendría que ir a los pueblos, y allí las cosas serían muy diferentes; pero ya pensaría en eso cuando llegase el momento.

El anciano médico, al que habían apodado de «santo patrón», estaba terminando en ese momento con el parto de un niño. La mano enguantada levantó al último recluta del ejército de la humanidad, que brillaba bajo la luz de los focos. Una suave palmada tenía por misión provocar el lloriqueo y las primeras inspiraciones profundas, sin agravar el trauma del nacimiento. Luego, el recién nacido pasó a las manos de la ayudante, quien lo colocó en el banquillo situado junto al lecho, algo más bajo que el nivel de la madre, a fin de que los últimos y preciosos centímetros cúbicos de sangre materna fluyeran de la placenta, antes de proceder a seccionar el cordón umbilical.

Excelente. Todo iba de acuerdo con los procedimientos más modernos de la especialidad. Sin embargo..., ¿por qué tenía el médico que dar tantas explicaciones a la muchacha que sostenía a la criatura con aire un tanto desmañado? El desconcierto de Chance duró poco. Recordó en seguida que en aquel país no había enfermeras suficientes como para destinar una a cada madre; por consiguiente, aquellas jóvenes que con gesto temeroso aparecían enfundadas en un «mono» de plástico, con el lacio pelo moreno recogido en redcillas esterilizadas, debían ser hermanas menores o hijas de las parturientas, que estaban haciendo lo que podían por ayudarlas.

Luego, el anciano médico, con una sonrisa tranquilizadora final, dejó a la

chica de gesto preocupado y se acercó a una de las mujeres que chillaban.

Chance observó complacido cómo la tranquilizaba, y que al cabo de unos instantes conseguía que se relajase por completo, al tiempo que le indicaba — hasta donde alcanzó a deducir, teniendo en cuenta la doble barrera de cristal y a aquel lenguaje ininteligible— la mejor manera de acelerar el parto. De todos modos, allí no había encontrado nada que no hubiera visto anteriormente en un centenar de maternidades.

Por fin, Chance se volvió hacia la comadrona y le preguntó sin rodeos:

—¿Por qué le llaman «santo patrón»?

—El doctor Kotiwala —repuso la mujer— posee en grado sumo una personalidad..., ¿cómo diríamos?, ¿existe en su idioma la palabra «empática»?

—¿Del griego «empatía»? No, creo que no existe —contestó Chance, frunciendo el ceño—. De todos modos, comprendo lo que quiere usted decir.

—En efecto, ¿no ha visto de qué forma calmó a esa mujer que estaba gritando?

Chance asintió lentamente. Sin la menor duda, ese don debía considerarse como precioso, en un país como aquél. Tenía un gran mérito poder ahuyentar el miedo supersticioso de una mujer, que era poco menos que una campesina, haciéndole ver lo que consiguieron las mujeres que la rodeaban, tras nueve meses de preñez y una instrucción adecuada. Ahora sólo quedaba ya una mujer con la boca abierta, quejándose, y el viejo médico la calmó a su vez. Aquélla a la que había hablado anteriormente luchaba en aquel momento por facilitar las contracciones musculares.

—El doctor Kotiwala es maravilloso —prosiguió la comadrona—. Todo el mundo le quiere. He sabido de algunos padres que consultaban a los astrólogos, no para conocer la mejor o peor suerte que aguardaba a sus hijos, sino para asegurarse de que nacerían durante un turno del doctor Kotiwala en la sala de partos.

¿Un turno? Sí, claro, allí tenían tres turnos de partos cada veinticuatro horas. Una vez más, la imagen de la cadena de montaje apareció en la mente de Chance. Pero aquél era un hecho demasiado importante para poder conciliarlo con la idea de recurrir a los astrólogos. ¡Qué país tan desconcertante! Chance reprimió un estremecimiento y admitió para sus

adentros que se sintió contento cuando supo que le permitían regresar a su país.

Permaneció en silencio un buen rato, y advirtió algo que no había notado anteriormente. Cuando los dolores del parto disminuían un poco, las mujeres abrían los ojos y seguían con la mirada al doctor Kotiwala en sus desplazamientos por la sala, como aguardando esperanzadas a que éste pasara uno o dos minutos junto a su lecho.

Pero esta vez sus esperanzas no se verían materializadas. Al otro lado de la sala había un parto laborioso, y se necesitaría una cuidadosa manipulación para invertir la posición de la criatura. En su funda de plástico, una hermosa muchacha de tez oscura y de unos quince años se inclinaba para ver lo que hacía el médico, mientras tendía su mano derecha, a fin de que la parturienta se aferrase a ella en busca de alivio y consuelo.

En realidad, pensó Chance, no había nada de extraordinario en el comportamiento de Kotiwala. Era un médico competente, sin duda alguna, y sus pacientes parecían quererle mucho. Pero ya estaba bastante viejo y actuaba con lentitud, pudiendo apreciarse que estaba cansado cuando, con toda cautela, realizaba las últimas manipulaciones en aquel parto difícil que estaba atendiendo.

De todos modos, resultaba admirable poder apreciar un toque de humanidad semejante en una fábrica de recién nacidos como era aquélla. Al poco tiempo de llegar, Chance había preguntado a la comadrona cuánto tiempo permanecía allí una paciente, por término medio. Ella le contestó, sonriendo:

—Veinticuatro horas en los casos sencillos, y unas treinta y seis cuando se presentan complicaciones.

Al observar al doctor Kotiwala, se recibía la impresión de que el tiempo no tuviera importancia alguna para él.

Desde el punto de vista de un norteamericano, aquello no bastaba para cobrar fama de santidad, pero, dentro de la mentalidad india, las cosas adquirirían un cariz diferente. La comadrona dijo a Chance que había llegado en un momento de apremio, nueve meses después de una importante fiesta religiosa que la gente consideraba como especialmente favorable para incrementar su familia. A pesar de la advertencia, Chance quedó asombrado.

La maternidad estaba realmente atestada.

A pesar de todo, pudo ser aún peor. Apenas pudo dominar el joven médico un estremecimiento. Lo peor del problema se había resuelto, pero aún había unas 180.000 nuevas bocas que alimentar diariamente. En la cúspide del incremento de la población hubo casi un cuarto de millón de nacimientos por día. Luego, cuando los beneficios de la medicina moderna se dejaron sentir, hasta en la India, en China y en África, comenzó a reconocerse la necesidad de establecer planes para que los niños pudieran ser alimentados, educados y vestidos. Con ello disminuyó un poco la crisis.

No obstante, aún tendrían que transcurrir bastantes años antes de que las criaturas de aquel período álgido se convirtieran en maestros, obreros o médicos que pudiesen enfrentarse con aquella apremiante situación. Al pensar en esto, recordó algo que había atraído su atención recientemente, y el joven médico habló en voz alta, sin darse cuenta:

—Gentes como él, sobre todo en esta profesión, son las que debieran elegir.

—Perdón; ¿cómo ha dicho? —inquirió la comadrona, con ostensible formulismo británico, una de las visibles huellas que éstos dejaron en las gentes educadas del país.

—No, nada —contestó Chance.

—Sin embargo, creo haberle oído decir que alguien debía elegir al doctor Kotiwala para algo.

Disgustado consigo mismo, pero consciente del problema que se le presentaba al mundo a corto plazo, e incapaz de contenerse por más tiempo, Chance dijo al fin:

—Ha dicho usted que éste era el último día del doctor Kotiwala, ¿no es cierto?

—Así es, mañana se retira.

—¿Han pensado en alguien para reemplazarle?

La comadrona negó vigorosamente con la cabeza, al tiempo que contestaba:

—No, claro que no. En lo material, sí; otro médico deberá ocupar su puesto; pero los hombres como el doctor Kotiwala andan escasos en cualquier generación, y más aún en la época actual. Nos entristece mucho

perderle.

—¿Ha sobrepasado ya... algún límite arbitrario de retiro?

La comadrona sonrió ligeramente y repuso:

—Nada de eso, al menos en la India. No podemos permitirnos los lujos de ustedes, los norteamericanos, entre los que se cuentan desechar el material (sea humano o de otro tipo) antes de que esté realmente gastado.

Con la mirada fija en el anciano médico, que ya había logrado enderezar a la criatura dentro del útero materno y se disponía a atender a la mujer de la cama siguiente, Chance dijo:

—Entonces, se retira voluntariamente, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Y por qué lo hace? ¿Ha perdido interés por la labor que desempeña?

—¡De ningún modo! —contestó la comadrona, como ofendida—. De todas formas, no sabría decir cuál es el motivo. Ya tiene mucha edad, y tal vez teme que un día, a no tardar, muera algún niño a causa de su incapacidad. Eso le haría retroceder muchos pasos en su camino hacia la «iluminación».

También pareció «iluminarse» algo en la mente de Chance. Creyendo comprender lo que decía la mujer, manifestó:

—En tal caso, realmente merece...

Pero se interrumpió al recordar que no debía pensar ni hablar acerca de ese tema.

—¿Cómo? —inquirió la comadrona. Y al ver que Chance movía negativamente la cabeza, agregó—: Mire, cuando el doctor Kotiwala era joven, estaba muy influido por las enseñanzas de los *jains*, para los que la pérdida de una sola vida es un hecho repugnante. Cuando su amor a la vida le hizo estudiar como médico, tuvo que aceptar que algunas muertes, las de las bacterias, por ejemplo, resultaban inevitables para asegurar la supervivencia humana. Sus modales afectuosos tienen una raíz religiosa. Sería demasiado para él si, a causa de su arrogancia, siguiera trabajando y ello costase la vida de un inocente.

—No creo que ahora sea *jain* —declaró Chance, sin que se le ocurriese otro comentario.

Para sus adentros se dijo que, de acuerdo con lo que decía la comadrona, en Norteamérica había una serie de viejos y achacosos que habrían hecho un

gran bien obrando con la humildad de Kotiwala, en lugar de aferrarse a sus puestos hasta que llegaban a la senilidad.

—Es hindú, como la mayor parte de nuestro pueblo —explicó la mujer—. Aunque me ha contado que antaño sufrió la fuerte influencia de las enseñanzas budistas, las que, por cierto, comenzaron como una herejía hindú. De todas formas, me temo que no he comprendido a qué se refería usted hace un momento.

Chance pensó en las gigantescas fábricas propiedad de Du Pont, Bayer, Glaxo y sabe Dios cuántos más, trabajando noche y día con más gasto de energía que un millón de madres dando a luz seres corrientes, y se dijo que los hechos iban a ser del dominio público lo bastante pronto como para que no tuviera que correr el riesgo de alzar la cortina del secreto. Era mejor seguir callado. Al fin manifestó:

—Bien, lo que quise decir es que si yo tuviese alguna influencia, las gentes como él gozarían de preferencia cuando llegue...; bueno, la clase de tratamiento médico más avanzado. Conservar a alguien como él, que es querido y admirado, me parece mucho mejor que hacer lo mismo con alguien al que se teme.

Hubo un momento de silencio.

—Creo comprenderle —dijo la comadrona—. Entonces, la píldora contra la muerte es un éxito, ¿verdad?

Chance se estremeció, y ella le sonrió de nuevo con gesto intencionado.

—Resulta difícil estar al corriente de las novedades médicas cuando se trabaja con tanto agobio —afirmó—, pero también aquí llegan algunos rumores. Ustedes, en sus ricos países, como los Estados Unidos y Rusia, han estado tratando de hallar, durante muchos años, un fármaco de amplia esfera de acción contra el envejecimiento y, conociendo de oídas su país, supongo que se habrán producido largas y enconadas discusiones sobre quién debe ser la primera persona en beneficiarse del nuevo hallazgo.

Chance se rindió incondicionalmente y asintió con aire contrito.

—En efecto —dijo al fin—, hay una droga contra la senilidad. Aún no es perfecta; pero son tan grandes las presiones sobre las compañías de productos farmacéuticos para que lleven a cabo la producción comercial, que poco antes de dejar la sede de la Organización Mundial de la Salud, para venir aquí, supe

que se estaban adjudicando ya los contratos. El tratamiento costará quinientos o seiscientos dólares y servirá para ocho o diez años. No necesito decir lo que eso va a significar. Por mi parte, si pudiera hacer mi voluntad, elegiría a alguien como el doctor Kotiwala para que disfrutase del nuevo adelanto, en lugar de todos esos viejos y achacosos llenos de poder y riqueza que van a proyectar sobre el futuro sus anticuadas ideas, gracias a este nuevo adelanto de la ciencia.

El joven médico se detuvo en seco, alarmado por su propia vehemencia, y deseando en su fuero interno que ninguno de los curiosos que les rodeaban supiera hablar inglés.

—Esa actitud dice mucho en favor suyo —admitió la comadrona—. Pero, en cierto sentido, es inexacto decir que el doctor Kotiwala va a retirarse. Más bien podríamos decir que cambia de carrera. Por otra parte, si le ofreciese usted un tratamiento antisenil, creo que el doctor sonreiría y lo rechazaría.

—¿Cómo es posible...?

—Resulta difícil explicarlo en su idioma —declaró la comadrona, frunciendo el ceño—. ¿Sabe usted lo que es un *sunnyasi*, quizá?

—Uno de esos santones que he visto en este país, ataviados sólo con un taparrabos y que piden limosna con una escudilla —contestó Chance.

—También usan un cayado.

—Entonces, son una especie de faquires, ¿verdad?

—Nada de eso. El *sunnyasi* es un hombre en la etapa final de su vida de trabajo. Pudo haber sido cualquier cosa: comerciante, funcionario, abogado o incluso médico.

—Eso quiere decir que el doctor Kotiwala va a echar por la borda toda su ciencia médica, todos los servicios que aún puede prestar a sus semejantes, desdeñando incluso la salvación de numerosas criaturas, para irse a mendigar con una escudilla en beneficio de su propia salvación, ¿no es cierto?

—Por eso le llamamos nuestro santo patrón —aseguró la mujer, sonriendo con afecto en dirección al doctor Kotiwala—. Cuando se marche de aquí y logre adquirir la virtud, será siempre un amigo para los que quedamos atrás.

Chance no daba crédito a sus oídos. Un momento antes la comadrona había dicho que la India no podía permitirse dejar de lado a las gentes que

aún eran capaces de rendir algo, y ahora parecía aprobar un propósito que a él se le antojaba una mezcla, a partes iguales, de egoísmo y superstición.

—¿Va usted a decirme que él cree en esa necesidad de acumular virtudes para una existencia futura?

La comadrona le miró con frialdad.

—Me parece que eso es una descortesía por su parte —dijo—. Las enseñanzas del hinduismo nos dicen que el alma vuelve a encarnarse, a través de un ciclo eterno, hasta llegar a identificarse con el Todo. ¿No se da usted cuenta de que toda una vida de trabajo entre los recién nacidos nos permite ver todo esto con mayor claridad?

—Entonces, ¿usted también lo cree?

—Eso no tiene importancia. Pero sí le diré que presencio milagros cada vez que admito a una madre en este hospital. Soy testigo de cómo un acto animal, un proceso sucio, sangriento y hediondo, da lugar a la aparición de un ser racional. Yo nací, lo mismo que usted, como una criatura indefensa y llorosa, y aquí estamos ahora, hablando en términos abstractos. Tal vez sólo sea cuestión de complejidad química, no lo sé, en realidad. Lo único que puedo decirle es que me cuesta trabajo aceptar ciertos adelantos médicos.

Chance siguió mirando a través de los cristales de la sala de partos. Tenía el ceño fruncido y en cierto modo se sentía decepcionado, incluso engañado, después de tener que aceptar al doctor Kotiwala según los términos admirativos de la comadrona. Al fin murmuró:

—Creo que será mejor que nos marchemos.

La principal sensación que experimentaba el doctor Kotiwala era de cansancio. Se extendía por todo su cuerpo, hasta la médula de los huesos.

No se apreciaba ningún signo, en su comportamiento, indicando que estuviera actuando de forma casi mecánica. Tal vez alguna madre de las que se confiaban a él y le confiaban sus hijos, fue capaz de notar aquel desfallecimiento. Lo cierto es que el doctor Kotiwala se hallaba increíblemente cansado.

Habían transcurrido más de sesenta años desde que terminó los estudios de Medicina. No había habido cambios apreciables en cuanto a la forma en

que los seres humanos venían al mundo. Sí, los elementos accesorios habían ido sucediéndose conforme evolucionaban las tendencias de la medicina; recordaba algunos desastres inenarrables, como el de la talidomida, y la bendición de los antibióticos, que por su eficacia, precisamente, estaban atestando a países como el suyo con más bocas de las que se podían alimentar. Y ahora había trabajado con unas nuevas técnicas con las cuales nueve de cada diez recién nacidos bajo su supervisión eran bien recibidos y queridos por sus padres, en lugar de constituir una carga o verse condenados a la existencia a medias del hijo ilegítimo.

En ocasiones las cosas salían bien, y otras salían mal. A lo largo de su prolongada y eficaz vida profesional, el doctor Kotiwala había llegado a la convicción de que no podía confiar más que en ese principio.

Mañana...

Su mente amenazaba con divagar, con alejarse de lo que estaba haciendo, ayudar a traer al mundo el último de esos pequeños seres, en su carrera de especialista. ¿Cuántos millares de mujeres gimieron de dolor en el lecho del parto, delante de él? No se atrevía a hacer un cálculo siquiera. ¿Y cuántos miles de nuevas vidas se iniciaron entre sus manos? Tampoco podía recordarlo. Tal vez con su ayuda vino al mundo un ladrón, un traidor, un asesino, un fratricida...

No importaba. Mañana... (En realidad ya era hoy, puesto que terminaba su turno, y aquel niño que alzaba ahora por los pies era el último que recibiría su atención... en una gran maternidad; pues si requerían su ayuda en alguna mísera aldea, no dejaría de acudir), mañana se romperían los lazos que le ligaban al mundo. Sólo se dedicaría a la vida del espíritu, y entonces...

Se esforzó en volver a la realidad. La mujer que estaba al lado de la parturienta, su cuñada, daba la sensación de estar muy ocupada con lo que tenía que hacer: desinfectarse las manos y colocarse un pegajoso «mono» de plástico. En aquel momento le hizo la temible pregunta.

El anciano vaciló antes de contestar. En apariencia, nada parecía marchar mal, en cuanto al recién nacido. Se trataba de un niño, en buenas condiciones físicamente y que dejaba oír un lloriqueo normal al enfrentarse con el mundo. Todo salía como debía salir. Y sin embargo...

Acunó a la criatura en el brazo izquierdo, mientras le alzaba diestramente

un párpado y luego otro. Sesenta años de práctica habían hecho que sus manipulaciones tuvieran una gran suavidad. Observó a fondo los vacuos ojos claros, que contrastaban increíblemente con el color de la piel que los rodeaba.

Más allá de ellos había..., había...

Pero, ¿qué podía decirse de una criatura como aquella, que sólo llevaba unos instantes en el mundo? El doctor Kotiwala suspiró y entregó el niño a la cuñada de la madre, mientras el reloj de pared desgranaba los últimos segundos de su turno de guardia.

De todas formas, su mente retuvo la imagen de la criatura, a la que, movido por un impulso indefinible, volvió a mirar por segunda vez. Cuando llegó el médico que le relevaba, el doctor Kotiwala concluyó su informe y dijo:

—He notado algo extraño en el niño que acaba de nacer en la cama 32. Yo estoy muy cansado, pero, si usted encuentra ocasión, tenga la bondad de examinarle. ¿Lo hará?

—Desde luego —repuso el otro médico, un joven rollizo de Benarés, de rostro oscuro y brillante, como sus manos.

El asunto seguía incomodando al doctor Kotiwala, aunque ya había encargado de ello a otro. Una vez que se hubo duchado y cambiado de ropa, dispuesto ya para marcharse, aún permaneció en el pasillo para observar a su colega mientras examinaba a la criatura desde la coronilla hasta la planta de los pies. No pareció hallar nada anormal el joven médico; y volviéndose hacia donde estaba el doctor Kotiwala se encogió de hombros, como diciendo: «No hay por qué inquietarse, a mi entender».

«Sin embargo, cuando miré aquellos ojos, había algo detrás de ellos que me hizo creer...»

No, aquello era absurdo. ¿Qué podía leer un hombre en los ojos de un ser humano que acababa de nacer? ¿No era una especie de arrogancia lo que le hacía pensar que su colega había pasado algo por alto, algo de vital importancia? Verdaderamente preocupado, consideró la idea de volver a la sala de partos para echar otra mirada al recién nacido.

—¿No es su santo patrón el que está ahí? —susurró Chance, en tono sarcástico, dirigiéndose a la comadrona.

—Sí, en efecto. ¡Qué suerte! Ahora puede usted conocerle personalmente..., si lo desea.

—Me lo ha descrito usted de tal forma que consideraría una verdadera pena no conocerle antes de que se quite el traje y se convierta en un humilde nativo.

La comadrona hizo caso omiso de la ironía. Se acercó al médico lanzando breves exclamaciones, pero se interrumpió al advertir la expresión sombría de Kotiwala.

—¿Qué ocurre, doctor? ¿Algo malo?

—No estoy seguro —repuso el anciano en buen inglés, aunque con aquel fuerte acento cantarín que los británicos, antes de marcharse, habían bautizado como «el galés de Bombay»—. Se trata del recién nacido de la cama 32, un varón. Estoy seguro de que algo no anda bien, pero no acabo de descubrirlo.

—En tal caso, habrá que cuidarle —aseguró la comadrona, que evidentemente tenía gran fe en las opiniones de Kotiwala.

—El doctor Banerji ya le ha examinado, y no está de acuerdo conmigo —repuso el anciano.

Era indudable que, para la comadrona, Kotiwala era Kotiwala y Banerji no era nadie. Su expresión así lo confirmaba, más que cualquier frase. Chance se dijo que allí tenía la ocasión de comprobar si la confianza de la comadrona estaba realmente justificada.

—En vez de distraer al doctor Banerji, que parece estar muy ocupado —sugirió Chance—, ¿por qué no traer aquí al niño, para echarle una ojeada?

—Le presento al doctor Chance, de la OMS —dijo la comadrona, y Kotiwala estrechó la mano del aludido con aire ausente.

—Sí, creo que es una buena idea —replicó—. Más vale contar con una segunda opinión.

Chance se dijo que sus estudios relativamente recientes le permitirían aplicar algunos procedimientos que Kotiwala no estaba acostumbrado a usar. Pero ocurrió al revés: lentamente fue palpando el anciano el cuerpo y los miembros de la criatura, de un modo tan experto que Chance no pudo por menos que admirarle. Aquello tenía grandes ventajas, siempre que se conociera la localización normal de cada hueso y de los músculos principales, en la armazón infantil. De todas formas, el reconocimiento tampoco reveló nada en esta ocasión.

El corazón parecía normal, igual que la presión sanguínea; el aspecto externo era saludable, los reflejos resultaban vigorosos, las fontanelas del cráneo algo anchas, aunque dentro del límite de variación normal...

Después de tres cuartos de hora, Chance se convenció de que el anciano hacía aquello para impresionarle. Notó que Kotiwala alzaba los párpados del niño una y otra vez y le miraba los ojos como si pudiera leer en el cerebro que había detrás. La repetición del acto comenzaba a irritarle, y cuando volvió a hacerlo no pudo dominarse y le preguntó:

—Dígame, doctor, ¿qué ve usted en esos ojos?

—¿Y usted, quiere decirme si ve algo? —repuso Kotiwala, e indicó a Chance que podía observar, si lo deseaba.

—No encuentro nada extraño —murmuró Chance un momento después.

—Eso mismo he advertido yo. Nada.

«¡Por todos los santos!», se dijo Chance para sus adentros, y se dirigió hacia un rincón de la estancia mientras se quitaba los guantes de goma, para echarlos luego en el cubo de prendas para esterilizar.

—Francamente —declaró por encima del hombro, poco después—, yo no veo nada anormal en esa criatura. ¿Qué cree usted? ¿Que el alma de un gusano ha entrado en ese cuerpo por error, o algo parecido?

Kotiwala no podía haber pasado por alto el evidente sarcasmo de aquellas palabras, a pesar de lo cual su respuesta fue tranquila y cortés.

—No, doctor Chance —dijo—, eso me parece poco probable. Después de muchas horas de contemplación, he llegado al convencimiento de que las ideas tradicionales son inexactas. La condición del hombre es algo

simplemente humano, y abarca tanto al idiota como al genio, sin comprender otras especies. De todos modos, ¿quién podría asegurar que el alma de un chimpancé o de un perro es inferior a la que se trasluce en la mirada de un perfecto imbécil?

—Ciertamente, yo no lo aseguraría —repuso Chance, sin dejar de ironizar, y mientras se quitaba la bata, Kotiwala se encogió de hombros, suspiró y se quedó en silencio.

Más tarde...

El *sunnyasi* Ananda Bhagat no vestía más que un taparrabos, y sus pertenencias en este mundo consistían tan sólo en una escudilla y el cayado que empuñaba. A su alrededor, la gente del poblado tiritaba en sus atuendos rústicos y baratos —ya que hacía frío en la zona de las colinas, en aquel mes de diciembre—, y pasaban todo el tiempo que podían acurrucados ante las pequeñas hogueras. Quemaban ramitas, raramente carbón, y también excrementos de vaca secos. Los ingenieros agrónomos extranjeros les habían aconsejado que usaran los excrementos como abono, pero el calor del fuego estaba más cerca de su presente que el misterio del aprovechamiento del nitrógeno por la tierra en las cosechas del año siguiente.

Ahora, ignorando el frío, sin hacer caso del denso humo de la hoguera que subía hacia el techo y llenaba la sombría choza, Ananda Bhagat habló con tranquilizador acento a la temerosa muchacha de diecisiete años a cuyo pecho se aferraba el niño. Había mirado los ojos de éste, y de nuevo volvió a escudriñarlos... ¡Nada!

No era la primera vez que había visto eso en aquel pueblo, ni era tampoco el primer pueblo donde ocurría. Aceptó el hecho como una circunstancia de la vida. Al renunciar a seguir llevando su apellido, Kotiwala había dejado de lado los prejuicios de aquel doctor en medicina por el Trinity College, de Dublín, que preconizaba la aplicación de los criterios científicos más estrictos en las salas asépticas de un gran hospital urbano. Al cabo de ochenta y cinco años de vida, intuyó que sobre él pesaba una mayor responsabilidad, y se dispuso a asumirla.

Mientras observaba inquisitivamente el rostro inexpresivo del pequeño

creyó percibir un ruido sordo. La joven madre también lo oyó, y se encogió visiblemente, pues era intenso y se hacía cada vez más fuerte. Tanto se había desvinculado Ananda Bhagat de su antiguo mundo, que tuvo que hacer un esfuerzo para poder identificarlo. Era un fuerte zumbido en el cielo. Un helicóptero, algo insólito en aquel lugar. ¿Para qué venía un helicóptero a un pueblecito determinado de entre los setenta mil que había en la India?

La joven madre gimió, y el *sunnyasi* dijo:

—Tranquilízate, hija mía. Iré afuera a ver lo que ocurre.

Antes de dejar caer la mano de la muchacha, le dio una palmadita tranquilizadora y cruzó la deteriorada puerta, saliendo a la calle, que barría un viento helado. Aquel pueblo sólo tenía una calle. Haciéndose sombra con la enjuta mano, el *sunnyasi* miró hacia arriba, al cielo.

En efecto, era un helicóptero que volaba en círculos, reluciendo bajo los tenues rayos del sol invernal. El aparato estaba descendiendo. Dentro de poco tiempo, ya se habría posado en el suelo.

Ananda Bhagat esperó.

Un momento después la gente salió de sus chozas haciendo comentarios, preguntándose sin duda por qué la atención del mundo exterior se había centrado en ellos, bajo la forma de aquel estruendoso vehículo. Al advertir que su portentoso visitante, el santón, el *sunnyasi* —los que eran como él escaseaban en aquellos días y había que venerarlos—, se mantenía impávido, sacaron coraje de su ejemplo y permanecieron firmes en sus lugares.

El helicóptero aterrizó en medio de un remolino de polvo, algo más allá del accidentado sendero que llamaban «calle», y del interior del aparato saltó un hombre. Era un extranjero alto, de pelo rubio y tez clara, que contempló la escena calmosamente, y que al advertir la presencia del *sunnyasi* dejó escapar una exclamación. Tras decir algo a sus acompañantes, cruzó la calle a grandes zancadas. Otras dos personas salieron del helicóptero y se colocaron junto al aparato, hablando en voz baja: una muchacha de unos veinte años, ataviada con un *sari* verde y azul, y un joven de amplio «mono», el piloto.

Apretando la criatura contra su cuerpo, la joven madre también había salido a ver lo que ocurría, mientras su primer hijo, que apenas había dejado los pañales, la seguía con pasos inseguros, tendiendo una mano para aferrarse al *sari* de su madre en caso de que perdiera el equilibrio.

—¡Doctor Kotiwala! —exclamó el joven que había descendido del helicóptero.

—Ese era yo —contestó el santón, con voz ronca. El idioma inglés había huido de su mente, como una serpiente abandona su antigua piel.

—¡Por todos los cielos! —manifestó el joven ásperamente—; ya hemos tenido bastante trabajo con localizarle, para que además nos reciba con juegos de palabras cuando al fin le encontramos. Nos hemos detenido en treinta poblados, haciendo indagaciones, y siempre nos decían que usted había estado allí poco antes...

El joven extranjero se secó el rostro con el dorso de la mano y añadió:

—Me llamo Barry Chance, por si lo ha olvidado. Nos conocimos en la maternidad de...

—Le recuerdo muy bien —interrumpió el *sunnyasi*—. Pero, ¿quién soy yo para que gaste usted tanto tiempo y energías en la búsqueda de mi persona?

—Sólo puedo decirle que es usted el primer hombre que ha reconocido a un *vitanul*.

Siguió un momento de silencio. En ese lapso, Chance pudo apreciar cómo la personalidad del santón se desvanecía, para ser sustituida por la del doctor Kotiwala. El cambio se reflejó sobre todo en la voz, que en las palabras siguientes volvió a adquirir aquel «acento galés de Bombay».

—Mi latín es rudimentario, pues sólo aprendí lo necesario para la medicina, pero deduzco que la palabra proviene de *vita*, vida, y *nullus*, nada... Se refiere usted a alguien como esta criatura, ¿verdad?

Kotiwala hizo un gesto a la joven madre, para que avanzase un paso, y colocó suavemente una mano sobre la espalda del pequeño.

Chance echó una mirada, se encogió de hombros y luego declaró:

—Si usted lo dice... Esta niña sólo tiene dos meses, ¿no es cierto? Entonces, sin reconocimiento alguno...

Dejó en suspenso la frase, con entonación de duda, pero en seguida continuó, diciendo apasionadamente:

—¡Sí, sin examen alguno! ¡Ahí está el quid! ¿Sabe usted qué pasó con el niño del que usted dijo que tenía algo raro, la última vez que asistió a un parto, antes de..., de retirarse?

Había un fiero acento en la voz de Chance, pero no iba dirigido contra el anciano, sino que era sencillamente un signo exterior con el cual manifestaba que se hallaba en el límite de su resistencia.

—He visto muchos como aquél, desde entonces —aseguró Kotiwala—. Puedo imaginar lo que sucedió, pero prefiero que me lo diga usted.

Decididamente, no era ya el *sunnyasi* quien hablaba, sino el médico competente con toda una vida de práctica a sus espaldas. Chance le observó con un gesto que no estaba exento de temor.

Los curiosos lugareños congregados en torno a los dos hombres reconocieron aquella expresión y dedujeron —aunque ninguno de ellos podía seguir la rápida conversación en inglés— que el extranjero que había llegado por el aire se sentía bajo el influjo de la personalidad de su «hombre santo». Ello les hizo sentirse mucho más tranquilos.

—Bien, el caso es que su amiga, la comadrona —dijo Chance—, siguió insistiendo en que, si usted había dicho que el chiquillo tenía algo extraño, así debía ser, aunque ni yo ni el doctor Banerji hubiéramos observado en él nada anormal. Continuó con el asunto, hasta que llegó a obstaculizar mi trabajo y a demorar mi marcha. De modo que antes de perder la paciencia hice trasladar el niño a Nueva Delhi, para que le hicieran en la OMS la serie de análisis más completos que pueden llevarse a cabo. ¿Y sabe usted lo que observaron?

Kotiwala se acarició la frente con gesto de cansancio y repuso:

—¿La supresión de los ritmos *alfa* y *theta*, tal vez?

—¡Usted ya lo sabía!

El evidente tono de acusación que se advertía en la voz de Chance fue percibido por los nativos, algunos de los cuales avanzaron con aire amenazador y se situaron junto al *sunnyasi*, como para protegerle.

Kotiwala les hizo un gesto, indicándoles que no había nada que temer. Luego dijo:

—No, no lo sabía. Lo supuse cuando me preguntó usted lo que habían observado.

—Entonces, ¿cómo es posible...?

—¿Que adivinase yo que aquella criatura no era normal? No puedo explicarle eso, doctor Chance. Se necesitarían sesenta años de trabajar en una maternidad, viendo decenas de niños nacer día tras día, para que pudiera

usted comprender lo que yo vi en ese momento.

Chance reprimió el exabrupto que pugnaba por escapar de entre sus labios, y dejó caer los hombros un desaliento.

—Tendré que reconocer eso —contestó—. Pero el hecho subsiste: usted advirtió, al cabo de unos minutos de su nacimiento, e incluso aunque el niño parecía sano y el reconocimiento practicado no reveló ninguna deficiencia orgánica, que su cerebro estaba..., estaba vacío, ¡que no había mente alguna en aquel cuerpo! ¡Cielos, el trabajo que tuve para convencer a los de la OMS que usted lo había adivinado; las semanas de discusiones, antes de que me dejaran volver a la India, para buscarle!

—Sus pruebas... —murmuró Kotiwala, como sin dar importancia a aquella última frase—. ¿Han realizado muchas?

Chance alzó los brazos al cielo e inquirió:

—Dígame, doctor, ¿dónde demonios ha estado en estos dos últimos años?

—Recorriendo descalzo los más humildes poblados —contestó al fin Kotiwala—. No he recibido noticias del mundo exterior. Este mundo es muy reducido.

Y al decir esto señaló con la mano la rústica calleja, las chozas míseras, los campos labrados, las montañas que lo circundaban todo.

El joven médico aspiró profundamente y agregó:

—De modo que usted no sabe nada, y no parece importarle. Bien, permítame que le informe. Pocas semanas después de haberle conocido se propagaron algunas noticias que me hicieron recordar mi encuentro con usted en la India. Eran ciertos informes acerca de un repentino y aterrador incremento de la imbecilidad congénita. Normalmente el recién nacido comienza a reaccionar a muy poca edad. Los más precoces sonríen tempranamente, y cualquiera de ellos es capaz de notar un movimiento, percibir los colores vivos y alargar el brazo para coger algo...

—Todos, menos los que usted ha llamado *vitanuls*, ¿no es cierto?

—Así es —contestó Chance, y cerró los puños con ademán de impotencia—. ¡Esas criaturas no dan muestras de tener vida! ¡No presentan ninguna reacción normal! Hay una ausencia de ondas cerebrales normales cuando se les hace un electroencefalograma, como si todo lo que caracteriza al ser humano hubiera..., ¡hubiera huido de ellos!

Señaló luego con el índice el pecho del anciano y agregó con voz alterada:

—¡Y usted lo advirtió desde el primer momento! ¡Dígame cómo pudo ocurrir eso!

—Espere un momento —dijo Kotiwala, a quien el peso de los años no restaba dignidad—. De ese aumento de la imbecilidad, ¿se enteró usted en cuanto yo me retiré de mis tareas en la maternidad?

—No, claro que no.

—¿Por qué «claro que no»?

—Pues porque estábamos demasiado ocupados para prestar atención a ciertas cosas. Un pequeño triunfo de la medicina llenaba los titulares de los periódicos y daba a la OMS no pocos quebraderos de cabeza. El tratamiento antisenil se hizo público pocos días después de conocernos usted y yo, y todo el mundo comenzó a pedir esa panacea.

—Comprendo —dijo Kotiwala; y su figura se encorvó con desaliento.

—¿Qué es lo que comprende usted? —inquirió Chance.

—Perdone mi interrupción. Prosiga, por favor.

Chance sintió un escalofrío, como si de pronto recordase la gélida temperatura de diciembre.

—Hicimos todo lo posible —continuó diciendo—, y aplazamos el anuncio de ese tratamiento hasta que hubo existencias suficientes como para aplicárselo a varios millones de solicitantes. La medida resultó desafortunada, ya que todos aquellos a quienes un familiar se les murió poco antes comenzaron a acusarnos de haberles dejado morir por negligencia. Comprenderá usted que en tal situación todo lo que hacíamos parecía desacertado.

»Y, por si fuera poco, se recibió una noticia escalofriante: ¡los casos de imbecilidad congénita aumentaban a un diez, y luego a un veinte y hasta a un treinta por ciento de los nacimientos! ¿Qué estaba sucediendo? Los rumores se hacen cada vez más amenazadores, ya que justamente cuando comenzábamos a felicitarnos por el eficaz resultado de la vacuna antisenil se inicia el fenómeno más estremecedor de la historia de la Medicina, y, además, la situación va empeorando sin cesar... En las dos últimas semanas la proporción de deficientes mentales totales ha alcanzado un ochenta por

ciento. ¿Comprende lo que esto significa, o está tan absorto en sus místicas contemplaciones que eso no le preocupa en absoluto? Debe usted darse cuenta de que, de cada diez niños que han nacido esta última semana, no importa en qué país o continente, ¡ocho de ellos son animales sin mente!

—¿Y, a su juicio, el que examinamos juntos fue el primero de ellos? —inquirió el anciano.

Kotiwala hizo caso omiso de la dureza que se transparentaba en las palabras del joven médico; tenía la vista ausente, clavada en la azul lejanía, sobre las montañas.

—Eso hemos podido deducir —dijo Chance, haciendo un ademán significativo con la mano—. Cuando fuimos investigando retrospectivamente, comprobamos que las primeras criaturas con esas características habían nacido el mismo día en que estuvimos usted y yo en la maternidad y que el primero de todos ellos nació una hora después, aproximadamente, de conocerle a usted yo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Lo que podía esperarse. Todos los recursos de la ONU se pusieron en juego; estudiamos los antecedentes del asunto en todo el mundo, hasta nueve meses antes de aquel día, cuando las criaturas debieron haber sido concebidas...; pero no sacamos nada en limpio. Lo único cierto es que todos esos pequeños están vacíos, mentalmente huecos... Si no estuviéramos en un callejón sin salida, nunca se me habría ocurrido cometer la tontería de venir a verle, ya que, después de todo, imagino que en nada podrá usted ayudarnos, ¿no es cierto?

El apasionado ardor del que daba muestras Chance desde que llegó pareció haberse consumido de pronto, dando la impresión de haberse agotado las palabras. Kotiwala permaneció reflexionando durante un par de minutos, mientras los lugareños, cada vez más inquietos, murmuraban entre ellos. Al fin, el anciano rompió su mutismo, preguntando:

—Esa droga antisenil, ¿ha tenido éxito?

—Sí, afortunadamente. De no haber tenido ese consuelo en medio de semejante desastre creo que nos habríamos vuelto locos. Con ello ha disminuido increíblemente el índice de mortalidad; como todo ha sido debidamente planeado, estamos en condiciones de alimentar a todos aquellos

seres humanos que van agregándose, y...

—Bien —le interrumpió Kotiwala—; creo que puedo decirle lo que ocurrió el día en que nos conocimos.

Chance le miró asombrado.

—¡Entonces dígalo, por Dios! —exclamó—. Es usted mi última esperanza. ¡Nuestra última esperanza!

—No puedo ofrecer esperanza alguna, hijo mío —repuso el anciano, y sus suaves palabras resonaron como el tañido de una campana que toca a muerto—. Pero podría sacar una deducción. Creo haber leído que, según los cálculos, en este siglo XXI hay tantos seres humanos vivos como los que han muerto desde que el hombre evolucionó y pudo ser considerado como tal. ¿No es así?

—Así es, en efecto. Yo también leí esa obra hace ya algún tiempo.

—Entonces puedo afirmar que lo ocurrido el día en que nos conocimos fue esto: el número de todos los seres humanos que habían existido hasta entonces fue superado por el de los vivos, por vez primera.

El joven movió la cabeza, atónito; luego murmuró:

—Creo..., creo que no le entiendo... ¿O acaso sí..., acaso le comprendo perfectamente?

—Y, al mismo tiempo o poco después —siguió diciendo Kotiwala—, ustedes descubren y aplican en todo el mundo una droga que combate la vejez. Doctor Chance, usted no querrá aceptar esto, pues recuerdo que me gastó aquel día una broma acerca de un gusano; pero yo sí lo acepto. Afirmo que usted me ha hecho comprender lo que vi al mirar a los ojos de aquel recién nacido, cuando hice lo mismo con esta pequeña.

Así diciendo, apoyó dulcemente la mano sobre el cuerpecillo que sostenía la joven madre, a su lado, quien le dirigió una tímida y breve sonrisa.

—No se trata de la ausencia de mente, como usted ha dicho —añadió Kotiwala—, sino de una falta de alma.

Durante unos segundos Chance creyó oír una risa demoníaca en el susurro del viento invernal. Con un violento esfuerzo trató de librarse de aquella idea.

—¡No, eso es absurdo! —exclamó—. ¡No puede usted decirme que hay escasez de almas humanas, como si estuvieran almacenadas en algún

depósito cósmico y las entregasen por encima de un mostrador cada vez que nace un niño! ¡Vamos, doctor, usted es una persona culta!

—Como usted bien dice —repuso cortésmente Kotiwala—, eso es algo que yo no me aventuraría a discutirle. Pero de todos modos debo estarle agradecido por haberme indicado lo que debo hacer.

—¡Magnífico! —exclamó Chance—. Heme aquí cruzando medio mundo, en la esperanza de que usted me diga cómo debo actuar, y en lugar de ello afirma usted que yo le he indicado... Pero, ¿qué va a hacer usted?

Un brillo de esperanza asomaba ahora a los ojos de Chance, al fin.

—Debo morir —manifestó el *sunnyasi*.

Y, recogiendo su cayado y su escudilla, sin decir una sola palabra a los demás, ni siquiera a la joven madre a la que había consolado poco antes, se alejó con el lento paso de los ancianos por el camino que conducía a las altas montañas azules y a los hielos eternos con cuyo auxilio iba a liberar su alma.

EL TALISMÁN CÍCLOPE

Shamus Frazer

Fue por mediación de Bradbury Minor, cuando oí hablar por primera vez del juju.

—¿Ha visto usted el dios de Winterborn, señor? Llegó por correo esta mañana.

—¿Dios?

—Sí, de África. Tiene solamente un ojo y es terriblemente feo, señor.

Y cuando Winterborn lo trajo para realizar una inspección descubrí que, por una vez, Bradbury no había exagerado: era terriblemente feo aun cuando en la forma de distorsión que uno espera hallar en una talla del África Occidental. El trabajo era africano, pero las facciones y su expresión eran completamente europeas.

—¿Envió tu padre esto, Winterborn?

—Sí, mi padrastro, señor. Perteneció a un médico brujo. Lo tomó de su cabaña.

—¿Y el brujo no le dio importancia?

—La carta dice que huyó a la selva, y así los policías de mi padre lo registraron todo y quemaron la cabaña. Era un brujo malo y si le hubiesen atrapado con seguridad le hubieran ahorcado... ¿Cree usted que es un dios, señor?

—Sospecho que es un juju..., un talismán de alguna clase..., creo yo..., un mal juju.

—¡Diablos!, es terriblemente feo... como aquel monstruo de un solo ojo de la obra latina que estamos haciendo..., el tipo que es un caníbal, ya sabe, señor... Polly...

—¿A cuál te refieres?

—No lo recuerdo bien, señor.

—Sin duda alguna te referirás al cíclope, Winterborn.

Yo era nuevo en el campo de la enseñanza, pero ya había adoptado aquel deplorable hábito de corregir a los demás.

—Polyphemus, desde luego..., este es exactamente igual a como imagino debió ser Polyphemus, aunque mucho más pequeño. Pero pesa mucho, ¿verdad, señor?

Tomé el talismán y le di vueltas entre las manos. Estaba tallado en una clase de madera dura como el hierro, y pintada toscamente, pero con gran eficacia. Había algo en la forma del cuerpo y la inclinación de la cabeza hacia arriba que era sugestivo..., pero no tenía yo la menor idea en aquellos momentos de lo que podía sugerir. Tenía un aspecto general casi griego: la perfecta talla de los cabellos rojos y la barba que rodeaban al rostro, pálido como la nieve, la boca cuadrada, abierta, mostrando unos terribles colmillos de marfil que se parecían mucho a las máscaras de la Tragedia. Pero no era en la antigua Grecia donde debía buscar la pista de aquella cabeza y cuello extendido, así como aquel ojo único que miraba hacia arriba: la asociación que mi mente trataba de buscar parecía pertenecer a una fecha posterior. En consecuencia mencioné la explicación mucho antes de que me enterase con certeza de lo que se representaba en mi mente.

—Sabes, Winterborn..., creo que es un modelo del mascarón de proa de una nave.

—Pero, ¿no es muy pequeña, señor?

—Se trata sólo de un modelo, un modelo a escala reducida, pero se parece más al mascarón de un buque del siglo dieciocho que a los modelos usuales de los ídolos africanos.

—¡Pero si es africano!

—Es un trabajo de artesanía africana, diría yo, pero copiado de un modelo europeo.

—Entonces no es un dios ni nada por el estilo.

Winterborn parecía sentirse un tanto decepcionado ante mi idea. Al cabo de unos segundos de silencio, añadió:

—¡No es más que la imitación del mascarón de proa de un buque! ¡Qué fracaso!

—No veo la razón por la cual no deba ser un dios —dije—. Después de

todo los negros han considerado como ídolos hasta sombreros de copa antes de ahora, y este cíclope seguramente parece más poderoso que un sombrero de copa. Mi idea es que se trata de un mascarón de proa de una nave esclavista..., y esto, evidentemente, tendría una fuerte influencia como «medicina del hombre blanco». Es feo y tiene un aspecto lo suficientemente maligno como para hacer ruido entre todos los dioses de la selva. Bien, toma esta cosa horrible antes de que me lance algún sortilegio.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas últimas palabras me estremecí cómicamente, estremecimiento que al final resultó ser real, ya que en el acto tuve una visión en la que aquella cosa crecía desmesuradamente entre mis manos, hasta llegar a sobresalir por encima de los árboles más altos, formando parte de una extraña nave cuya proa parecía un enorme dardo, con las parchadas velas flotando perezosamente bajo el escaso viento.

—¡El mascarón de proa de una nave de esclavos, convertido en un dios! —exclamó Winterborn mirando a su tesoro—. ¿Realmente lo cree usted así, señor?

—Nada me sorprendería: un negro cíclope o Polyphemus, ¿quién sabe? Ya podrás imaginar la impresión que produciría una figura muchas veces mayor que este tamaño deslizándose por un río. Para lograr que el dios estuviese de buen humor, los nativos de la localidad seguramente tallaron este modelo en pequeño, esto creo yo, posiblemente tallado por las propias tripulaciones ribereñas. Luego le llevaron a tierra y comenzaron a ofrecerle los sacrificios que más le complacían.

—¡Vaya! Veo lo que quiere usted decir, señor..., con eso del mascarón de proa. Debió ser entonces un barco bestial.

—De lo peor, sin duda alguna.

—Ahora mismo no parece estar de muy buen humor, ¿verdad, señor? Quizá echa de menos tales sacrificios. ¿Cree usted que le importaría mucho tomarse un chocolate con leche?

—Seguramente exigiría una dieta más fuerte, me temo yo, que chocolate y leche.

—¿Sangre, señor? Y corazones humanos arrancados de los pechos...

—Algo parecido a eso, sin duda.

—Le diré una cosa, señor. Si hay salchichas para la cena, guardaré una

para Polly.

Después de la llegada del juju, noté que Winterborn se tomaba mucho más interés por su latín, o al menos por los ensayos que estábamos realizando durante aquel curso para representar la obra. Existía la tradición en la Sheridan House School de que los muchachos representasen al año por lo menos dos obras en el Día del Premio, una en latín y la otra en inglés: Roger Edlington, quien hacía unos pocos años había heredado de su padre la dirección escolar, también había heredado el punto de vista, un tanto pasado de moda, en que los padres de los alumnos debían recibir una buena impresión antes de ser debidamente agasajados, y la obra en latín evidentemente estaba bien pensada como «impresión». Roger me había pedido que produjera ambas obras en aquel año, y yo había elegido el pequeño drama de *Ulises y el Cíclope* porque era corto y fácil de aprender, y por otra parte contenía suficiente cantidad de mímica e incidentes para facilitar incluso a los padres que no tenían la menor idea del latín, con la ayuda de una breve sinopsis, que yo había impreso en el programa, seguir bien el guión. Además, el tema *Grand Guignol* sería un gran contraste con *Toad of Toad Hall*, que se representaría a continuación.

Winterborn, en un principio, figuraba en el reparto como oveja cíclope, pero esto no le satisfizo nada; y cuando Fenwick cayó enfermo con ictericia, muy pronto se presentó voluntariamente para representar el papel de Polyphemus.

—Pero tú tienes la mitad de la estatura de Fenwick —alegué yo—. Y Polyphemus era un gigante.

—De todas maneras iba usted a encargarse de una cabeza de cartón para Fenwick, señor. Podría hacerla un poco más alta para mí. Eso es todo.

—Si eres capaz de representar el papel, sí que podría hacer eso —respondí.

Winterborn miró retadoramente al resto del elenco.

—Haré de Polyphemus —declaró con toda determinación.

Nadie aceptó el reto.

—Es un papel largo, Winterborn —dije yo—. ¿Serás capaz de

aprenderlo?

—Ya lo conozco, señor. Nunca pensé que Fenwick fuera muy bueno, aunque no pescase esa enfermedad amarilla... y así pensé que por si acaso ocurría algo imprevisto debía aprender su papel. Y le diré una cosa más, señor, cuando haga esa cabeza de carnaval para mí, puede usted copiar el rostro de Polly.

—¿De tu juju? Ya hace mucho tiempo que no le veo.

—¡Oh!, lo lleva con él a la cama —dijo Bradbury— para que le conceda dulces sueños..., dulces, ¡cosa que no creo posible!

—¡Oh, no digas más tonterías, Bradbury, cierra la boca! —exclamó Winterborn.

—Bien, te probaremos en esa parte del programa, Winterborn.

Sorprendentemente fue muy bueno, y solamente hubo que hacerle un par de advertencias. El alarido que lanzó cuando se abrasa el ojo del cíclope fue enormemente realista..., fue parecido al grito duro y áspero de un pavo. El muchacho consiguió el papel... y antes de que transcurriese mucho tiempo ya estaba desempeñando el papel de ayudante de productor.

La escena donde Ulises y sus marineros se apoderan del cayado del gigante e introducen su punta en el ojo del dormido Polyphemus, lo más dramático de la obra, podía llegar a ser un fracaso si su mecánica salía mal. Yo había pensado en encajar un ojo postizo a la falsa cabeza, algo parecido a la tapadera de desagüe de una bañera, que podría arrancarse desde el interior de un tirón. Incluso había jugueteado con la idea de un ojo eléctrico muy brillante que se podría desenchufar en el momento de la repentina ceguera. Pero ninguno de estos métodos parecía encaminarse al ridículo o al desastre. Fue Winterborn quien dio con la solución que, aunque horripilante, fue eficaz y sencilla.

—Mire, señor, se coloca el cayado de hierro en el brasero para calentarlo. El fuego debe ser solamente papel rojo con una luz por la parte posterior. Bien, ¿no podríamos poner un pote de pintura roja también en el brasero? Entonces todo lo que tienen que hacer es meter el extremo del cayado en la pintura de manera que cuando lo retiren aparecerá la punta roja para

introducirla luego en mi... sobre el ojo pintado de Polyphemus...

—Es una buena idea, Winterborn..., pero se necesitarán dos cabezas para las dos representaciones. Me gustaría probarlo en la escuela, primero en el ensayo de ropas, y apenas habrá tiempo de volver a pintar la cabeza para la representación ante las familias, del día siguiente.

—¡Oh, eso no tiene importancia, señor! —dijo Winterborn—. Todos ayudaremos a hacerlo.

Fue el método que yo adopté. Construimos el entramado de alambre y cartón piedra, empleando el modelo del juju de Winterborn. Colocamos parches de crepé rojo para el pelo y barba y la única ceja, y el efecto final fue verdaderamente horrible. Era como si el juju mediante alguna monstruosa forma de partenogénesis hubiese concebido aquel par de gigantes gemelos, un reduplicado hinchado y siniestro de sí mismo.

Las obras de verano se representaban al aire libre cuando lo permitía el tiempo, y hasta algunas veces cuando no lo permitía. Se colocaban sillas en el césped formando un amplio semicírculo cuyo pivote sobre el suave césped era un pequeño pabellón de verano con columnas, muy parecido a una construcción griega, a un templo heleno, protegido por enormes hayas que proporcionaban sombra y buen sonido a los actores. Este rincón del parque formaba un teatro natural, ya que los setos que bordeaban el semihundido Paseo de las Hayas, ofrecían gran número de senderos ocultos que se podían aprovechar para entrar y salir en escena, y el jardín del templete tenía una elegancia extraña que le permitía ser tanto palacio como cabaña, *Toad Hall* y la *cueva del Cíclope*, en la misma tarde sin el menor esfuerzo de imaginación.

En la tarde anterior al ensayo con trajes, los actores se reunieron allí para realizar los últimos ajustes a sus ropas.

A Polyphemus se le entregó una larga capa roja que colgaba de unas enguantadas alas sujetas a la cabeza falsa, y desde un orificio por el cual Winterborn atisbaba como un enano. Tenía un aspecto prodigioso. Molly Sabine, que estaba rellenando las vestiduras de Rana y ajustando sobre su cabeza formada por una cesta, los ojos que más bien parecían dos pelotas de tenis, lanzó un pequeño chillido cuando se volvió hacia el disfraz de

Winterborn y vio el ojo pintado que se alzaba sobre ella.

—¡Cielo santo! —exclamó volviéndose hacia mí en débil protesta—. ¿No es eso demasiado horrible, James? Vas a lograr que los muchachos sufran pesadillas.

Winterborn se sentía muy complacido.

—Acabo de atemorizar a Sabby enormemente —dijo desde los pliegues de su capa roja—. Drácula y Frankenstein no son nada a mi lado. Tendréis que llamar a enfermeras profesionales de la Cruz Roja y hombres con camillas para trasladar a las madres que se desmayarán en el Día del Premio.

—Ven aquí —dije— y déjame quitarte esa cabeza antes de que la tuya se hinche demasiado para permitirlo.

Los trajes y cabezas quedaron almacenados en el pabellón de verano hasta el día siguiente. Winterborn permaneció detrás de mí, mientras yo comprobaba lo que había y lo encerraba todo. Estuvo musitando latín durante todo el tiempo como si deseara impresionarme sobre el hecho de que su dicción era perfecta y que podría desempeñar cualquier otro papel si también era necesario.

—Pero, ¡oh, señor! —exclamó cuando regresábamos caminando sobre el césped—. He dejado ahí dentro a Polly.

—Bien, has dicho que vas a llevarle bajo tu capa mañana como mascota..., de manera que, ¿por qué no debe estar ahí con el resto del material?

—Es que prometí prestarlo esta noche a Custance. Pero no importa, señor. Podrá pasarse sin él otro día, creo yo.

—¿Y qué diablos quiere hacer con él Custance?

—Bien, es curioso lo que Sabby..., lo que dijo acerca de pesadillas. Verá usted, si dormimos con Polly bajo la almohada todos tenemos sueños.

—Todos tenéis sueños..., ¿qué quieres decir con eso?

—Ya lo hemos probado, señor. Todos soñamos con ese barco.

—Tonterías. Tenéis mucha imaginación.

—Al principio creí que sería debido a pensar en él..., que no eran verdaderos sueños. Pero todos lo hemos probado en nuestro dormitorio, y siempre soñamos con ese horrible barco.

—Quizá es que estáis demasiado nerviosos con el Día del Premio e

imagináis cosas. O probablemente lleváis encima demasiado contrabando después de apagar las luces y lo pagáis con malos sueños. Será preciso dosificar esas pesadillas...

—No son exactamente pesadillas, señor, a causa de la emoción. Hay oscuridad y cantos, muchos cantos; las maderas crujen y nosotros rodamos de un lado para otro de manera que las cadenas chocan constantemente. Y hay gritos en la oscuridad, y sobre todo esto cierta sensación de algo que va a suceder. Comparamos impresiones y todo es igual excepto el suspense que se está haciendo cada vez más intolerable...

—Pues está bien que hayas dejado tu juju en el pabellón de verano. Necesitas dormir todo cuanto puedas para los dos próximos días... y no estar despierto a todas horas contando historias de horror.

—¡Oh, no estamos despiertos, señor! Nunca hablamos hasta que llega la mañana. Entonces es cuando charlamos... sobre el barco... y lo que puede suceder a continuación.

—Bien, pues olvidarlo todo hasta el día del Premio.

Los maestros de preparatoria, al igual que los padres para los que actúan a menudo, escuchan a medias cuando un muchacho está hablando. Los mundos del adulto y del muchacho tropiezan, pero no se penetran mutuamente. He desenterrado esta conversación sostenida con Winterborn únicamente cuando más tarde los acontecimientos hicieron necesario que yo la recordase. Porque, efectivamente, la conversación inmediatamente se olvidó y quedó sumergida en los acontecimientos de la rutina diaria tan pronto como él y yo llegamos a los edificios de la escuela y seguimos desde allí diferentes caminos.

Ninguna madre se desmayó realmente en el Día del Premio, aunque algunas confesaron que consideraban «molesta» la obra en latín. Winterborn se sintió muy conmovido a causa de las felicitaciones de sus condiscípulos tras el ensayo hecho con trajes, y actuó muchísimo mejor en la segunda representación. Tenía un aspecto soberbiamente obscuro: los pequeños pies calzados con sandalias y mostrando los finos tobillos bajo el borde de la capa escarlata que ayudaba a exagerar la deformidad de los hombros y de la cabeza que se balanceaba torpemente; y la voz aflautada que salía de todo

aquel tinglado era grotesca pero no absurda.

Hubo risas nerviosas cuando pronunció sus primeras líneas, pero más tarde el público llegó a aceptar su terrible aspecto como una de las más características deformidades del monstruo que representaba.

Y cuando se situó entre las columnas del templete del jardín con su horripilante rostro pintado y embadurnado en rojo, para soltar las gotas de pintura escarlata al mismo tiempo que lanzaba un grito estridente como si fuera el de un herido monstruo prehistórico, el grito casi rasgó las membranas de los cerebros presentes. Era un grito inhumano. En aquel instante todo el mundo olvidó al muchacho que atisbaba por la pequeña abertura de la roja capa: era el propio cíclope el que lanzaba un fantástico alarido de dolor.

Los padres se sintieron terriblemente impresionados por aquel grito, o al menos eso supuse yo cuando más tarde escuché sus comentarios durante la hora del té en el jardín. Pero sus hijos les dijeron que aquél era un grito de as, un grito magnífico, súper, de verdadero brujo..., y Winterborn recibió por ello una larga serie de alabanzas por parte de los adultos.

Las madres, haciendo una enorme variedad de comentarios bajo la también gran variedad de sus sombreros, se sintieron impulsadas a admitir que la obra en latín, y especialmente Polyphemus, y por supuesto su grito, había sido indudablemente formidable. Pero aun así había miradas bajo los sombreros que eran ligeramente críticas, exactamente igual a la mirada que me había dirigido Molly Sabine, dos días antes, que sugerían que evidentemente la obra en latín había impresionado a los padres, pero no en la forma en que Roger Edlington había intentado. Me di cuenta de que preferían, cuando sus hijos lo permitieron, hablar de *Toad of Toad Hall*, que había sido todo lo que se esperaba de ella y que había ayudado a disolver mediante felices y alegres carcajadas las tensiones creadas por la representación de Winterborn.

Como es corriente en estas ocasiones, hubo muchas cosas que hacer cuando partió el último coche con los padres. Se permitió a algunos de los muchachos quedarse en pie y ayudar. Los bedeles del colegio ya estaban amontonando las sillas alquiladas y una montaña de diversos objetos y un grupo de muchachos ayudaba a cargarlo todo en camiones. Las sillas de la escuela se devolvieron a la biblioteca y a otras aulas de donde se habían

cogido. El parque era un lugar de terrible confusión, pero de confusión organizada, de donde logré tomar unos cuantos actores para que trabajaran en el pabellón de verano y en los varios «camerinos» que se habían construido en los senderos. Recogimos los aplastados tubos de cosmética, lápices para las cejas, frascos vacíos, y todo ello lo guardamos en las cajas del maquillaje. Pelucas, trajes, cabezas de animales, y espejos se colocaron en cestas de la lavandería y luego se enviaron al cuarto de plancha para su posterior clasificación y almacenamiento. Las dos grandes cabezas de cíclope, todavía húmedas de pintura, se dejaron en compañía de otros objetos en el templete griego... en compañía de la vieja red de tenis, los polvorientos paquetes de cañas de bambú, la máquina averiada para marcar líneas en el terreno, y las desvencijadas sillas de lona.

Antes de cerrar lancé una ojeada a mi alrededor para comprobar que no faltaba nada y que no había olvidado algo. Había una cosa sobre el alféizar de la ventana: era el juju de Winterborn.

—Mira esto —dije—, ¿dónde está Winterborn? Se dejó atrás su mascota.

—¡Oh, la llevaré yo, señor! —dijo Custance—. Winterborn me pidió que la buscase.

—¿Dónde está él? No lo he vuelto a ver desde que terminó la obra, su representación.

—Creo que no se siente muy bien, señor.

—¿Se ha ido a la cama?

—No, señor. Está sentado ahí fuera, sobre la hierba.

—Está bien. ¿Tienes ya esa mascota? Yo voy a cerrar.

Me detuve entonces entre las columnas dóricas. Estaba oscureciendo. Una luna descolorida, los planetas y las estrellas bordaban ya un cielo azul negro. Entre los árboles la casa de estuco parecía muchísimo más blanca, un blanco fantasmal sobre el que unas abiertas ventanas ya iluminadas por la luz eléctrica se destacaban como si fuesen manchas de sangre sobre un blanco espectro.

Acababa de levantarse un viento frío con la salida de la luna. Recordé al cegado Polyphemus balanceándose en aquel mismo lugar horas antes, reuniendo fuerzas para lanzar aquel poderoso grito... y sentí un estremecimiento.

Custance ya atravesaba el césped haciendo oscilar el juju como si se tratara de un llavero. Cuando le seguí salió una figura de entre los arbustos situados en un lado del césped. La figura avanzó hacia él.

—¡Eh, Custance! Te hablé en serio. No debes llevarle esta noche.

—Me lo prometiste. Me lo prometiste hace dos noches.

—Pero te lo advertí. Está de muy mal humor...

—¡Oh, no digas tonterías, Winterborn! Lo imaginaste. Solamente se trata de madera pintada. No pudo haber hecho lo que has dicho.

—Déjalo abajo... en tu pupitre. En cualquier parte. No lo lloves al dormitorio esta noche..., ven, dame eso.

Hubo una breve lucha, y luego Winterborn lanzó un grito.

—¿Lo ves?... ya te lo dije. Acaba de morderme.

Custance se había liberado de Winterborn y en aquel momento interpretaba sobre el césped una especie de danza salvaje blandiendo el juju.

—¡Imaginación! —gritó por encima del hombro—. Los dos son de madera desde la cabeza a los pies. Nunca podrías sentir un mordisco.

Winterborn estaba apretándose un dedo entre los dientes cuando yo me acerqué a él.

—¿Te has herido la mano, Winterborn?

—Tiene unos dientes terribles, muy agudos. Salió sangre cuando mordió.

—Querrás decir que tu mano tropezó con esas cosas que tiene en la boca, al luchar con Custance ahora mismo.

—Quizá haya sido eso, señor. Tengo el dedo herido en ambos lados...

Y al pronunciar estas últimas palabras alzó el dedo lleno de sangre. Después, añadió:

—Esos colmillos son como púas.

—Mejor será que vayas a ver a la directora y le pidas que te lo vende. Custance me ha dicho que no te sentías muy bien esta tarde.

—Noté cierto malestar después de la representación, pero ya se me ha pasado.

—Fue un...

Me detuve para elegir la palabra más idónea e inmediatamente la palabra se eligió a sí misma para que yo la pronunciara:

—... un éxito «fantástico» tu representación de esta tarde.

—Eso es lo que dicen todos, señor. Pero..., pero no recuerdo muchas cosas después de haberme quedado ciego, excepto el hecho de que estoy seguro de no haber hecho aquel ruido.

—¿Qué ruido?

—El grito, señor... y luego el ruido de espantoso gorgoteo que siguió después.

—Ciertamente te portaste bien, Winterborn —dije yo—, y creo que algunas personas, por ejemplo, la directora..., bien, no se dieron cuenta.

—Ni yo tampoco, señor. Verá usted, después de que Ulises y sus griegos metieron el cayado por mi ojo y yo me puse en pie, me enredé en los pliegues de la capa. No veía nada, señor. Todo estaba terriblemente rojo y oscuro. Creo que en aquel momento tuve miedo de escena o como se llame esa sensación. Temía tropezar y golpear la cabeza contra las columnas del templete o tropezar en los escalones. Yo tenía a Pol... mi juju, ya sabe usted, bajo mi capa. Y cuando estaba luchando con aquellos antipáticos pliegues de tela roja en busca de aire para respirar mejor y ver la luz del día..., bueno..., suena estúpido, señor, y quizá yo estaba muy cansado y lo imaginé, pero...

—Adelante, Winterborn, ¿qué más?

—Me pareció, señor, que aquella imagen se retorció entre mis manos y entonces..., «entonces gritó, señor»..., fue aquel grito terrible con el gorgoteo posterior... Le dejé caer al suelo como si fuese un hierro candente y le oí caer sobre el escalón donde pareció retorcerse como una serpiente y luego sentí también cómo me mordía un tobillo. En aquel momento me las arreglé para encontrar la abertura de la capa. Entonces vi todas las caras y supe dónde estaba y que tenía que pronunciar más palabras en latín. Fue como cuando una pesadilla se convierte en un sueño ordinario, señor. Me sentí aliviado, pero deseando despertarme en caso de que sucediera algo peor.

—Si me preguntas, te diré que esta representación ha sido para ti un gran esfuerzo. Cuando te enredaste en la capa sentiste pánico e inmediatamente imaginaste todo cuanto me acabas de decir. Te dejaste arrastrar por el papel y quizá creíste que el primer grito no sonaba con suficiente fuerza desde allí dentro, y así, cuando lograste liberar tu rostro, lo prolongaste con aquel espantoso gorgoteo de garganta.

—Quizá, señor. Eso mismo he intentado explicarme a mí mismo. Sudaba

mucho bajo aquella larga capa y probablemente la cosa resbaló de mis manos. Y así debí pensar que se retorció entre mis manos, lo solté, y me tocó en un tobillo.

—Por esa razón gritaste tan bien. No había necesidad de actuar en tal momento. Pero ahora te llevaré hasta la señorita Sabine, y haré que te curen ese dedo... y el tobillo. Y mientras lo hace le diré también que te dé un par de aspirinas. Lo que necesitas esta noche, querido muchacho, es dormir todo lo que puedas.

—Bien, me alegra que sea Custance quien tiene esta noche a Polly y no yo —dijo Winterborn a la vez que partíamos hacia los edificios de la escuela.

En las semanas que siguieron al Día del Premio, el tiempo se hizo tropical. Los días fueron muy calurosos y pesados. Era como si el aire hubiese adquirido la cualidad del metal, como si la tierra comenzara a cubrirse con una máscara dorada, con un Faraón que soñara y se creyese muerto, yacente, sin movimiento y aun así vivo en su propia imagen dorada. Los árboles aparecían como tallados sin que se moviese ni una sola de sus hojas.

Era imposible trabajar en las aulas. Los muchachos se sentaban ante sus pupitres, con los rostros ardientes y sin el menor deseo de hacer nada. Las voces de sus maestros tenían efecto soporífero, como el zumbar de mil insectos. Cuando podía yo daba mis clases en alguna parte del parque donde hubiese sombra, pero no puedo decir que allí se lograra realizar un buen trabajo. Mi propia voz ciertamente parecía ejercer también efectos soporíferos sobre mí.

El único lugar donde podíamos alcanzar la ilusión de hallarnos frescos era la piscina. Sus aguas, calentadas por el sol durante todo el día, eran caldo caliente. El personal podía bañarse allí después de que se hubiesen apagado las luces, pero era igual que meterse en aceite caliente, y el pequeño esfuerzo que se hacía para flotar hacía que el aire nocturno fuera más pegajoso cuando uno salía del agua.

La puesta del sol no produjo alivio del calor. Al menos así me lo parecía. Por el contrario, aumentaron las incomodidades. Las noches eran períodos de

tiempo sin viento, y había en la oscuridad cierto reflejo rojizo, invisible, que había descrito Winterborn cuando recordaba su momento de pánico al luchar con los pliegues de su capa. Se tardaba mucho en conciliar el sueño y cuando llegaba quedaba roto por extraños sueños y sonidos. A menudo había relámpagos en el horizonte y en la lejanía sonaba el bramar de los truenos. Estábamos rodeados por un enorme círculo de tormentas, pero ninguna estallaba.

Para empeorar las cosas, en la tercera semana de la ola de calor, la piscina quedó prohibida por orden del médico del colegio.

Varios muchachos se sentían afectados por una enfermedad cutánea..., una especie de diviesos que el doctor Halliday consideraba que podían ser contagiosos y tenían su origen en el agua de la piscina.

Ciertamente, la enfermedad no respondía a su tratamiento: dijeron que las inyecciones de penicilina aún inflamaban más las hinchazones. Se drenó la piscina, pero el contagio, si era tal..., continuó extendiéndose.

Los muchachos afectados no tenían fiebre y a todos se les permitía asistir a las clases, bien ocultos sus diviesos bajo una compresa de gasa.

En realidad yo no vi uno de tales diviesos hasta que en una noche, normalmente tórrida, en la que sufría un terrible dolor de cabeza, había ido a la «clínica» de Molly Sabine, tras el general apagón de luces, para tomar una aspirina y una tableta para dormir. En aquel momento acababa de entrar allí Custance, ataviado con su pijama y parpadeando.

—Creo que ahora tengo morriña, directora —dijo—. Tengo un pequeño bulto en el pecho.

—Haces ya el número siete de tu dormitorio —dijo Molly—. Quítate el pijama y déjame echar una mirada..., súbete ese faldón estúpido..., así.

Había una mancha oval en el centro del pecho..., un enrojecimiento ligeramente hinchado bordeado por una piel cuarteada y amarillenta.

—¿Están todos así? —pregunté.

—Todos igual —dijo Custance—, pero Bradbury tiene un divieso en el brazo y el de Felton está en su estómago. Winterborn lo tiene en la clavícula, y...

—¡Estate quieto! —estalló Molly a la vez que limpiaba con una loción el extraño grano—. ¿Te duele?

—Bueno..., creo que me late..., pero no me duele exactamente.

—Te pondré una compresa para que no lo rasques. Ven a verme por la mañana.

—Está bien, directora. ¿Cree usted... que es una picadura de mosquito?

—Podría ser. Dejarás de jugar y vendrás aquí por la mañana para la cura, ¿entendido?

—Custance —dije yo—, ¿qué es lo que ha estado sucediendo en ese barco? ¿Lo sabes tú?

El muchacho me miró abriendo mucho los ojos.

—¿Sabe usted lo de ese barco, señor?

—Algo sé. Creo que iba a suceder no sé qué. ¿Tengo razón?

—¡Oh!, tomamos el barco que usted ya conoce —respondió el muchacho con aire distraído— y matamos a algunos en la lucha, y al resto los sujetamos con nuestras propias cadenas. Hubo una tormenta... Felton fue quien soñó esa parte, señor..., y el buque se arruinó. Cuando me tocó a mí el turno, ya no quedaba mucho de él. Por todas partes había selva impenetrable y había fuego en unos claros, y arrastramos una cosa enorme desde los árboles. Los tambores sonaban locamente y una o dos veces esta cosa..., creo que era una especie de ídolo..., se tambaleó y se estrelló, y cuando esto ocurrió todo el mundo comenzó a lamentarse.

—Aun así..., ¿sabes de qué se trataba?

—En mi sueño era la hora de dormir. No pude ver mucho. En compañía de los demás tiré de las sogas.

—¿Qué diablos estás diciendo? —preguntó Molly.

—¡Oh, no es más que un serial! —respondí yo—, una historia que los muchachos del dormitorio de Custance se cuentan unos a otros.

—Le diré esto, señor —continuó Custance—. No me gustaría ser ellos.

—¿Ellos?

—Los hombres que atamos. También los llevamos a la selva y...

—James, por favor —dijo Molly—. Es hora de que este chico esté en la cama..., ahora te irás a tu dormitorio, Custance, y procura no rascarte.

—¡Oh, no me pica ni nada! Siento algo, eso es todo..., noto solamente un suave golpear, un latido como cuando se tiene sujeto en la mano a un pájaro..., buenas noches, directora..., buenas noches, señor.

Cuando el muchacho se fue, dije:

—El doctor Halliday está desorientado con esas hinchazones, ¿no? ¿Qué supone sobre todo esto?

—Cree que puede tratarse de la mordedura o picadura de un insecto de alguna clase.

—¿Y usted?

—No lo sé. Nunca he visto antes de ahora cosa semejante.

—Yo creo haberlo visto —respondí—. Esa hinchazón del pecho de Custance es como un ojo..., un ojo con una catarata y un párpado semitransparente sobre ella..., ¿tienen todos el mismo aspecto?

—Sí, el mismo. Ahora que usted menciona eso, efectivamente, todas las hinchazones tienen el aspecto de un ojo.

—¿Y hay algún muchacho que muestre más de una hinchazón de esa clase?

—No..., un momento..., no, creo que no.

—Es curioso que esa epidemia por llamarla de alguna manera sólo se haya dado en los dormitorios de los chicos mayores.

—Eso es lo que me hace pensar que el doctor estuvo equivocado al prohibir la natación en la piscina..., pero supongo que sabrá lo que hace... Y a propósito, ¿qué era lo que trataba de decir Custance con esa extraña historia, cuando le envié a la cama?

—No estoy seguro. Tiene algo que ver con el juju de Winterborn.

—¡Oh! —exclamó Molly un tanto desesperada—. Hasta ahora han estado llevando esa cosa horrible a los dormitorios. Una vez lo encontré en la cama de uno de los chicos. Les dije que si alguna vez volvía a ver aquella cosa en un dormitorio la confiscaría.

—¿Cómo tomaron eso?

—¡Oh, hubo las usuales protestas! Pero comprendieron mis intenciones.

—Molly —dije—. ¿Esperaremos una hora o algo así y luego registramos los dormitorios? Me gustaría saber quién tiene esta noche ese juju.

—No se atreverán..., no dejé la menor duda de que se lo confiscaría y castigaría al muchacho responsable.

—Francamente creo que podrá usted confiscar eso esta misma noche.

Incluso desde la mitad del pasillo pudimos oír, a través de la puerta entreabierta, que los muchachos del dormitorio de Custance aún no se habían dormido. Caminamos de puntillas los últimos pasos por el pasillo sin iluminar y nos detuvimos para escuchar los excitados murmullos que partían del ulterior del dormitorio.

—Te digo que es verdad. Si uno sueña, soñamos todos.

—¿Quieres decir que yo soñaré ahora aun cuando no esté conmigo? —preguntó Custance a otro muchacho.

—Sí, cualquiera que tenga la marca: nosotros siete y los que están en los otros dormitorios.

—¿La misma cosa?

—Siempre la misma cosa.

—¿Quién lo tiene esta noche?

En aquel momento hablaba Bradbury.

—Yo lo tengo. Winterborn dijo que todo iba bien.

—¡Vaya, Felton! Me pregunto qué es lo que en realidad vamos a hacer con ellos.

—Lo sabes, lo sabes muy bien —dijo alguien riendo entre dientes en plena oscuridad—. Los estamos alimentando desde hace semanas, ¿no?

Molly Sabine encendió las luces. Hubo unos rápidos movimientos, el crujido de los muelles de las camas, y un súbito coro de ronquidos. Ni una sola cabeza se movía en su almohada.

—Estabais charlando después de la hora de apagar las luces —dijo Molly en voz alta.

Nadie habló ni se movió.

—Bradbury —dije yo—, entrega eso a la directora.

El muchacho se volvió simulando parpadear bajo la luz y a la vez pretendiendo despertarse.

—¿Cómo..., qué..., qué es eso, señor?

—Lo que tienes en tu cama.

—¿En mi cama, señor...? ¿Qué quiere usted decir, señor? No tengo nada.

Algo muy pesado cayó en aquel mismo momento sobre el suelo del dormitorio. Los otros muchachos decidieron despertarse ante el ruido, pero aun así su representación fue muy pobre.

Recogí el juju del suelo. Había caído junto a la cama de Bradbury y a continuación lo entregué a Molly.

—Su premio —dije.

Pero Molly parecía estar tan enfadada conmigo como con los muchachos. Me lanzó una de sus rápidas miradas antes de enfocar sus baterías a todo el dormitorio.

—Muy bien —dijo—, todos habéis estado charlando después de apagarse las luces y os voy a castigar. Sabéis bien lo que os dije sobre el hecho de traer esta cosa horrible al dormitorio. Bien. Pediré al señor Herrick que lo guarde durante el resto del curso. Y... Bradbury, te castigaré por la desobediencia y por mentir. Ahora si sorprendo a alguien charlando una vez más esta noche, enviaré a todo el dormitorio al director.

Molly apagó las luces y salió de la habitación con ademán majestuoso..., dejando tras ella un profundo silencio.

—Creo, James —me dijo cuando llegamos a su habitación—, que si usted sabía que se llevaban esto al dormitorio debía habérmelo dicho.

—Bien, pero yo no sabía que usted lo prohibiría. Y hasta esta misma noche supuse que era una cosa inofensiva. ¿Quiere guardarlo usted?

—No. Hágase usted cargo de él. Y procure que Winterborn no lo tenga hasta el fin del curso. Y, James...

Molly se detuvo esbozando una sonrisa con la que me decía que estaba perdonado, que se había esfumado su enfado, y que volvía a ser la mujer de siempre:

—... puede llevárselo a la cama cada noche, si gusta.

No me agradaba. Lo guardé en mi armario y cerré la puerta con llave. Pero aun así soñé.

Hacía un calor terrible y estaba empapado de sudor desde los pies a la cabeza. En alguna parte había un incendio que producía grotescas sombras como demonios alrededor de la cabaña. Los muros de barro parecían escarlata bajo aquella luz y vi cómo un enorme escorpión cobrizo trepaba por encima de mi cabeza y se ocultaba en el techo de paja. En mi cerebro sonaba un monótono canto acompañado por el batir de los tambores. Regueros de

sudor, tan molestos como una nube de moscas, se deslizaban por mi cabeza y rostro para detenerse en los ojos.

Súbitamente cesaron los cantos y el sonar de los tambores, y en el largo silencio que siguió, luché desesperadamente para desembarazarme de mis cadenas. Un grito terrible apuñaló mi corazón como si fuera un cuchillo y caí hacia atrás sobre el duro suelo de barro. Fue seguido de un enorme suspiro, como exhalado por el mismo infierno, o de todas las bocas del averno. Comenzaron de nuevo los cantos y el sonar de tambores, pero con más violencia que antes, acompañados por el golpear de innumerables pies. El horror iba en aumento con el ritmo del canto. Entonces un cuerpo fue arrojado en el interior de la cabaña, tropezó con las piernas de alguien y cayó sobre mí, en el suelo. Bajo la luz del fuego vi el rostro sangriento y mutilado, y desperté gritando: «¡Los ojos! ¡Se han comido los ojos del capitán Zebulon!»

Cuando de nuevo me dormí, las sombras habían tomado una forma delirante. Se movían danzando a mi alrededor. Unas enormes cabezas se movían sobre diminutos cuerpos pintados y unas piernas emplumadas y tatuadas se agitaban sobre mi cabeza. Una mujer embadurnada con pintura amarilla cayó sobre codos y rodillas y así permaneció, con sus senos temblando y expulsando espuma por la boca: me gruñía como un chacal y se acercó más a mí, retorciéndose. Alguien cubierto por una piel de hiena la apartó a un lado violentamente y se inclinó para darme comida de una calabaza pintada. Oí una voz que murmuraba en mi oído: «No lo comas. Es Zebulon», y entonces desperté para contemplar un rojizo y silencioso amanecer, y el familiar espectáculo de las hayas que se alzaban más allá de mi ventana.

Me levanté y me vestí. Abrí el armario y saqué de allí el talismán cíclope, y durante un rato estuve junto a la ventana pensando en lo que debía hacer con él. Mi habitación estaba orientada a una parte del Paseo de las Hayas, y allí era el punto donde más se aproximaba a un ala de la casa: las hayas se perdían a lo lejos, y a la izquierda se veía el parque y el pequeño templete.

Con la creciente luz del día el horror de la noche fue haciéndose más y más remoto. Mis temibles sospechas de hacía solamente un rato comenzaron a parecer absurdas. De todas maneras no deseaba compartir mi habitación

otra noche con aquel trozo de dura madera tallada que sostenía en aquel momento como un cetro sobre mi antebrazo. El problema quedó resuelto al fijarme en el pabellón de verano. El templete griego sería el «hogar» de Polly hasta fin de curso.

Antes de que alguien se hubiese levantado tomé la llave del tablero que había en la oficina de la escuela, salí por una puerta lateral y caminé sobre la hierba empapada de rocío hasta llegar al pabellón. Allí escondí el jujú de Winterborn, en el interior de un rollo de red vieja y luego cerré la puerta del pabellón. Sentí un gran alivio cuando regresé a la escuela. El pequeño ídolo estaba más seguro allí. Que las arañas y los ratones soñaran con él, si él así lo deseaba. Me sentí contento conmigo mismo y al mismo tiempo enormemente consciente de lo absurdo de mi actitud.

Hubiera sido más razonable, tal y como se desarrollaron los acontecimientos, haber seguido mi primer impulso que era meter al cíclope en la caldera de la calefacción.

Winterborn armó cierto ruido a causa de la confiscación de su dios.

—Señor, no es justo. Yo no sabía que Bradbury le llevaría al dormitorio..., se lo digo de verdad, señor. ¿No puedo recuperarlo si prometo que nunca más le llevaremos arriba?

—La directora ha dicho que lo tendrás a final de curso. Aun cuando la pudieras convencer de lo contrario, prevalecerá mi opinión. Estará encerrado hasta finales del curso.

—Pero, señor, ése... es mi dios. No sabía que Bradbury lo había cogido..., si él viene y le dice a usted que yo no sabía nada, ¿no será posible...?

—Me dijo que se lo habías prestado y los demás así lo han confirmado.

—¡Los sucios embusteros! Pero, señor, ¿no puedo, de vez en cuando verlo, y tenerle conmigo un rato?

—No.

—¿Dónde lo ha guardado, señor? No está en su habitación.

—¿Cómo sabes eso, Winterborn?

—Bien. Yo... no lo sabía, solamente lo suponía. Pero, ¿dónde lo ha

puesto, señor?

—Puedes seguir suponiéndolo.

Winterborn cerró los ojos y en sus facciones se reflejó una expresión de infinito sufrimiento. Se acercó más a mí. Mostraba un vendaje por la entreabierta camisa deportiva. Era la última cura que sin duda alguna le había hecho Molly Sabine.

—Esto no es justo. Esta escuela es una esclavitud —murmuró con los ojos todavía cerrados.

Se ciñó más a mí, hasta el punto de que por un momento creí que iba a perder el conocimiento.

—¿Qué es lo que te ocurre, Winterborn? —pregunté—. ¿Estás enfermo?

El muchacho abrió los ojos y dijo:

—No, solamente es sueño..., todo va bien ahora, señor. Allí el dios estará bien. ¿Me permitirá usted recuperarlo en el último día de clase?

—En el último día.

Durante varias noches continué soñando, pero lo atribuí más al calor que al juju. En aquellos momentos mis pesadillas parecían consistir en sonidos, gritos extraños, lamentos, y un lejano sonar de tambores. Estos ruidos me despertaban y hacían que todos mis sentidos permaneciesen alerta y alarmados..., mis ojos forzando la visión en la oscuridad, mis oídos escuchando al enorme silencio que reinaba, y mi respiración controlando los latidos de mi corazón. Antes de que transcurriese mucho tiempo descubrí que otros también habían escuchado los ruidos que yo atribuía a mi imaginación.

—Ese pájaro maldito —observó Roger Edlington a la hora de desayunar, una mañana— me ha tenido despierto la mitad de la noche. ¿Lo has oído tú, James?

—¡Un pájaro! —exclamé—. Escuché ruidos muy extraños durante varias noches..., pero no pude identificarlos.

—Pienso que quizá se haya escapado de su jaula alguno de los pájaros del coronel Torkington. Estuvo chillando por toda la casa durante horas. Al principio creí que se trataba de un pavo, pero el grito era más agudo y prolongado. Quizá se trate de algún loro o algo por el estilo.

—Las aves del coronel Torkington están a cinco millas de distancia —observé yo.

—Lo sé. Es extraño que algún pájaro haya volado hasta aquí. Pero es la única explicación que encuentro a ese ruido nocturno. Telefonaré a Torkington esta misma mañana y le diré que envíe a uno de sus hombres para que se lleven a ese animalito.

Más tarde, en la misma mañana, me encontré con Roger en la biblioteca. Ante él, sobre la mesa, había dos volúmenes de la Enciclopedia Británica y varios libros sobre pájaros.

—Torkington no ha perdido ninguno de sus pájaros, James —dijo—. Pero de una cosa sí estoy seguro: que el pájaro de la noche pasada no era un búho...

Comenzó a volver las páginas de la enciclopedia. Luego añadió:

—La dificultad con estos expertos en pájaros es que resultan ininteligibles e inútiles al tratar de explicar en letra impresa los gritos de los pájaros. O bien se muestran en sus descripciones vagos y poéticos o dicen que son sonidos musicales, o hablan de «notas límpidas» y de «escalas descendentes».

—Sospecho que el pájaro de la última noche no era vago, ni poético ni musical.

—¡Desde luego que no! —exclamó Roger, frunciendo el ceño al inclinarse sobre su estudio de los hábitos y canto del «pájaro que ríe».

Estuvimos levantados hasta muy tarde aquella misma noche, y aproximadamente a la una oímos un extraño grito muy cerca de la casa. Era un largo y áspero lamento seguido de un horrendo gorgoteo. Roger salió al exterior armado con una escopeta para cazar a la criatura bajo la luz de la luna. Al cabo de veinte minutos regresó para informar sobre su fracaso.

—Es un bicho listo —dijo—, porque desde el momento en que salí de la casa no se volvió a oír un solo ruido. Sin embargo, tuve la sensación de estar siendo observado en todo momento. Fue algo muy extraño.

La excursión de Roger al menos tuvo la virtud de asustar a la criatura en cuestión. Una o dos veces gritó nuevamente, pero lo hizo remotamente, desde alguna parte distante de los campos de juego o quizá desde el bosque.

A la noche siguiente me fui a la cama temprano y desperté repetidas

veces, como ya era mi costumbre, para descubrir que reinaba el más profundo de los silencios. Debió ser después de la medianoche cuando me levanté al escuchar una llamada en la puerta y a causa también de moverse la manilla de esta última. Encendí la lámpara de la mesita de noche y dije:

—Sí..., ¿quién es?

Era Molly Sabine ataviada con su bata de cama y reflejándose en sus facciones cierta expresión de temor.

—James —dijo—, no hay nadie en el dormitorio Azul de los mayores. Las camas están vacías. Miré luego, en el Amarillo de la puerta de al lado y allí hay solamente dos muchachos dormidos. Los demás se han ido.

Me puse la bata y las zapatillas y seguí a la linterna de Molly a lo largo del pasillo.

El dormitorio Azul estaba completamente iluminado por la luz de la luna, que al filtrarse por las altas ventanas del siglo dieciocho, formaba largos rectángulos de luz sobre el pavimento y tumbas de alabastro de las camas.

—Ya han regresado, Molly —musité señalando a una cama junto a la puerta.

Había sobre el lecho el bulto de un cuerpo que dormía, bajo la colcha, y sobre la almohada se dibujaba el contorno de una cabeza.

—¡Oh!..., han tomado bien sus precauciones —dijo Molly al mismo tiempo que tiraba hacia abajo de la colcha y sábanas.

Una almohada formaba el cuerpo, y la cabeza estaba compuesta por un par de calcetines rellenos de papel y una esponja. Aquél era mi muchacho durmiente. Molly enfocó la linterna hacia las otras camas.

—El resto —dijo— han sido igualmente ingeniosos. Pero, ¿a dónde habrán ido?

—Escuche, Molly —dije—. ¿Quiere usted hacer una lista de los muchachos que faltan? Me vestiré e iré en busca de Roger. Tenemos que evitar despertar a los demás.

Habían desertado todos con una sola excepción en los dormitorios de los mayores. Molly había descubierto una cama deshecha y vacía en el dormitorio Verde de los pequeños.

—Se trata del pequeño Dickie Zuppinger —informó Molly—, y es el único que no lo adquirió.

—¿Adquirir qué...? —preguntó Roger con mal humor por haberse interrumpido su sueño y a continuación tener que enfrentarse con aquella responsabilidad.

—Lo que ellos llaman morriña..., esos extraños diviesos que les he curado.

—¿Quiere usted decir que todos los que están ausentes padecen esa misma epidemia?

—La lista que acabo de hacer es la misma que extendí en la última cura..., excepto Zuppinger.

—¡Esos pequeños asnos! —exclamó Roger—. Me he dado cuenta de que se sienten terriblemente orgullosos de sus ampollas o lo que sea. Supongo que andarán por ahí celebrando alguna fiesta con motivo de su marca de Caín. Pero en sus cuerpos habrá muy pronto algunas ampollas más en cuanto les ponga la mano encima.

Registramos toda la casa y comprobamos que los muchachos no se hallaban en el edificio. Roger descubrió que faltaba en el tablero la llave de la puerta lateral.

—¿Y la llave del pabellón de verano? —pregunté.

—No me he fijado en eso... Mejor será que registremos los diferentes sectores. Yo pasaré por la piscina, miraré en el gimnasio y luego examinaré el parque y los campos de juego. Usted vaya por el otro lado. Examine el Paseo de las Hayas. Quizá estén reunidos entre los arbustos. Si no están por allí, vaya hasta el parque y el bosque. Si los dos no encontramos a nadie, nos reuniremos en el otero donde armamos los fuegos artificiales. Ya veo que tiene una linterna. ¿Tiene también un silbato?

—No.

—Tenga..., aquí hay uno. Yo tomaré otro en mi despacho. Hágalo sonar con fuerza si los chicos echan a correr.

La puerta del pabellón de verano estaba entreabierta. Miré al interior. El rollo de vieja red y el ídolo que contenía habían desaparecido. El pequeño y

polvoriento cuarto aparecía muy vacío, como si aquella estancia bostezara bajo la luz de la luna. Durante un momento permanecí inmóvil, desorientado ante aquel vacío, antes de recordar que cuando había estado allí por última vez las dos grandes cabezas pintadas me habían contemplado desde uno de los rincones de la estancia.

Penetré a continuación por entre los altos arbustos, enfocando mi linterna en todas direcciones. No había nadie en aquellos lugares. Luego, descendí hasta el paseo flanqueado por las hayas. Allí la luz de la luna se filtraba por entre las espesas copas de los árboles, formando luego un gran bordado de luz y sombras sobre la tierra.

El Paseo de las Hayas conducía al parque y a la vez bordeaba el bosque. Cuando me acerqué a este último vi el resplandor de un fuego a través de los árboles, y comencé a endurecer mis rasgos preparándome para mostrarme sumamente severo, tal y como lo exigían las circunstancias incluso en un novato maestro de escuela.

Apagué la linterna y, apartándome del sendero, di un rodeo, alejándome, a la vez, del fuego, con objeto de surgir en un punto donde era más densa la arboleda.

El canto de voces infantiles y el tronar de tambores ahogaba perfectamente mis pasos.

Incluso, cuando salí al claro donde ardía la hoguera, nadie pareció darse cuenta de mi presencia.

Había unos veinte muchachos desnudos hasta la cintura agachados en semicírculo alrededor del fuego. Yo me encontraba a unas diez yardas de distancia de ellos, y me apoyé contra un árbol, preguntándome si debía hacer sonar el silbato y gritar luego con terrible ironía:

—¡Hora de recreo!

La mayor parte de aquellos que se hallaban en cuclillas, balanceando los cuerpos al ritmo del canto, me daban la espalda en aquellos momentos. Pero frente a mí, un tanto retiradas y sobre una elevación del terreno, más allá del fuego, había «tres» grandes figuras.

«Han fabricado una tercera cabeza —me dije a mí mismo, incómodamente—, y han vuelto a pintar los rostros de las otras dos.»

Los que tocaban los tambores se hallaban arrodillados a ambos lados de

las figuras cíclope, y golpeaban sobre un oxidado bidón y sobre lo que parecían ser latas vacías de galletas. En un terreno más elevado, entre el fuego y las tres pintadas figuras, había un objeto largo y negro, que al principio no pude identificar.

Súbitamente, cesaron los cantos y el sonar de tambores. Luego hubo una especie de prolongado suspiro, como el eco de aquel otro que yo había percibido en mi sueño, aunque un poco más suave, y uno de los pintados cíclopes osciló hacia delante hasta que estuvo sobre la cosa larga y negra que se hallaba tendida en tierra. Aquella cosa se retorció y lanzó un prolongado grito. El cíclope alzó un largo cayado de extremo muy afilado, como el de un dardo. Y entonces yo grité con todas mis fuerzas:

—¡Suelta eso!

Y, al mismo tiempo, corrí hacia la hoguera.

Hubo una enorme confusión, precedida de otro grito agudo y prolongado. El cayado había fallado en su objetivo y aparecía clavado en la tierra. Las tres figuras de los cíclopes se volvieron y se perdieron con paso torpe entre los árboles.

Yo había echado a correr a través del semicírculo, bordeando el fuego, y me acerqué rápidamente hacia aquel objeto que había en tierra. Y en aquel mismo instante el terrible silencio que reinaba a mi espalda me hizo volver la cabeza para mirar a los muchachos.

Estaban dormidos; dormidos o quizá en trance. En su mayor parte mostraban los ojos cerrados y aquellos cuyos ojos estaban abiertos miraban hacia el frente fijamente, con horrible expresión. La luz del fuego hacía brillar intensamente el aceite que embadurnaba sus cuerpos. Me volví de nuevo hacia el cayado y hacia aquella cosa que yacía en el suelo tendida a su lado. Durante un terrible momento pensé que estaba contemplando un cuerpo carbonizado. Al instante siguiente, con infinito alivio, me había dado cuenta de que se trataba de la vieja red de tenis procedente del pabellón de verano que envolvía un cuerpo que se agitaba. A través de la negrura de la red distinguí dos ojos atemorizados, un mechón de cabellos rubios y las tiras de una rasgada almohada, con las que el muchacho estaba maniatado.

—Todo va bien, Dickie —dije al mismo tiempo que le liberaba de la red —. Te sacaré de aquí dentro de un minuto.

El minuto fue largo, y yo todavía luchaba con los nudos que le inmovilizaban, cuando un segundo dardo cayó muy cerca de nosotros, en el borde del fuego, alzando una nube de chispas.

Me incorporé y miré de nuevo hacia el semicírculo de sonámbulos. Parecían hallarse congelados, en la misma posición en la que yo les había visto anteriormente, algunos con los ojos cerrados, y otros mirando hacia el frente, sin parpadear lo más mínimo.

Sin embargo, cuando yo me inclinaba sobre la red, un momento antes, había tenido la extraña sensación de que alguien me vigilaba. Era una situación que yo solo no podía manejar. Hice sonar el silbato varias veces, y me alegré cuando en la lejanía oí su eco. Unos cuantos muchachos despertaron entonces y comenzaron a quejarse:

—¿Qué sucede...? ¿Es el señor Herrick...? ¿Dónde estamos? ¿Acaso hubo un ataque aéreo, señor?

—No ocurre nada —respondí—. Quedaos junto al fuego, calentaros y procurar no dormir. Esto es importante, ¿comprendéis? No volváis a dormiros otra vez. Procurad despertar a los demás también.

Pero, aunque yo estuve un rato gritando para guiar a Roger hacia aquel lugar, los muchachos volvieron a dormirse inmediatamente. El pequeño Zuppinger había perdido el conocimiento y yo permanecí sin moverme de mi sitio hasta que llegó Roger.

—Es una especie de hipnosis colectiva —dije a Roger—. Es preciso despertarles y mantenerles despiertos. Ahí junto a los árboles están apilados los pijamas y batas. Iré a buscar a los demás. Hay unos cuantos que se han adentrado en el bosque.

No se hallaban muy lejos... tres inmensas figuras bajo los árboles.

Una de ellas me apuntó con un palo aguzado, pero le tomé por la fina muñeca y le sacudí con violencia; la pintada cabeza osciló y se desprendió de los hombros, dejando al descubierto a Felton, quien parpadeó, volviendo a la vida.

—¿Qué es lo que ocurre, señor? ¿Qué sucede...? ¿Qué estamos haciendo aquí, señor?

Los otros dos cíclopes se alejaban por entre los árboles. Tomé al más próximo por un brazo, cuando seguía a su compañero, le arranqué la falsa cabeza y Bradbury comenzó a lamentarse:

—¿Qué diablos, señor? ¡Eh, Felton..., si no llevas nada encima! ¿Qué estamos haciendo en el bosque?

Les llevé a ambos hasta la higuera y les dejé en manos de Roger, quien estaba vigilando cómo el grupo de chicos se ponía sus pijamas.

—¡Ah, Felton y Bradbury! —exclamó Roger—. Bien, ya está el lote completo, James.

—Hay otro en el bosque —dije—. También le traeré.

—¡Pero si todos los muchachos que faltaban están aquí! He pasado lista. Tiene usted que ayudarme a llevarles a la escuela. Habrá que llevar a Zuppinger en brazos.

Era casi el amanecer cuando logramos llevarles hasta la escuela y subirles a sus dormitorios. Se llamó al doctor, y Roger, su esposa Pamela y Molly Sabine, se quedaron vigilando sus camas.

Había dicho a Roger lo que sospechaba y añadí:

—Estoy seguro de que uno de ellos huyó al bosque.

—¡Pero si hemos comprobado la presencia de todos, James! No faltaba ninguno. ¡Oh, me gustaría que el doctor se diese más prisa! Supongo que ha sido una especie de autosugestión; como usted ha dicho, una especie de histeria en masa o una hipnosis colectiva...

Roger se detuvo y luego añadió calmosamente:

—Creo que a mí también me alcanzó... ¿Sabe usted que cuando les traíamos aquí yo..., en realidad creí que la hinchazón que había en el cuello de Winterborn era un ojo? Caminaba a tropezones, con los ojos cerrados, y durante un instante creí que me estaba mirando desde su garganta. Absurdo. Pero ha sido una noche muy agitada.

—¿Quiere usted que me quede aquí de guardia?

—No. Ya somos bastantes aquí. Creo que el doctor Halliday ya no tardará en llegar. Vaya a dormir un poco, James.

—Voy hasta el parque para ver si ha quedado alguna cosa atrás. Y, con su

permiso, me llevaré su escopeta.

El aire era pesado cuando caminé por el parque. La tormenta que nos había amenazado durante semanas por fin se estaba acercando. Sonaban los truenos sobre el bosque. Los relámpagos parecían hacer saltar hacia mí los árboles del bosque. Pero por el este el cielo estaba ya clareando.

Mi excursión con la escopeta, al igual que la anterior de Roger, fue un fracaso. Una vez me pareció oír el áspero grito que surgía de un grupo de árboles, en el centro del parque, pero cuando me acerqué allí, no había nada ni nadie.

Entonces, y después de que hacia el norte estallara una tremenda sinfonía de truenos y relámpagos, creí haber oído gritar a los cíclopes en el bosque. En aquel instante había llegado al claro del bosque, la oscuridad se había disipado y ya no necesitaba la linterna. Examiné el terreno en un amplio círculo alrededor del punto donde había estado antes la hoguera, y al cabo de veinte minutos encontré el talismán cíclope.

Se había reducido a su tamaño habitual, y estaba caído entre las hojas que tapizaban aquel punto del bosque. Lo recogí y lo llevé hasta el lugar donde aún ardía el fuego. Trató de asirse a mi mano con sus dientes, pero me lo sacudí de encima y cayó en el centro de las llamas. Hubo una nube de chispas y sonó un agudo grito. El ídolo se retorció durante un instante entre la ardiente madera y yo recogí una larga astilla para empujarlo más hacia el centro del fuego, de donde trataba de huir. Contemplé cómo ardía hasta convertirse en una escoria incandescente, y a continuación le apliqué unos cuantos golpes, hasta convertirlo en cenizas.

Regresé al edificio del colegio poco antes de que la lluvia comenzara a caer con fuerza. Unas cuantas gotas de buen tamaño cayeron sobre mí al atravesar corriendo el parque y, cuando alcancé la puerta lateral del edificio, estalló la tormenta con toda su intensidad.

Encontré en el vestíbulo al doctor Halliday, que bajaba en compañía de Roger Edlington.

—¡Maravilloso! —decía el médico en aquel momento—. Se han curado casi milagrosamente. No les ha quedado ni una sola marca, excepto ese

pequeño que se mordió la lengua, pero no creo que le haya quedado hinchazón alguna. Es sorprendente lo que a veces puede hacer la penicilina.

Ninguno de los muchachos recordaba lo sucedido aquella noche. Yo podría haber pensado igual que Roger..., que me había alcanzado también aquella hipnosis colectiva..., si los acontecimientos posteriores no hubiesen suministrado una posdata a la historia.

Durante la guerra mi buque fue torpedeado en medio del Atlántico y los supervivientes fueron desembarcados en una fétida ciudad portuaria de la costa de África occidental, para esperar allí la llegada de otro convoy. Pasé allí varios días y durante este tiempo visité un museo de la localidad. En un rincón del salón de Etnología se alzaba, en inmenso tamaño, el original del talismán juju.

A sus pies, una tarjeta explicaba que aquel mascarón de proa de un buque naufragado había sido durante cien años el dios tribal del pueblo Walupa. Me dijeron que los walupas habían sido en otro tiempo notorios caníbales, y quien me lo dijo añadió que «probablemente aún lo eran». Un amigo mío, policía, pocos años antes de la guerra, tuvo entre sus manos un caso. Había un doctor-brujo walupa...

Y así volví a escuchar de nuevo sobre el ataque durante el cual se había descubierto el juju de Winterborn. Los detalles de aquel ataque y de las cosas descubiertas en la cabaña eran suficientes para prestar autenticidad a mi historia; pero entonces no la conté. Apenas podía pasar de ser algo más que un relato de bar.

CUANDO LOS PÁJAROS MUERAN

Eduardo Goligorsky

Los primeros rayos del sol inundaron el valle, anunciando otro día de calor insoportable. Una brisa suave, tibia, agitaba los penachos de las cortaderas y las puntas amarillas de los altos pajonales, entre los que corría un angosto arroyo. El cielo era muy azul, y estaba totalmente despejado. Nada turbaba su serenidad. Hacía dos años que los pájaros habían muerto.

En el valle todavía no se observaba ningún movimiento. La locomotora y los vagones de carga detenidos parecían un insólito juguete arrojado por el niño caprichoso de algún gigante vagabundo. En dos años las malezas habían cubierto las vías.

Se oyó un chirrido y se abrió la puerta corrediza de uno de los vagones. Un hombre asomó primero la cabeza y después el resto del cuerpo. Era muy alto. En su rostro increíblemente consumido, la piel tostada y curtida se pegaba a los pómulos, a los bordes de las hundidas cuencas oculares, a las sienes cóncavas y al filo cortante de una nariz larga y ganchuda. Las crenchas revueltas, de color pardo indefinido, le caían sobre los hombros. La boca sólo era un tajo en la maraña de la barba mugrienta, y de los ojos apenas se veía un brillo alienado en el fondo de dos cavernas.

El hombre saltó del vagón al suelo, y la brisa le agitó los faldones del estrafalario gabán. Era un abrigo de cuero de piel, raído, endurecido por la roña y cubierto de manchas. Al abrirse, mostró que el hombre no llevaba puesta otra ropa. Sus piernas largas y huesudas terminaban en unos toscos zapatones de montaña, con el cuero agrietado y tajeado.

El hombre se rascó la barba. Miró a su izquierda, donde el gorgoteo del agua indicaba la presencia del arroyo, y meneó la cabeza. Luego metió la mano en el bolsillo del gabán, hundiendo casi todo el antebrazo en sus misteriosos abismos, y sacó una botella de vino llena hasta las tres cuartas

partes. Le quitó el corcho, se llevó el pico a los labios, y bebió largamente. Un hilo líquido y rosado le chorreó por la barba y dejó un rastro de perlitas brillantes sobre la pechera del abrigo, impermeabilizada por la costra de grasa.

El hombre hipó, tapó la botella y la dejó caer nuevamente en las profundidades del bolsillo. Algo se deslizó por la tierra, junto a su pie derecho, y éste se desplazó velozmente para apretar la forma reptante. Luego el hombre se agachó y recogió la presa entre los dedos flacos y sucios.

Era una lagartija verde, de unos veinte centímetros de largo. El pisotón le había aplastado la cabeza, pero el tronco se retorció aún con espasmos eléctricos. El hombre no esperó que las sacudidas se interrumpiesen, y con sus dientes desparejos, escasos, amarillos, empezó a arrancar tiras de pellejo y carne blanca. Mientras masticaba, sus ojos ya buscaban en el suelo la ración siguiente.

Al cabo de un rato había cazado otras dos lagartijas, pero la última la arrojó después de los primeros bocados. En ningún momento prestó atención al hecho de que los tres animalitos tenían dos muñones a los costados del cuerpo, como extremidades atrofiadas, además de las patas naturales. Para él eso estaba tan desprovisto de significado como la ausencia de pájaros en el cielo.

El hombre fue con paso lento hasta la cortadera más próxima, arrancó un penacho recién florecido, y mascó el tallo. Cuando sólo quedaron algunas fibras duras que se le enganchaban en los dientes, las escupió y sacó otra vez la botella.

Este trago fue más largo, y cuando sus labios se separaron del pico con un chasquido, casi no quedaba vino. El cerebro del hombre registró automáticamente esta circunstancia desagradable. La bebida era más difícil de conseguir que los alimentos. Pero como no era capaz de fijar su atención durante mucho tiempo en una misma idea, al cabo de un rato fue a sentarse al sol, entre las vías.

Hacía mucho tiempo que vivía en el valle. Más tiempo quizá del que había pasado en cualquier otro lugar. Allí estaba tranquilo y solo. No era

como hasta hacía dos años, cuando andaba a los tropezones por las calles, perseguido por las burlas de los chicos, insultado y pateado cada vez que lo sacaban del banco de una plaza para llevarlo a dormir en una celda infestada de chinches. En esa época no conocía la tibieza del sol tal como se hace sentir en los grandes espacios abiertos. Esto era mejor, mucho mejor.

Nunca había imaginado que esto existiese. Si no hubiera sucedido aquello, jamás se le habría ocurrido escapar de la ciudad, y habría continuado siempre con la mano tendida, esperando unas monedas, para comprarse luego un vaso de vino y un pedazo de pan y queso.

Pero aquello había ocurrido. Hacía dos años caminaba por la calle, ajeno como siempre a lo que le rodeaba, cuando oyó los gritos. Vio que todos corrían y se atropellaban. Las sirenas aullaron hasta aturdirlo, y algunos se abrazaron y otros se tomaron a puñetazos. Frente a él, un escaparate cayó hecho trizas. Estiró la mano, casi inconscientemente, y tomó el gabán con cuello de piel. Después él también echó a correr, mirando a ratos hacia atrás, pero observó que ningún policía le prestaba atención, y acortó el paso.

No entendía lo que decía la gente. Todos hablaban en voz alta y las manos señalaban al cielo. Muchos lloraban y algunos estaban arrodillados sobre el pavimento, moviendo los labios. El tránsito estaba atascado y la mayoría de los conductores abandonaba sus vehículos. Las palabras llegaban a sus oídos como ruidos desagradables, que se mezclaban con otros ruidos mecánicos, inhumanos.

De pronto él también se sintió asustado. Un empujón lo derribó al suelo y su miedo se convirtió en pánico. Estaba acostumbrado a que lo pisoteasen, pero esto, comprendió, de algún modo era diferente. Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que en la confusión se le escapase de las manos su flamante abrigo.

Se incorporó dificultosamente, se puso el gabán, dispuesto a protegerlo contra un nuevo tumulto, y volvió a correr, sin saber hacia dónde iba. Se alejó cada vez más del centro de la ciudad, llegó a los barrios apartados, atravesó los arrabales y desembocó en los primeros descampados que rodeaban la metrópoli. Pero su fuga parecía inútil. Por todas partes encontraba la misma confusión, las mismas carreras, los mismos alaridos. Muchos hombres y mujeres habían tenido menos suerte que él, y yacían aplastados en los

caminos. La gente continuaba pisando esos cuerpos, sin preocuparse por comprobar antes si en ellos quedaba un poco de vida. La ola humana no tardaba en rematar a los moribundos.

El hombre jadeaba, sin aliento, con la boca y la garganta reseca y una dolorosa punzada en el flanco. Su cuerpo, innecesariamente abrigado por el gabán, estaba bañado en transpiración.

Vio una carretera atestada de vehículos que abandonaban la ciudad. Por la orilla del camino se desplazaba una abigarrada caravana de seres vestidos en las formas más diversas, algunos casi desnudos, otros cargados con sus ropas más valiosas, muchos con las manos vacías, otros agobiados bajo el peso de paquetes y valijas. Esa gente lo espantaba.

Cuando cayó la noche, el hombre se alejó de la multitud, caminando a campo traviesa. A ratos divisaba a la distancia las linternas de un grupo de fugitivos que se había apartado, como él, de la carretera, pero entonces cambiaba de rumbo y continuaba la marcha lenta y dificultosa en medio de las sombras.

Hasta que súbitamente brotó en las tinieblas un resplandor fulminante, que se expandió por el cielo y por toda la atmósfera. El hombre tuvo la impresión de que el mundo se incendiaba y que un calor extraño le picoteaba la piel. La lejana columna de fuego se ensanchó en forma de hongo, sobre la ciudad, y su voluminosa cabeza se dilató monstruosamente. El hongo emitía extrañas radiaciones rojas y amarillas, y el hombre se dejó caer boca abajo en el suelo. Así permaneció hasta que el sol apareció sobre el horizonte, filtrando apenas sus rayos a través de una nube espesa y oscura que cubría todo el cielo.

El hombre nunca supo lo que había sucedido, ni qué relación tuvo el hongo luminoso con la fuga de los habitantes de la ciudad. Pero no tardó en comprender que muchas cosas habían cambiado. No trató de volver a esa ciudad ni a ninguna otra, porque algo le decía que no encontraría en ellas el refugio con el que estaba acostumbrado a identificarlas. Ahora las ciudades estaban malditas y debía eludirlas. De modo que continuó la marcha por el campo.

Cada vez veía menos grupos de gente, pero en cambio descubrió muchos cadáveres horriblemente mutilados y quemados. En algunas oportunidades

los cadáveres se apilaban formando verdaderas montañas. El hombre aprendió también a evitar esos manchones de muerte.

Una mañana vio cómo un pájaro se detenía en pleno vuelo y caía fulminado. Y aunque el alimento era escaso y difícil de encontrar, supo que no debía comer esa ave, y no la comió.

Las nubes no habían vuelto a disiparse, y por la noche formaban un techo fosforescente, pero el hombre apretaba los párpados con fuerza y dormía ajeno a todos esos fenómenos alucinantes que le aterraban.

Vio muchos bares de campaña, vacíos o con sus ocupantes muertos, pero no entró en ellos, y durante ese tiempo no bebió alcohol. Una tarde quiso probar el agua de un arroyo, pero el líquido le quemó la mano. Desde entonces se acostumbró a saciar su sed sólo cuando ésta ya era insoportable.

Varios días más tarde encontró el tren detenido y abandonado en el valle. Trepó a uno de los vagones, corrió un cajón que le obstruía el paso, y buscó un sitio para acostarse.

A la mañana siguiente, observó con curiosidad que las nubes oscuras y espesas dejaban pasar por primera vez un rayo de sol. Un calor agradable le invadió el cuerpo. Quizá fue esa novedosa sensación placentera la que le indujo a no reanudar enseguida la marcha, según su costumbre.

Cuando descubrió el arroyo vecino, comprobó con satisfacción que sus aguas no quemaban y que tenían un sabor fresco y soportable ahora que se había acostumbrado a pasar largas temporadas sin vino.

A partir de su huida de la ciudad, se había alimentado principalmente con retoños de cañas, hierbas, hojas tiernas. En el valle encontró una vegetación sabrosa, y además sus extremidades agilizadas por la vida salvaje le permitieron obtener su ración básica de carne entre los animalitos que corrían por el campo.

Después de unos meses, quizá un año, empezaron a aparecer los hombres. No eran muchos. Apenas formaban pequeñas bandas harapientas que habían escogido otros valles próximos para instalar sus tiendas precarias. De cuando en cuando esos hombres rondaban cerca del tren, sin acercarse mucho al solitario barbudo que se rascaba plácidamente a la luz del sol. Convencidos de que no podían esperar nada de él, continuaban sus expediciones de caza o de exploración.

Pero un día cambió la rutina. Junto con los cazadores vino una criatura andrajosa, de edad y sexo indefinidos, cuyo rostro macilento y arrugado parecía absurdamente viejo sobre el minúsculo cuerpo infantil, esquelético y de abdomen prominente. La criatura marchaba rezagada, y cuando vio al hombre que descansaba junto al vagón se acercó a él. En ese momento se le doblaron las escuálidas piernas y cayó torpemente sobre el pasto.

El hombre se inclinó. La criatura tenía los ojos abiertos y lo miraba con una expresión desamparada y triste. En su boca casi no quedaban dientes y tenía una pústula fresca e inflamada sobre la mejilla izquierda. El hombre quedó fugazmente desconcertado, y luego recordó algo. Quizá pudiese distraer a ese ser que despertaba en él un atávico sentimiento de compasión. Volvió al vagón, hurgó en una de las cajas que había desplazado para improvisar su refugio, y sacó un frasquito. Los afiebrados ojos infantiles contemplaron con extrañeza ese objeto tan ajeno a su mundo, y luego parecieron cubrirse con un velo opaco.

Los cazadores desarrapados se aproximaron, e interponiéndose entre el hombre y la criatura la alzaron y se alejaron en dirección a su campamento. El frasquito de cápsulas multicolores seguía apretado entre los dedos de la criatura.

El hombre olvidó el incidente y continuó su vida solitaria, sin contar los días que pasaban. Pero una tarde volvieron los cazadores, y esta vez se encaminaron directamente hacia él. La criatura que los había acompañado en la oportunidad anterior, y que había caído vencida por la enfermedad y el agotamiento, venía con ellos. Ahora tenía un aspecto completamente distinto. Se le habían redondeado las mejillas, le brillaban los ojos, y de su llaga sólo quedaba una cicatriz rosada.

Los cazadores se acercaron al hombre del tren y le hablaron, sin que él comprendiera lo que querían decir. Una mujer que acompañaba al grupo se adelantó, se arrodilló ante él y le besó largamente la mano. Luego le entregaron trozos de carne cocida y varias botellas de vino que habían sacado probablemente de alguna ciudad abandonada.

Hacía mucho tiempo que el hombre no probaba el vino, y el espectáculo de las botellas le crispó el estómago. Sin prestar atención a los cazadores ni a la mujer, arrancó con los dientes el corcho de una botella, se llevó el pico a

los labios y bebió, bebió hasta atragantarse.

Por el rabillo del ojo vio que uno de los cazadores se acercaba disimuladamente al vagón. Entonces dejó en el suelo la botella ya medio vacía, y se abalanzó hacia el intruso, lanzando rugidos de cólera. El cazador retrocedió y sus compañeros elevaron un coro de protestas y disculpas. La mujer quiso besarle nuevamente la mano, y la criatura le echó los brazos al cuello, pero el hombre los rechazó.

Siguieron hablándole, hasta que la charla se hizo ensordecedora, mientras él sólo pensaba en el vino que no probaba desde hacía mucho tiempo, y en las botellas y la carne asada que le habían traído los cazadores. Recordó que él le había dado algo a la criatura, unos días antes, y pensó que el frasquito tenía alguna relación con las cosas que ahora le regalaban. Subió al vagón, hurgó en la caja, sacó otro frasquito, y se lo entregó a la mujer que le había besado las manos.

Los cazadores murmuraron más palabras ininteligibles y se alejaron. Él ni siquiera los miró porque todo su interés estaba concentrado en la carne que agarraba entre sus dos manos y masticaba con deleite.

Las visitas empezaron a repetirse con frecuencia. Otros niños o adolescentes macilentos, de ojos hundidos y cuerpo esquelético, desfilaron por el vagón. Lo que sucedía entonces ya era casi ritual: el hombre entregaba un frasquito de cápsulas multicolores, las mujeres le besaban las manos, los cazadores entonaban un coro de palabras absurdas y depositaban a sus pies la carne asada y las botellas de vino. El hombre incluso llegó a acostumbrarse al nombre que le daban a él, que jamás había tenido nombre y volvía la cabeza siempre que oía decir «el Sabio»

Esa mañana el sol abrasador ya estaba muy alto cuando oyó las voces y vio a los cazadores que avanzaban por el valle. Estaban cada vez más andrajosos, y sus rasgos eran cada vez más duros. Todos llevaban cuchillos al cinto, y algunos empuñaban cañas rematadas por puntas metálicas muy afiladas. Las armas de fuego de los primeros tiempos habían desaparecido.

El hombre del tren se humedeció los labios. Esa visita significaba que le traían una nueva provisión de vino. Ya era hora, porque acababa de vaciar la

última botella. Además, podría comer carne asada, y eso siempre era mejor que la bazofia magra arrancada de las lagartijas.

Cuando los cazadores estuvieron cerca, se puso en pie. Vio que el hombre que siempre encabezaba el grupo traía en sus brazos a un niño completamente desnudo, cuyos miembros raquíticos colgaban flojamente. Le oyó hablar con rapidez.

«Sabio», decía el cazador. «Sabio», y algo así como «mi hijo, mi propio hijo».

El hombre del tren observó a la criatura. No sabía qué le había dicho el jefe de los cazadores, e inclinó la cabeza, asintiendo. Miró las botellas de vino, que llenaban un cesto de mimbre. Había más que otras veces. Se pasó la lengua por los labios y se encaminó hacia su refugio.

Trepó al vagón. El interior estaba recalentado por el sol. Metió la mano en la caja de los frasquitos y tanteó inútilmente el fondo.

Estaba vacía.

El hombre miró estúpidamente a su alrededor. No había ninguna caja parecida. El resto del vagón estaba ocupado por grandes esqueletos de madera, con máquinas que olían aún a aceite y a grasa rancios. Él sabía que en los otros vagones tampoco hallaría lo que buscaba. Los había visitado y sólo contenían otras máquinas embaladas.

Comprobó por última vez que la caja estaba vacía, fue hasta la puerta del vagón y saltó nuevamente a tierra. El jefe de los cazadores le miró las manos, frunció el ceño, y emitió un chorro de palabras rápidas, tajantes. El hombre volvió a entender «Sabio», «hijo», «remedios», «mi hijo».

Se encogió de hombros y se acercó al canasto que contenía las botellas de vino. Pero uno de los cazadores le cerró el paso y le apoyó la punta de la lanza contra el pecho.

El jefe de los cazadores dijo algo a sus espaldas.

El hombre se rascó la barba, Indeciso. La lanza era un obstáculo insalvable.

Se volvió, y fue a sentarse nuevamente en el piso del vagón, con las piernas flacas y desnudas colgando hacia afuera, asomadas por la abertura del gabán.

De pronto, la escena se transformó. El jefe de los cazadores dejó al niño

en brazos de un compañero y avanzó hacia el hombre del tren, con semblante hosco. Cerró la mano sobre la empuñadura del cuchillo, que asomaba por encima del borde del taparrabos, y con un tirón sacó a relucir la hoja afilada. La blandió frente al hombre, que lo miraba sin conmovirse.

«Sabio»... «mi hijo»... «remedios»...

Irritado por el silencio del hombre, el cazador lo tomó por el faldón del gabán, y con un tirón brusco lo hizo caer de su precario asiento.

El hombre se desplomó de bruces sobre el pastizal. Entonces el jefe de los cazadores trepó con un salto al vagón y desapareció en su cálida penumbra.

El hombre se incorporó a su vez con un brinco ágil y quiso seguirlo, pero tropezó con una barrera de lanzas. Un momento después el jefe de los cazadores reapareció con el rostro crispado por la furia. Traía en las manos, además del cuchillo, una caja de cartón vacía.

Otro torrente de palabras brotó de los labios del jefe.

«Escondido»... «dónde»... «Sabio»... «dónde»...

El hombre siguió callado, acariciándose la pelambre mugrienta. Todo eso era tan absurdo como el lejano caos de la ciudad. Volvió a mirar las botellas, con melancólica resignación. Ignoraba qué le estaban diciendo, pero por el tono comprendió que ya no podía esperar nada de esa gente.

Se encogió nuevamente de hombros. Sólo debía aguardar hasta que se fuesen y lo dejaran en paz. Más tarde se las arreglaría. Ahí, junto a la vía, se deslizaba en ese momento una lagartija verde. No tenía cola, y en sus flancos asomaban dos muñones deformes, pero le hincaría con gusto el diente. Era una lástima que se hubiese agotado su provisión de vino.

El jefe de los cazadores se irguió frente a él, aullando como un loco.

«Dónde»... «escondido»... «remedios»... «dónde»... «Sabio»...

Con un ademán colérico, arrojó la caja de cartón a los pies del hombre del tren. Luego avanzó, blandiendo el cuchillo, apuntando con la hoja hacia el vientre que la abertura del gabán dejaba al descubierto.

«Dónde»... «escondido»... «remedios»... «mi hijo»... «remedios»... «Sabio»...

El hombre no contestó, y la hoja de acero describió un arco refulgente y se hundió en el abdomen hasta la empuñadura, y volvió a salir con un ruido succionante y un gorgoteo de sangre, y siguió clavándose y desprendiéndose

de la carne hasta que el hombre cayó sobre los pastos, con los ojos desorbitados y vidriosos y las manos crispadas sobre las entrañas abiertas.

La sangre todavía brotaba mansa y lentamente de la herida, con débiles palpitaciones, cuando los cazadores emprendieron la marcha hacia el campamento.

LA CLAVE

Isaac Asimov

CAPÍTULO I

Karl Jennings sabía que iba a morir. Le quedaban pocas horas de vida y mucho que hacer.

No había suspensión en la ejecución de la sentencia, no podía haberla allí en la Luna y muchísimo menos sin que funcionara el sistema de comunicaciones.

Incluso en la Tierra había unos cuantos lugares dispersos donde, sin una radio a mano, un hombre podría morir sin que le prestara ayuda la mano de otro hombre, sin que otro hombre le compadeciese, sin que los ojos de otros hombres descubrieran el cadáver.

Allí, en la Luna, había muy pocos lugares donde las cosas fueran diferentes.

Por supuesto, los habitantes de la Tierra sabían que él estaba en la Luna. Formaba parte de una expedición geológica... ¡No, de una expedición selenológica! Resultaba extraño cómo su mente, influida aún por la Tierra, se negaba a abandonar el prefijo «geo».

Mecánicamente se dejó arrastrar por los pensamientos, al mismo tiempo que trabajaba. Aun cuando estaba muriendo, todavía sentía aquella claridad de pensamiento impuesta artificialmente.

Ansiosamente, miró a su alrededor. No había nada que ver. Se hallaba en la oscuridad de las eternas sombras que bañaban la cara norte del muro interior del cráter, una negrura que solamente quebraba el intermitente parpadeo de su linterna. Seguía manteniendo aquel parpadeo, en parte porque no se atrevía a consumir su fuente de energía eléctrica antes de morir y en parte porque tampoco se atrevía a arriesgarse a ver más de lo que veía.

A su izquierda, y hacia el Sur, a lo largo del cercano horizonte de la Luna,

había una creciente luminosidad blanca producida por el sol. Más allá del horizonte, e invisible, se encontraba el borde opuesto del cráter. El Sol nunca ascendía lo suficiente sobre el borde del cráter, como para iluminar el suelo que se hallaba bajo sus pies. Se hallaba a salvo de la radiación..., al menos contaba con tal ventaja.

Cavaba cuidadosamente, pero con torpeza, demasiado oprimido por su traje espacial. Le dolía el costado terriblemente.

El polvo y rocas destrozadas no tomaban el aspecto de «castillo de hadas» característico de aquellas partes de la Luna expuestas a las alternativas de luz y oscuridad, de calor y frío. Allí, en el frío eterno, el lento derrumbarse de la pared del cráter, simplemente había apilado un fino polvillo formando una masa heterogénea. No sería fácil distinguir que se había excavado allí.

Por un instante calculó mal la desnivelada superficie oscura y dejó caer un puñado de finos fragmentos polvorientos. Las partículas cayeron con la característica lentitud de la Luna, y aún así con todo el aspecto de una cegadora velocidad, ya que no había aire que opusiera resistencia para reducir más su movimiento y extenderlas en forma de polvorienta neblina.

La linterna de Jennings se encendió un momento y Jennings apartó de su camino una roca aplicándole un puntapié.

No disponía de mucho tiempo. Continuó excavando más profundamente en el polvo.

Un poco más de profundidad y podría introducir el dispositivo en el agujero y comenzar luego a cubrirlo. Strauss no debía encontrarlo.

¡Strauss!

El otro miembro del equipo. La mitad en el descubrimiento. La mitad en el terreno de la fama.

Si solamente se tratara de arrogarse la totalidad del crédito que Strauss deseaba, Jennings podría haberlo permitido. El descubrimiento era más importante que cualquier mérito individual que pudiese acompañarle. Pero lo que Strauss deseaba era algo más; algo que, para impedirlo, Jennings estaba dispuesto a morir.

Y estaba muriendo.

Lo habían encontrado juntos. En realidad, Strauss había encontrado la nave; o, mejor dicho, los restos de la nave, o quizá con más propiedad podría decirse lo que sin duda alguna eran los restos de algo parecido a una nave.

—Metal —había dicho Strauss al recoger algo desigual y casi amorfo.

Apenas se podían ver sus ojos y rostro a través del grueso cristal-plomo del visor, pero su voz un tanto áspera sonaba claramente a través de la radio del traje.

Jennings llegó entonces hasta él desde el lugar que ocupaba, a media milla de distancia, y respondió:

—¡Muy extraño es eso! No hay metal libre en la Luna.

—No debía haberlo. Pero sabes muy bien que no la han explorado más que en un uno por ciento de su superficie. ¿Quién sabe lo que se puede encontrar en ella?

Jennings gruñó unas palabras de asentimiento y extendió su manopla para tomar el objeto.

Era auténticamente cierto que casi cualquier cosa podría encontrarse en la Luna, al menos así se podía suponer. La suya era la primera expedición selenológica, financiada particularmente, que había alunizado. Hasta entonces sólo había habido empresas de tipo gubernamental, realizadas mediante lanzamientos, de los cuales aún restaban una media docena. Era una señal de la avanzada edad espacial el que la Sociedad Geológica pudiera permitirse enviar a dos hombres a la Luna con el sólo objeto de realizar estudios selenológicos.

Strauss dijo:

—Parece como si en otros tiempos hubiese tenido una superficie pulida.

—Tienes razón —respondió Jennings—. Puede que haya más trozos por ahí.

Encontraron tres pedazos más, dos de pequeño tamaño y uno que mostraba huellas de una junta remachada.

—Llevémoslos a la nave —dijo Strauss.

A continuación dirigieron la pequeña nave rastreadora hasta la nave madre. Una vez a bordo se quitaron sus trajes, algo que por lo menos

Jennings siempre se alegraba de hacer. Se rascó vigorosamente las costillas y se frotó las mejillas hasta que la blanca piel mostró un color escarlata.

Strauss despreció tales debilidades y se puso a trabajar. El rayo láser atacó al metal y el vapor fue registrado por el espectrógrafo. Se trataba esencialmente de acero-titanio, con un poco de cobalto y molibdeno.

—Por supuesto, se trata de algo artificial —dijo Strauss.

Su ancho y huesudo rostro aparecía tan inexpresivo y duro como siempre. No exteriorizaba ni alegría ni sorpresa, aunque Jennings sentía cómo su corazón latía con violencia.

Quizá fue la emoción lo que hizo murmurar a Jennings en aquel momento:

—Este es un acontecimiento respecto al que debemos imponernos cierta obligación...

Strauss miró a Jennings con frío disgusto y dejó a un lado la colección de trozos metálicos, como si no les diese la menor importancia.

Jennings suspiró hondo. Resultaba extraño, pero no podía «tragar» aquella actitud. ¡Nunca había podido hacerlo! Recordó la Universidad... bien, no tenía importancia. El descubrimiento que había hecho valía la pena. Por lo menos era muchísimo más valioso que toda aquella fría y despreciativa calma de Strauss.

Jennings se preguntó si Strauss concedía realmente valor al descubrimiento.

Sabía muy poca cosa de Strauss, a no ser su reputación de selenólogo. O lo que era igual, había leído las publicaciones de Strauss y suponía que también Strauss había leído las suyas. Aunque sus caminos hubiesen seguido igual rumbo en sus días universitarios, jamás se habían conocido hasta que ambos se presentaron voluntariamente para formar parte de aquella expedición y fueron aceptados.

Durante la semana del viaje, Jennings había tenido constantemente delante de él aquella fornida figura, los cabellos agrisados y los ojos azules y fríos. Se fijaba constantemente en cómo trabajaban aquellas poderosas mandíbulas cuando mascaban los alimentos. El propio Jennings, de mucha menor corpulencia, también con ojos azules, pero con cabellos más negros, automáticamente tendió a retirarse de aquel poder y fuerza que parecía

irradiar del otro.

Jennings dijo:

—No existe dato alguno sobre el hecho de que una nave haya alunizado por estos lugares, y tampoco hay ningún registro que asegure haya habido alguna catástrofe.

—Si todo esto fuese parte de una nave —respondió Strauss—, las piezas estarían suaves y pulidas. Todo esto ha estado sujeto a algún tipo de erosión y, al no haber aquí atmósfera, eso significa la exposición al bombardeo de micrometeoritos durante muchos años.

Por lo tanto, Strauss «se daba cuenta» del valor del hallazgo.

Jennings dijo:

—Es un artefacto construido por manos o cerebros que no son humanos. Unas criaturas, no de la Tierra, alguna vez visitaron la Luna. ¿Quién sabe cuánto tiempo hará de esto?

—Sí..., ¿quién lo sabe? —convino Strauss con tono seco.

—En el informe...

—Un momento —le interrumpió Strauss imperiosamente—. Habrá mucho tiempo de informar cuando tengamos algo sobre qué informar. Si ha sido una nave, habrá por ahí más trozos que los que hemos encontrado.

Pero en aquellos momentos no valía la pena seguir buscando más. Habían dedicado a la labor varias horas y sentían hambre y sueño. Sería mucho mejor emprender la tarea cuando estuviesen más frescos y descansados. Los dos parecieron estar de acuerdo sobre tal punto, sin mencionarlo para nada.

La Tierra aparecía muy baja en el horizonte, casi llena en su fase, brillante y vetuada de azul. Jennings la miró mientras comían y experimentó, como siempre le ocurría, una terrible nostalgia.

—Desde aquí parece un oasis de paz —murmuró—, pero hay en ella seis mil millones de personas atareadas.

Strauss alzó la cabeza y replicó secamente:

—¡Seis mil millones de seres que la están arruinando!

Jennings frunció el ceño.

—No serás un ultra, ¿verdad? —preguntó.

Strauss interrogó, a su vez:

—¿De qué diablos estás hablando?

Jennings sintió que enrojecía. Su piel siempre adquiriría una tonalidad rosada cuando sus emociones eran un tanto violentas. Jennings consideraba muy embarazoso su sonrojo, como si fuera un vicio del que no pudiera liberarse.

Al cabo de un par de segundos, continuó comiendo sin decir nada más.

Durante toda una generación, la población de la Tierra se había mantenido sin variación alguna. Todo el mundo admitía que no se podía permitir un mayor aumento de seres humanos. En realidad había muchos que decían que no era suficiente con ordenar «no más aumento de población». Esta tenía que disminuir. El propio Jennings simpatizaba con tal punto de vista. El globo terráqueo estaba siendo devorado por su enorme peso en habitantes.

Pero, ¿cómo disminuir la población? ¿Al azar, quizá, estimulando a la gente para que hiciera disminuir aún más el índice de natalidad, cosa que ya se había realizado repetidas veces? Últimamente habían sonado campanas lejanas que deseaban no solamente una disminución en el número de habitantes, sino más bien una disminución seleccionada..., la supervivencia de los mejores.

Jennings pensó: «Supongo que le habré insultado».

Más tarde, cuando ya estaba casi dormido, súbitamente, se le ocurrió pensar que no sabía prácticamente nada sobre el carácter de Strauss. ¿Y si en aquellos momentos se le ocurría al hombre emprender una solitaria expedición por su propia cuenta, con objeto de arrogarse todo el mérito?

Jennings se apoyó sobre un codo, enormemente alarmado. Pero Strauss respiraba pesadamente, y aun cuando Jennings estuvo escuchando atentamente, al final la respiración pesada fue convirtiéndose poco a poco en un característico ronquido.

Invirtieron los siguientes tres días en la búsqueda de más piezas adicionales. Encontraron algunas. Pero hallaron algo más que esto. Descubrieron una zona que resplandecía con la diminuta fosforescencia de las bacterias lunares. Tales bacterias eran muy corrientes, pero nunca se había registrado en ninguna otra parte en concentración tan enorme como para

producir tal resplandor.

Strauss dijo:

—Es probable que en otro tiempo haya estado aquí un ser orgánico o sus restos. Murió, pero no sucedió así con los microorganismos de su interior. Al final le consumieron.

—Y quizá se extendieron luego —dijo Jennings—. Esta puede ser la fuente habitual de las bacterias lunares. Puede que no sean nativas en absoluto, sino más bien el resultado de una contaminación... de hace siglos.

—También puede ser lo opuesto —dijo Strauss—. Desde el momento en que las bacterias son completamente diferentes en lo fundamental, de toda otra forma de microorganismos terrestres, las criaturas que invadieron..., suponiendo que ésta fuera su fuente, también debieron haber sido fundamentalmente diferentes. Otra indicación más de un origen extraterrestre.

El sendero terminaba en la pared de un pequeño cráter.

—Se trata de una excavación importante —comentó Jennings sintiéndose decepcionado—. Mejor sería informar sobre todo esto y conseguir ayuda.

—No —replicó Strauss sombríamente—. Puede que ahí no haya nada que precise ayuda. Puede que el cráter se haya formado un millón de años después de haberse estrellado la nave.

—¿Quieres decir que se ha vaporizado en su mayor parte y resta de ella solamente lo que nosotros hemos encontrado? —interrogó Jennings.

Strauss asintió con un movimiento de cabeza.

Jennings añadió:

—De todas maneras, probemos. Excavaremos un poco. Si trazamos una línea desde el punto donde encontramos los pedazos, hasta aquí, y luego mantenemos...

Strauss asintió de mala gana y trabajó con mal humor, de forma que fue Jennings quien llevó a cabo el verdadero hallazgo. ¡Seguro que aquello era algo! Aun cuando Strauss hubiese encontrado el primer trozo de metal, Jennings había hallado el auténtico artefacto.

«Era» un artefacto... encajado, por así decirlo, a tres pies de profundidad bajo la irregular forma de una roca que al caer había formado un hoyo en su contacto con la superficie de la Luna. En aquel hueco se hallaba el artefacto, protegido de todo por un millón de años o más. Protegido de la radiación, de

los micrometeoros, de los cambios de temperatura, etc., de manera que se hallaba completamente nuevo.

Jennings inmediatamente le bautizó con el vocablo «Dispositivo». No tenía un aspecto muy diferente a cualquier otro dispositivo que él y Strauss hubiesen visto alguna vez, pero, como Jennings preguntó, ¿por qué iba a ser diferente?

—No veo en esto ningún borde áspero o rugoso —dijo Jennings—. Quizá no esté roto.

—Pero es posible que le falten piezas.

—Puede ser —dijo Jennings—. Sin embargo, no parece poseer algo movable. Está formado de una sola pieza y, ciertamente, con unos desniveles extraños.

Jennings hizo una pausa y luego añadió, tratando de dominarse, cosa que no consiguió hacer:

—«Esto» es lo que necesitamos. Una pieza de metal desgastado, o una zona rica en bacterias es solamente material para deducción y disputa. Pero esto es auténtico..., un dispositivo que claramente es de fabricación extraterrestre.

El dispositivo se hallaba en la mesa entre ambos hombres en aquel momento y ambos lo contemplaron gravemente.

Jennings añadió finalmente:

—Ahora mismo podemos comenzar a redactar el informe...

—¡No! —exclamó Strauss con tono de disensión—. ¡Diablos, no!

—¿Por qué no?

—Porque, si lo hacemos, en el acto se convertirá en proyecto de una sociedad. Caerán sobre él como un enjambre de avispas y nosotros, cuando todo esté hecho, ni siquiera llegaremos a ser más que una nota al pie. ¡No!...

Strauss se detuvo. Respiró hondo y añadió:

—Hagamos con esto todo cuanto podamos y saquemos todo el partido posible de este artefacto antes de que las arpías descendan sobre nuestras cabezas.

Jennings reflexionó. No podía negar que él, también, deseaba ardientemente no perder crédito. Pero aun así...

Luego dijo:

—No sé si decidirme a correr ese riesgo...

Hubo un silencio entre los dos hombres y a continuación Jennings añadió:

—Escucha, Strauss...

Tuvo la intención, durante una décima de segundo, de usar el nombre de pila de su compañero, pero finalmente apartó la idea de su mente.

—Escucha, Strauss, no está bien esperar. Si esto es de origen extraterrestre, entonces debe pertenecer a algún otro sistema planetario. En el Sistema Solar no hay, aparte de la Tierra, un lugar donde se pueda suponer una forma de vida avanzada.

—Eso, en realidad, aún no se ha demostrado —replicó Strauss con un gruñido—. Pero..., ¿y si tuvieses razón?

—Entonces significaría que las criaturas de esa nave realizaron un viaje interestelar y que, por lo tanto, tenían que estar tecnológicamente mucho más avanzados que nosotros. Podría ser la clave... de sabe Dios qué. Podría ser una pista que nos llevara a una revolución científica inimaginable.

—Eso no es más que una tontería romántica. Si esto es el producto de una tecnología más avanzada que la nuestra, nada aprenderemos de ella. Resucita a Einstein y enséñale una microprotocurva, y dime, ¿sacarías algo de ella? ¿La entendería?

—No podemos estar seguros de que nada aprenderíamos.

—Aun así, ¿y qué? ¿Qué es lo que va a ocurrir aunque haya una pequeña demora? ¿Y si nos quedamos con todo el crédito de esto? ¿Qué sucederá si nos quedamos con esto y seguimos estudiándolo en nuestro propio beneficio?

—Pero, Strauss —dijo Jennings sintiéndose enormemente conmovido y haciendo un gran esfuerzo para que Strauss penetrase en la importancia que quizá pudiera tener el dispositivo—. ¿Y si nos estrellamos con él? ¿Y si no logramos regresar con él a la Tierra? No podemos correr el riesgo de que esto se pierda.

Y al pronunciar estas últimas palabras, acarició al artefacto, como si estuviese enamorado de él, añadiendo:

—Debemos informar ahora mismo sobre su hallazgo y hacer que envíen naves aquí para que se lo lleven. Es demasiado precioso para...

En aquel instante, cuando Jennings hablaba con más emoción, el dispositivo pareció calentarse bajo su mano. Una porción de su superficie,

medio oculta bajo un suave pliegue del metal, emitió una débil fosforescencia.

Jennings retiró la mano rápidamente, con gesto espasmódico, y el artefacto se oscureció repentinamente. Pero había sido suficiente; aquel momento acababa de ser infinitamente revelador.

Jennings dijo con voz ahogada:

—Fue como si se hubiera abierto una ventana en tu cerebro, Strauss. Vi todo cuanto había en tu mente.

—Y yo leí en la tuya —replicó Strauss—, o, más bien, la experimenté, penetré en ella, o como quieras tú decirlo.

A continuación tocó el dispositivo con frío ademán, pero nada sucedió.

—Tú eres un ultra —dijo Jennings con tono de indignación—. Cuando toqué esto...

Y, a la vez que hablaba, volvió a hacerlo.

—Mira..., vuelve a suceder otra vez. Lo veo... ¿Eres un loco? ¿Acaso puedes honradamente creer que es humanamente decente condenar a toda la humanidad a la extinción y destruir la versatilidad y variedad de las especies?

Su mano se apartó nuevamente del dispositivo, experimentando repugnancia ante lo que él veía, y de nuevo el artefacto se oscureció. Otra vez lo tocó Strauss y no ocurrió nada.

Strauss dijo:

—No iniciemos una discusión, por amor de Dios... Esta... cosa es una ayuda para la comunicación... Un amplificador telepático. ¿Por qué no? Las células cerebrales poseen cada una de ellas su potencial eléctrico. El pensamiento se puede considerar como un campo de ondas electromagnéticas de microintensidades...

Jennings se volvió hacia otro lado. No deseaba hablar con Strauss. Luego dijo:

—Informaremos ahora mismo sobre esto. Me importa tres cominos la fama. Quédatela para ti. Sólo quiero que esto salga de nuestras manos.

Durante un momento, Strauss reflexionó profundamente y a continuación repuso:

—Es algo más que un comunicador. Responde a la emoción y la amplifica.

—¿De qué estás hablando? —interrogó Jennings.

—Por dos veces funcionó bajo el contacto de tu mano, aun cuando lo estuviste manejando todo el día sin ejercer sobre él el menor efecto. Y tampoco funciona cuando lo toco yo.

—¿Y bien...?

—Reaccionó inmediatamente cuando tú estabas bajo una tensión emocional elevada. Ese es el requisito para la activación, creo yo. Y cuando te indignaste con los ultras, mientras lo sostenías en tu mano, durante un instante sentí lo mismo que tú.

—Eso debías pensar.

—Pero, escúchame un momento. ¿Estás seguro de tener razón? No hay un solo hombre con sentido común sobre la Tierra que no sepa que el planeta estaría mucho mejor con una población de mil millones, que con seis mil millones. Si empleásemos la automación a tope, como ahora la muchedumbre no nos permite hacerlo, probablemente dispondríamos de una eficiente y viable Tierra, con una población que no sobrepasaría, digamos, los cinco millones de habitantes... Escúchame, Jennings, no te vuelvas hacia otro lado.

La dureza de la voz de Strauss casi llegó a desaparecer en su esfuerzo por mostrarse convincente. Continuó:

—Pero no podemos reducir la población democráticamente. Lo sabes bien. No es problema lo que se podría llamar urgencia sexual, porque las inserciones uterinas han resuelto el problema del control de la natalidad hace ya tiempo. También lo sabes. Es más bien cuestión de nacionalismo. Cada grupo étnico desea que otros grupos reduzcan su población primero, y yo estoy de acuerdo con ellos. Quiero que prevalezca mi grupo étnico, «nuestro» grupo étnico. Quiero que la Tierra sea heredada por la élite. Lo cual significa que debe ser heredada por hombres como nosotros. Somos los verdaderos hombres y la horda de semimonos que nos estorba nos está destruyendo a todos. De todas formas están condenados a muerte, ¿por qué no salvarnos nosotros?

—No —replicó Jennings calurosamente—. Ningún grupo posee el monopolio de la humanidad. Tus cinco millones de «imágenes de espejo», atrapadas en una humanidad a la que se ha robado su variedad y versatilidad, morirían de aburrimiento..., y no les estaría mal.

—Tonterías emocionales, Jennings. Tú no crees en eso. Te han enseñado a creerlo nuestros locos igualitarios. Mira, este dispositivo es lo que necesitamos. Aun cuando no podamos construir otros, ni comprender cómo funciona éste, sin duda alguna este artefacto será suficiente. Si pudiésemos dominar o influenciar sobre las mentes de los hombres clave, entonces, poco a poco, podríamos imponer al mundo nuestros puntos de vista. Ya tenemos una organización. Debes saber eso si has leído en mi mente. Está mejor motivada y mejor estructurada que cualquier otra organización de la Tierra. Los grandes cerebros de la humanidad acuden a nosotros diariamente. ¿Por qué no tú también? Este instrumento es una especie de llave, una clave, pero no solamente una clave para alcanzar un poco más de conocimientos. Es la clave de la solución final a los problemas de los hombres. ¡Únete a nosotros! ¡Únete a nosotros!

Strauss acababa de alcanzar un punto de entusiasmo tan formidable, como nunca había visto Jennings.

La mano de Strauss cayó sobre el dispositivo, y éste parpadeó luminosamente una o dos veces, y luego se apagó.

Jennings sonrió sin la menor gana. Veía el significado de todo aquello. Strauss trataba deliberadamente de excitarse emocionalmente, para activar el dispositivo, y acababa de fracasar.

—No puedes lograr que funcione —dijo Jennings—, porque eres excesivamente superhumano, supercontrolado, y no puedes derrumbarte emocionalmente, ¿verdad?

Jennings tomó con ambas manos el artefacto, con dedos que temblaban por la emoción, y el dispositivo se iluminó inmediatamente.

—Entonces, sé tú quien lo haga funcionar. Para ti el crédito de salvar a la humanidad.

—Ni soñarlo... —murmuró Jennings, abriendo la boca como si se sintiese incapaz de respirar cómodamente bajo la fuerte emoción—. Voy a informar sobre esto ahora mismo.

—¡No! —exclamó Strauss tomando uno de los cuchillos de la mesa—. Mira..., tiene suficiente punta y está bien afilado.

—No necesitas ponerte así para exteriorizar tus puntos de vista —dijo Jennings, todavía bajo la emoción del momento—. Veo perfectamente cuáles

son tus proyectos. Con el dispositivo puedes convencer a cualquiera de que yo nunca existí. Podrás lograr una victoria ultra.

Strauss asintió con un movimiento de cabeza, y dijo:

—Lees mis pensamientos maravillosamente bien.

—Pero no lo conseguirás —añadió Jennings casi jadeando de emoción—. No, mientras yo sostenga esto entre mis manos...

Deseaba en aquel instante la inmovilidad de Strauss.

Strauss trató de moverse y no pudo. Sostuvo el cuchillo con el brazo extendido, pero fue incapaz de dar un solo paso.

Ambos hombres sudaban abundantemente.

Strauss dijo mordiendo las palabras:

—No puedes... sostener eso... todo el día.

La sensación era clara, pero Jennings no estaba seguro de tener palabras para describirla. Era, en términos físicos, como sostener un resbaladizo animal de enorme fuerza, un animal que constantemente estuviera retorciéndose. Jennings tenía que concentrarse en sus deseos de inmovilidad.

No estaba familiarizado con el artefacto. No sabía cómo usarlo hábilmente. Aquello era igual que esperar que una persona que jamás hubiera visto un florete, tomara uno y lo manejara como un mosquetero.

—Exactamente —murmuró Strauss siguiendo los pensamientos de Jennings.

Y, a continuación, dio un paso hacia adelante.

Jennings sabía muy bien que nada podría hacer en contra de la loca determinación de Strauss. Los dos lo sabían. Pero aún estaba la nave rastreadora. Jennings tenía que salir de allí, y con el dispositivo.

Pero Jennings no tenía secretos en aquel momento. Strauss leía también sus pensamientos e intentó situarse entre su compañero y la nave rastreadora.

Jennings redobló sus esfuerzos. Ya no deseaba la inmovilidad, sino la inconsciencia. «Duerme, Strauss —pensó desesperadamente—. ¡Duerme!»

Strauss cayó de rodillas, al mismo tiempo que sus párpados se cerraban pesadamente.

Latiéndole el corazón violentamente, Jennings se lanzó hacia fuera. Si pudiera golpearle con algo y apoderarse del cuchillo...

Pero sus pensamientos se habían apartado en aquel mismo instante de su

importante concentración sobre el sueño, y sintió la mano de Strauss que le asía un tobillo, tirando de él hacia abajo con súbita fuerza.

Strauss no dudó ni un solo segundo. Cuando Jennings cayó, la mano que sostenía el cuchillo ascendió y bajó. Jennings sintió el agudo dolor y su mente enrojeció de temor y desesperación.

Fue aquel acceso de emoción el que hizo aumentar el brillo del dispositivo, hasta alcanzar la luminosidad de una auténtica llama. Strauss soltó a Jennings, a la vez que la mente de este último, silenciosa e incoherentemente, pasaba a la mente de su enemigo el temor y la desesperación que él sentía.

Strauss rodó sobre sí mismo, con el rostro congestionado por el pánico.

Jennings se puso en pie trabajosamente y retrocedió. No se atrevía a hacer nada, a no ser mantener inconsciente al otro. Cualquier intento de actuar violentamente reduciría mucho su fuerza mental.

Acto seguido retrocedió hacia la nave rastreadora. A bordo habría un traje... y vendas...

La nave rastreadora no estaba realmente diseñada para recorrer grandes distancias. Ni Jennings podía hacerlo en aquel momento. A pesar de los vendajes, su costado derecho estaba empapado en sangre. Y la sangre llenaba también la parte interior del traje espacial.

Nada indicaba que en aquellos momentos le siguiera la nave madre, pero era indudable que más pronto o más tarde le seguiría. La fuerza del navío principal era muchas veces superior a la de la nave rastreadora; por otra parte, poseía detectores que captarían la nube de concentración iónica dejada atrás por los reactores impulsores de la nave pequeña.

Desesperadamente, Jennings había tratado de alcanzar la estación Luna con su radio, pero aún no había recibido respuesta alguna. Se detuvo, completamente desesperado. Sus señales simplemente ayudarían a Strauss a perseguirle con más efectividad.

Podría llegar a pie hasta la estación Luna, pero en el fondo no creía poder hacerlo. Le recogerían primero. Moriría estrellado, posiblemente. No lo conseguiría. Tendría que ocultar el dispositivo, dejarlo en algún lugar seguro,

y entonces partir hacia la estación Luna.

El dispositivo...

No estaba seguro de tener razón. El dispositivo podría arruinar a toda la raza humana, pero por otra parte quizá fuera infinitamente valioso. ¿Acaso debía destruirse? Era el único resto de una vida inteligente no humana. Guardaba los secretos de una tecnología superavanzada; era un instrumento de una avanzada ciencia de la mente. Fuera cual fuese el peligro, había que considerar el valor..., el valor potencial...

No, debía ocultarlo de manera que lo volvieran a encontrar..., pero solamente por los cultos moderados del Gobierno y no por los ultras...

La pequeña nave rastreadora descendió sobre el borde inferior, en su cara norte, del cráter. Jennings sabía cuál era y allí podía enterrar el dispositivo. Si no podía alcanzar la estación Luna más tarde, bien personalmente o bien por radio, al menos tenía que alejarse del lugar de ocultamiento, y hacerlo lejos, para que su propia persona no denunciara aquel punto. Y tendría, además, que dejar alguna clave de su localización.

Jennings estaba pensando con claridad asombrosa, o al menos eso creía él. ¿Sería la influencia del dispositivo que llevaba consigo? ¿Acaso estimulaba su pensamiento y le guiaba al mensaje perfecto? ¿O acaso se trataba de la alucinación del moribundo y lo que él dejara quizá no tendría sentido para nadie?

Lo ignoraba. Pero no tenía otra alternativa. Debía Intentarlo.

Pues Karl Jennings sabía que iba a morir. Le quedaban horas de vida y mucho que hacer.

CAPÍTULO II

H. Seton Davenport, de la División Norteamericana del Bureau Terrestre de Investigación, se frotó la cicatriz en forma de estrella que exhibía en su mejilla izquierda. Lo hizo pensativamente.

—Sé, señor, que los ultras son peligrosos —dijo.

El jefe de la división, M. T. Ashley, miró a Davenport con los ojos entornados. Sus reseca mejillas mostraban ciertas líneas de desaprobación. Como una vez más había dejado de fumar, tomó de encima de la mesa una pequeña pastilla de goma de mascar y la introdujo en su boca, haciendo una mueca de repugnancia. Estaba haciéndose viejo, persona amargada, y sonó suavemente el vello de su bigote grisáceo cuando lo frotó con los nudillos de una mano.

Luego dijo:

—No sabes lo peligrosos que son. Y me pregunto si hay alguien que lo sepa. Son poco numerosos, pero fuertes entre los más poderosos quienes, después de todo, están perfectamente dispuestos a considerarse a sí mismos como la élite. Nadie sabe con seguridad quiénes son ni cuántos hay.

—¿Ni siquiera el Bureau?

—El Bureau está en el alero del tejado. Ni siquiera nosotros estamos libres de ese tinte. ¿Lo estás tú?

Davenport frunció el ceño y respondió secamente:

—Yo no soy ultra.

—No dije que lo fueras —adujo Ashley—. Te pregunté si estabas libre de tal sospecha. ¿Se te ha ocurrido pensar en lo que sucede en la Tierra desde hace un par de siglos? ¿No se te ha ocurrido pensar que un moderado descenso de su población sería cosa buena? ¿No se te ha ocurrido pensar

tampoco que sería maravilloso desembarazarse de las personas poco inteligentes, liquidar a los incapaces, a los insensibles, y dejar al resto vivos? Pues a mí sí, ¡maldita sea!

—Creo que soy culpable también de haber pensado en eso algunas veces, sí. Pero una cosa es pensar en algo como un deseo, y otra el proyectar ese algo para llevarlo a la realidad, a una realidad hitlerizada...

—La distancia que hay del deseo a la acción no es tan grande como piensas. Si te convences de que el fin es suficientemente importante, de que el peligro es enorme, entonces verás que los medios son cosa que va adquiriendo cada vez menos importancia. Ahora que el asunto de Estambul se ha solucionado, permíteme ponerte al corriente de este otro asunto. Estambul no tenía la menor importancia en comparación... ¿Conoces al agente Ferrant?

—¿El que desapareció? Personalmente, no.

—Bien, hace dos meses se encontró en la Luna una nave perdida. Había transportado a un equipo de exploración financiado particularmente; se trataba de una expedición selenográfica. La Sociedad Geológica Ruso-Norteamericana había apadrinado el vuelo e informó sobre la desaparición de la nave. Más tarde se llevó a cabo una búsqueda de rutina y la localizaron sin muchas dificultades a una razonable distancia del punto desde el cual había emitido su último informe.

»La nave no estaba dañada, pero había desaparecido su nave rastreadora y con ella un miembro del equipo. Su nombre era Karl Jennings. El otro hombre, James Strauss, vivía aún, pero en pleno delirio; se había vuelto loco. Todavía lo está, y eso es importante.

—¿Por qué? —interrogó Davenport.

—Porque el equipo de médicos que le examinaron informó sobre anormalidades de tipo neuroeléctrico y neuroquímico de una naturaleza sin precedentes. Jamás habían visto un caso semejante. Nada que fuese humano podía haber producido tal dolencia.

En el rostro solemne de Davenport, sus labios esbozaron una ligera sonrisa.

—¿Acaso sospechas de invasores extraterrestres? —preguntó.

—Puede ser. Pero déjame continuar, una búsqueda de rutina, por las

cercanías del lugar donde se encontraba la nave perdida, no reveló la menor huella sobre el paradero de la nave rastreadora. Entonces la estación Luna informó haber recibido señales débiles de origen incierto. Se suponía que procedían del borde occidental del Mare Imbrium, pero no era seguro si procedían de algún ser humano o no, y no se creía que en las proximidades hubiese alguna nave. Por lo tanto, se ignoraron tales señales. Sin embargo, pensando todavía en la nave rastreadora, el grupo de búsqueda y rescate se puso en marcha hacia Mare Imbrium y allí la localizaron. Jennings estaba a bordo. Muerto. Mostraba una herida de cuchillo en un costado. Y resultaba sorprendente que hubiera podido vivir tanto tiempo.

»Mientras tanto, los médicos se mostraban completamente desorientados ante la naturaleza de la enfermedad de Strauss. Se pusieron en contacto con el Bureau y nuestros dos hombres de la Luna... Sucedió que uno de ellos era Ferrant... Llegaron hasta la nave.

»Ferrant estudió las cintas grabadas de las conversaciones a bordo. No se podían hacer preguntas porque no había ni hay forma de llegar hasta Strauss. Hay un alto muro entre el universo y él, probablemente un muro que será permanente para siempre. Sin embargo, las grabaciones hechas en pleno delirio, aun cuando repetían constantemente muchas cosas, tenían cierto sentido. Ferrant sumó entonces dos y dos, como si estuviese resolviendo un jeroglífico.

»Al parecer, Strauss y Jennings habían hallado un objeto que consideraron no era de fabricación humana, un artefacto perteneciente a una nave estrellada contra la Luna hacía siglos. Y al parecer dicho artefacto poseía la propiedad de dominar y dirigir la mente humana.

Davenport le interrumpió:

—¿Y fue eso lo que volvió loco a Strauss? ¿No fue así?

—Exactamente. Strauss era un ultra, podemos decir que «era» ya que está vivo sólo técnicamente, y Jennings no deseaba entregarle aquel objeto. Cosa razonable también. Strauss habló de emplearlo en una media liquidación, como él la calificaba, de todo ser humano indeseable. Quería que en la Tierra solamente existieran unos cinco mil millones de habitantes, esta era su idea. Hubo entonces una lucha durante la cual solamente Jennings, al parecer, pudo manejar aquella cosa que «pensaba», pero Strauss sostenía en su mano un

cuchillo. Cuando Jennings se fue iba herido, pero la mente de Strauss había quedado destruida para siempre.

—¿Y dónde está ese extraño dispositivo que encontraron?

—El agente Ferrant actuó con decisión. Registró la nave e inspeccionó una vez más las cercanías. No había nada por ninguna parte que no fuesen naturales formaciones lunares o un producto evidente de la tecnología humana. No había nada que se pudiese calificar de «objeto pensante». Entonces registró la nave rastreadora cuidadosamente e hizo lo mismo con sus alrededores y tampoco halló nada de nada.

—Quizá el primer equipo de búsqueda, el equipo que nada sospechaba, se llevó consigo algo sin saber lo que era.

—Juraron no haberlo hecho y no hay razón alguna para sospechar que mientan. Entonces, el compañero de Ferrant...

—¿Quién era?

—Gorbansky —replicó el jefe del distrito.

—Le conozco. Hemos trabajado juntos.

—Lo sé. ¿Qué opinas de él?

—Honrado y capaz.

—Está bien. Gorbansky encontró algo. No un artefacto extraño, sino algo que era muy humano, evidentemente. Se trataba de una tarjeta corriente, de color blanco, que medía tres por cinco pulgadas, escrita, y enrollada en el dedo anular de la manopla de Jennings. Probablemente este último la había escrito antes de morir, y quizá representaba la clave del lugar donde había escondido el objeto en cuestión.

—¿Qué razón hay para creer que lo había escondido?

—Dije que no lo hemos encontrado en ninguna parte.

—Me refiero a... ¿y si lo destruyó como algo peligroso si se dejaba intacto?

—Eso es muy dudoso. Si aceptamos la conversación que se ha reconstruido en el delirio de Strauss, y Ferrant formó lo que parece ser un perfecto registro de palabra por palabra, Jennings debió pensar que aquel artefacto era de importancia clave para toda la humanidad. La calificó de «clave de una inimaginable revolución científica». No podía destruir una cosa semejante. Simplemente, la ocultaría a los ultras e intentaría informar al

Gobierno sobre su paradero. De lo contrario, ¿por qué y para qué molestarse en dejar una pista?

Davenport movió la cabeza dubitativamente y dijo:

—Camina usted formando círculos, jefe. Dice usted que dejó una pista, una clave, porque usted cree que existe un objeto escondido, y cree que hay un objeto escondido porque Jennings dejó una clave.

—Admito eso. Todo resulta muy dudoso. ¿Significa algo el delirio de Strauss? ¿Es válida la reconstrucción de Ferrant? ¿Es realmente una clave lo que ha dejado Jennings? ¿Existe en realidad un «objeto pensante», como Jennings lo llamó, o no existe? No vale la pena hacer tales preguntas. Ahora mismo debemos actuar bajo la suposición de que existe tal artefacto y que debe ser hallado.

—¿Porque Ferrant desapareció?

—Exactamente.

—¿Raptado por los ultras?

—Nada de eso. La tarjeta desapareció con él.

—¡Oh..., comprendo!

—Ferrant desde hacía tiempo estaba bajo sospechas de ser un ultra secreto. Y no es el único del Bureau sobre el que existen tales sospechas. Las pruebas que había no aconsejaban una acción abierta. Sabes que tampoco podemos andar por ahí sospechando e investigando, porque de ser así habría que investigar al Bureau completo de arriba abajo. Ferrant estaba sujeto a vigilancia.

—¿Por quién?

—Por Gorbansky, por supuesto. Afortunadamente, Gorbansky fotografió la tarjeta y envió la copia al cuartel general de la Tierra, pero admitió que no consideraba a tal tarjeta más que como una nota jeroglífica sin sentido alguno y que la incluía en el informe enviado a la Tierra con el deseo de que su informe fuese rutinariamente completo. Ferrant, el mejor cerebro de los dos, supongo, se dio cuenta del significado y decidió actuar. Lo hizo así a gran costo, ya que se ha denunciado a sí mismo y destruido su futura utilidad a los ultras, pero es probable que no haya futura utilidad. Si los ultras controlan el dispositivo...

—Quizá Ferrant ya tenga en sus manos tal artefacto.

—Recuerda que estaba bajo vigilancia. Gorbansky jura que el dispositivo no apareció por ninguna parte.

—Gorbansky no pudo detener a Ferrant al partir con la tarjeta. Quizá tampoco pudo impedirle que encontrara el dispositivo.

Ashley tamborileó con las yemas de sus dedos sobre la pulida superficie de la mesa, con ritmo desigual. Finalmente, dijo:

—No quiero pensar en eso. Si encontramos a Ferrant, podremos saber el daño que se ha hecho. Hasta ese momento debemos buscar el dispositivo. Si Jennings lo escondió, debió intentar alejarse del lugar del escondite. De no ser así, ¿por qué dejar una clave?

—Quizá no viviera lo suficiente para alejarse mucho de tal lugar.

Una vez más, Ashley golpeó suavemente la mesa con sus dedos.

—La nave rastreadora muestra señales de haber realizado un largo vuelo, y un vuelo veloz hasta detenerse al final. Eso encaja con el punto de vista de que Jennings estaba tratando de poner gran distancia entre él y el lugar del escondite.

—¿Puede usted calcular de qué dirección partió?

—Sí, pero no es probable que ayude nada. A juzgar por el estado de las troneras laterales de la nave, es evidente que estuvo derivando de acá para allá deliberadamente.

Davenport suspiró hondo.

—Supongo que tendrá usted una copia de la tarjeta.

—Sí, aquí está...

Ashley alargó a Davenport una copia de la tarjeta en cuestión. Davenport la examinó durante unos momentos. En ella aparecía lo siguiente:

XY^2
 $PC/2$
 $=$
 F/A
 SU
 $C-C$
 H



Davenport dijo finalmente:

—No veo que esto tenga algún significado.

—Al principio, tampoco yo vi nada ni tampoco aquellos a quienes consulté. Jennings debió pensar que Strauss le perseguía. Quizá ignoraba que Strauss estaba fuera de combate definitivamente. Por lo tanto, temería que cualquier ultra lo encontrara antes de que lo hiciese un moderado. No se atrevía a dejar una clave demasiado clara...

Hubo un silencio entre los dos hombres, y a continuación el jefe de la división golpeó la tarjeta con un dedo, añadiendo:

—Esto representa una clave que es oscura en su superficie, pero lo suficientemente clara para cualquiera que tenga un poco de ingenio.

—¿Podemos confiar en eso? —interrogó Davenport con tono de duda—. Después de todo, Jennings era un hombre moribundo, atemorizado, que podía en aquellos momentos estar sujeto a un fallo mental. Es probable que no pensara claramente, ni siquiera humanamente. Por ejemplo, ¿por qué no hizo un esfuerzo por alcanzar la estación lunar? Casi trazó una enorme circunferencia a su alrededor. ¿Acaso se hallaba tan confundido o inconsciente para no pensar claramente? ¿Quizá excesivamente desequilibrado para llegar hasta la estación lunar? ¿O quizá no confiaba en tal estación? Sí, debió intentar llegar allí al principio, puesto que recogieron sus señales, pero lo que en realidad estoy diciendo es que esta tarjeta, que parece estar cubierta con un jeroglífico, no es más que eso, un incomprensible jeroglífico.

Ashley movió la cabeza solemnemente.

—Cierto. El pánico se había apoderado de él. Y supongo que careció de la suficiente presencia de ánimo para alcanzar la estación lunar. Solamente le impulsaba el ansia de huir. Aun así, esto no puede ser un jeroglífico. Estos signos encajan demasiado bien unos con otros. Cada anotación de esta tarjeta puede tener sentido, y el total bien interpretado puede dar algo.

—Entonces, ¿dónde está ese sentido, jefe?

—Verás que hay siete signos en el lado izquierdo y dos en el derecho. Primero examinemos la parte izquierda. El tercer signo parece un signo de «igual». ¿Significa algo para ti el signo «igual»..., algo en particular?

—Una ecuación algebraica.

—Eso es en general. Me refiero a algo en particular.

—No.

—Supongamos que lo consideras como un par de líneas paralelas.

—¿Quinto postulado de Euclides? —sugirió Davenport.

—¡Bien! Hay un cráter en la Luna llamado Euclides... nombre griego del célebre matemático.

Davenport asintió con un movimiento de cabeza. Luego dijo:

—Ya veo adónde quieres ir a parar. En cuanto a F/A , eso es la fuerza dividida por la aceleración, la definición de la masa, según Newton, en su segunda ley del movimiento...

—Sí, y hay un cráter llamado Newton en la Luna, igualmente.

—Sí, pero espera un momento. El signo más bajo es el símbolo astronómico del planeta Urano y no hay ningún cráter o ningún otro objeto lunar, que yo sepa, que lleve ese nombre.

—También tienes razón. Pero Urano fue descubierto por William Herschel, y la H que forma parte del símbolo astronómico es la inicial de su nombre. Sucede que hay un cráter en la Luna llamado Herschel... En realidad hay tres, porque uno se llama así en nombre de Caroline Herschel, su hermana, y otro se llama John Herschel, su hijo.

Davenport reflexionó unos momentos, y después dijo:

— $PC/2$... Medida de presión, la mitad de la velocidad de la luz... No estoy familiarizado con esta ecuación.

—Prueba con los cráteres. Prueba la P para Ptolomeo, y la C para Copérnico.

—¿Y sacar una media? ¿Significaría eso el lugar exacto entre Ptolomeo y Copérnico?

—Me decepcionas, Davenport —respondió Ashley sardónicamente—. Creí que conocías la historia de la astronomía algo mejor que todo eso. Ptolomeo, o Ptolomaeus en latín, presentó un cuadro geocéntrico del Sistema solar, con la Tierra en el centro; mientras que Copérnico presentó uno heliocéntrico, con el Sol en el centro. Un astrónomo trató de establecer un compromiso entre el de Ptolomeo y el de Copérnico...

—¡Tycho Brahe! —exclamó Davenport.

—Muy bien. Y el cráter Tycho es una de las características más visibles

de la superficie de la Luna.

—Bien..., ahora veamos el resto. La C-C es una forma corriente de anotar un tipo normal de grado de afinidad química y creo que hay un cráter llamado Bond^[1].

—Sí, llamado como el astrónomo norteamericano, W. C. Bond.

—La primera anotación, XY². Bien... XYY. Una X y dos Y. ¡Espera!... Alfonso X. Era el astrónomo real de la España medieval, a quien llamaron Alfonso X el Sabio. X el Sabio. XYY. El cráter Alphonsus.

—Muy bien. ¿Y SU?

—Eso me desorienta, jefe.

—Te diré una teoría. Se refiere a la Unión Soviética, antiguo nombre de la Región Rusa. Fue la Unión Soviética la que primero trazó el mapa de la cara oculta de la Luna, y puede que allí haya un cráter. Tsiolkovsky, por ejemplo. Entonces, los símbolos de la izquierda se pueden interpretar como relacionados con un cráter: Alphonsus, Tycho, Euclides, Newton, Tsiolkovsky, Bond, Herschel...

—¿Y qué me dices de los símbolos del lado derecho?

—Eso está enormemente claro. El círculo dividido en cuatro partes es el signo astronómico de la Tierra. Una flecha señalándole indica que la Tierra debe estar directamente encima.

—¡Ah! —exclamó Davenport—. El Sinus Medii... La Middle Bay, sobre la cual la Tierra está perpetuamente en cenit. Eso no es un cráter, y por eso está en el lado derecho, lejos de los demás símbolos.

—Está bien —dijo Ashley—. Las anotaciones tienen sentido o se puede hacer que lo tengan, de manera que por lo menos hay una buena oportunidad de que no sea un jeroglífico y que tales anotaciones tratan de indicarnos algo. Pero..., ¿qué? Hasta ahora tenemos siete cráteres y uno sin mencionar y, ¿qué significa esto? Es de suponer que el dispositivo se encuentre sólo en un cráter.

—Bien —dijo Davenport calmadamente—, un cráter puede ser un lugar enorme para efectuar una búsqueda de esa clase. Aun cuando supongamos que Jennings eligió la sombra para evitar la radiación solar..., aun así pueden existir docenas de millas para explorar en cada caso. Supongamos que la flecha que señala al símbolo de la Tierra define el cráter donde escondió el

dispositivo, el lugar desde donde el cual puede verse a la Tierra más próxima al cenit.

—En eso ya se ha pensado, muchacho. Elimina un lugar y nos deja con siete cráteres, los situados en la extremidad sur del ecuador lunar y los situados en la extremidad norte de los del sur. Pero... ¿cuál de los siete?

Davenport reflexionaba con el ceño fruncido. Hasta entonces nunca había pensado en nada que ya estuviera más que pensado.

—Investigarlos todos —replicó.

Ashley se echó a reír bruscamente, y respondió:

—En todas las semanas que han transcurrido desde que surgió esto ya lo hemos hecho con todo cuidado.

—¿Y qué han encontrado?

—Nada. No hemos encontrado nada de nada. Aunque todavía estamos buscando.

—Evidentemente uno de los signos no está interpretado correctamente.

—¿Evidentemente...?

—Tú mismo has dicho que había tres cráteres llamados Herschel. El símbolo SU significa la Unión Soviética, si es que significa esto y por lo tanto el otro lado de la Luna puede referirse a cualquier cráter situado en el otro lado: Lomonosov, Julio Verne, Joliot-Curie..., cualquiera de ellos. Y de igual manera el símbolo de la Tierra podría referirse al cráter Atlas, puesto que se le describe sosteniendo a la tierra en algunas versiones del mito. La flecha podría significar la Muralla Recta.

—Ahí no hay discusión, Davenport. Pero aun cuando interpretemos bien los símbolos, ¿cómo los reconoceremos entre todas las interpretaciones erróneas o entre las interpretaciones correctas, de los símbolos equivocados? Tiene que haber algo que salte hacia nosotros desde esta tarjeta y nos proporcione una información clara y terminante, algo que nos diga inmediatamente qué es lo que debemos hacer. Todos hemos fracasado y necesitamos quizá una mente fresca, Davenport. ¿Qué es lo que tú ves aquí?

—Te diré una cosa, te diré lo que podríamos hacer —respondió Davenport de mala gana—. Podríamos consultar a alguien que yo... ¡Oh, cielo santo...!

Y al lanzar esta última exclamación Davenport se levantó a medias de su

asiento.

Ashley hizo un esfuerzo terrible por dominar su repentina excitación y preguntó:

—¿Qué es lo que ves?

Davenport sintió cómo temblaban sus manos. Esperaba que no ocurriera lo mismo con sus labios. Respondió:

—Dime, ¿han investigado el pasado de Jennings?

—Desde luego que sí.

—¿A qué colegio fue?

—A la Universidad Oriental.

Davenport estuvo a punto de lanzar una exclamación de júbilo, pero se contuvo. Aquello aún no era suficiente.

—¿Estudió algún curso de extraterrología?

—Sí, desde luego. Eso es pura rutina para un geólogo.

—Entonces, bien, ¿no sabes quién enseña extraterrología en la Universidad Oriental?

Ashley hizo sonar dos dedos y respondió:

—Ese rechoncho de... ¿cómo se llama...? Wendell Urth.

—Exactamente, un rechoncho que es un hombre brillante en su terreno, y también un rechoncho que ha actuado como asesor del Bureau en varias ocasiones y con maravillosos resultados en cada una de ellas. Iba a sugerirte que le consultáramos esta vez y entonces me di cuenta de que esta tarjeta nos estaba diciendo que «debíamos» hacerlo así... Una flecha señalando el símbolo de la Tierra. Una indicación que no podría estar más clara: «Ir a Urth», escrita por un hombre que en otro momento fue un estudiante de Urth y le debe conocer bien^[2].

Ashley miró la tarjeta.

—¡Cielos! —exclamó—, es posible..., pero, ¿qué podría decirnos Urth sobre esta tarjeta que no podemos ver por nosotros mismos?

Davenport dijo, con paciencia, cortés:

—Sugiero que se lo preguntemos a él.

CAPÍTULO III

Ashley miró a su alrededor con curiosidad, parpadeando un poco al mirar en una y otra dirección. Tenía la impresión de hallarse en una tienda de antigüedades, oscura y de aspecto peligroso, de cuyo interior y en cualquier momento podría surgir repentinamente un demonio aullando lúgubrementemente.

La luz era pobre y muchas las sombras. Las paredes parecían hallarse muy lejos y terriblemente llenas de librofílm desde el suelo hasta el techo. En un rincón había una poderosa lente galáctica en tres dimensiones y tras ella algunas cartas de estrellas que se distinguían débilmente. En otro rincón había un mapa de la Luna, que bien podría haber sido el de Marte.

Solamente la mesa de despacho, que se hallaba en el centro de la estancia, se hallaba brillantemente iluminada por una lámpara de lectura. La mesa se hallaba enteramente cubierta de papeles y libros abiertos. En un extremo de la mesa se alzaba un proyector de películas, y en otro extremo sonaba con alegre tictac un reloj con esfera pasada de moda.

Ashley en aquellos momentos no pudo recordar que fuera de allí, eran las primeras horas de la tarde, y que el sol brillaba todavía en el cielo. Allí dentro parecía reinar la noche eterna. No había señales de ninguna ventana y la clara presencia del aire que circulaba no suprimía en él la molesta sensación de claustrofobia.

Sin darse cuenta se acercó más a Davenport, que no parecía dar importancia alguna a lo desagradable de la situación.

Davenport dijo en voz baja:

—Ya no tardará en venir.

—Todo esto... ¿siempre está así? —preguntó Ashley.

—Siempre. Que yo sepa jamás abandona este lugar, excepto para dar un

rápido paseo por el *campus* y atender a sus clases.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! —exclamó una voz de tenor—. Me alegra mucho verles. Son muy amables al venir aquí.

La redonda figura de un hombre surgió de otra estancia y desde la oscuridad pasó a la luz.

Les sonrió y ajustó mejor sus gafas para observarlos con más facilidad. Cuando sus dedos abandonaron la montura de las gafas, éstas volvieron a descender nuevamente, deteniéndose milagrosamente casi en el extremo de su pequeña nariz.

—Soy Wendell Urth —declaró.

La barba a lo Van Dyke, que lucía en su redondo mentón, no añadía dignidad alguna al sonriente rostro ni al rechoncho cuerpo que casi resultaba ridículo.

—Caballeros —repitió—, son muy amables al venir a visitarme...

Tomó asiento en una silla balanceando sus piernas en el aire. Su corta estatura hacía que las suelas de sus zapatos quedasen a una pulgada de distancia del pavimento. Luego, tras un breve silencio, añadió:

—El señor Davenport recuerda, quizá, que para mí es cuestión de importancia permanecer aquí. No me gusta viajar, excepto pasear, por supuesto, y paseo por el *campus*, cosa que para mí ya es suficiente.

Ashley se hallaba en pie y evidentemente confundido, y lo mismo parecía sucederle a Urth, ya que le miró dos o tres veces con expresión de muda interrogación. Urth extrajo un pañuelo del bolsillo y limpió los cristales de sus gafas, y luego, cuando las hizo cabalgar nuevamente sobre su nariz, dijo:

—¡Oh, me doy cuenta de la dificultad...! Necesitan sillas. Sí. Bien, tomen dos, por favor. Si hay cosas sobre ellas apártenlas. Siéntense, por favor.

Davenport apartó los libros que había sobre una silla y los colocó cuidadosamente en el suelo. Arrastró la silla hacia Ashley y luego tomó un cráneo humano que había sobre una segunda silla y lo depositó aún más cuidadosamente sobre la mesa de trabajo de Urth. La mandíbula, precariamente sujeta con alambres, pareció que se desencajaba un poco cuando trasladó el cráneo de un lugar a otro, y quedó sobre la mesa, en tal forma.

—No se preocupe —comentó Urth, amablemente—, no le dolerá. Y

ahora díganme qué es lo que les trae por aquí, caballeros.

Davenport esperó un momento a que hablase Ashley, y luego al ver que el jefe de la División no lo hacía, tomó la palabra:

—Doctor Urth, ¿recuerda usted a un estudiante suyo llamado Jennings? Karl Jennings...

La sonrisa que esbozaban los labios de Urth se esfumó momentáneamente bajo el esfuerzo del recuerdo. Parpadearon sus ojos saltones y finalmente respondió:

—No..., no por el momento.

—Licenciado en geología. Estudió extraterrología con usted hace años. Tengo aquí su fotografía por si puede ayudar...

Urth estudió la fotografía manejándola con sumo cuidado, pero aún seguía dudando.

Davenport añadió:

—Dejó un mensaje que es la clave para un asunto de la mayor importancia. Hasta ahora no hemos podido interpretarlo satisfactoriamente, pero, sospechamos casi con seguridad que indica el hecho de venir a verle a usted.

—¿De veras...? ¡Qué interesante! ¿Y con qué propósito han venido a verme?

—Con el objeto de que nos aconseje para descifrar el mensaje.

—¿Puedo verlo?

Silenciosamente, Ashley pasó la hoja de papel a Wendell Urth. El extraterrologo la examinó con indiferencia, dio la vuelta al papel y miró durante un par de segundos al dorso en blanco. Luego murmuró:

—¿Dónde dice que vengan a verme a mí?

Ashley pareció sorprenderse ante la pregunta, pero Davenport dijo rápidamente:

—La flecha que apunta hacia el símbolo de la Tierra. Parece claro.

—Aquí veo con toda claridad una flecha que señala hacia el símbolo del planeta Tierra. Supongo que puede significar literalmente «ir a la Tierra», si esto se hubiese hallado en otro mundo.

—Se encontró en la Luna, doctor Urth, y podría, creo yo, significar eso. Sin embargo, la referencia a usted me pareció clara cuando recordamos que

Jennings había estudiado con usted.

—¿Estudió un curso de extraterrología aquí en la Universidad?

—Así es.

—¿En qué año, señor Davenport?

—En el 18.

—¡Ah..., el jeroglífico ya está resuelto!

—¿Se refiere usted al significado del mensaje? —preguntó Davenport.

—No, no. El mensaje no tiene para mí ningún significado. Me refiero al jeroglífico de por qué yo no le recordaba, pero ahora sí le recuerdo perfectamente. Era un individuo muy calmoso, tímido, evidentemente no la clase de persona que siempre se recuerda con facilidad. Sin esto, sin esta tarjeta, quizá nunca le hubiera recordado.

—¿Por qué la tarjeta cambió así las cosas? —interrogó Davenport.

—Porque se refiere a mí con un juego de palabras. Con la pronunciación de la palabra «tierra». La cosa no es muy sutil, por supuesto, pero esto es típico de Jennings. Era muy aficionado al retruécano, al juego de palabras, y así mis únicos recuerdos de él están formados por esta afición suya. También a mí me gustan los juegos de palabras, pero Jennings... sí, le recuerdo muy bien..., a Jennings le encantaban, aunque como en este caso tenía poco talento para el retruécano.

Ashley interrumpió bruscamente:

—Este mensaje está formado enteramente por juegos de palabras, doctor Urth. Por lo menos así lo creemos, y eso parece ajustarse a lo que usted dice.

—¡Ah! —exclamó Urth, ajustándose las gafas y estudiando una vez más la tarjeta y los símbolos que contenía.

Al cabo de unos momentos frunció ambos labios y dijo alegremente:

—No saco nada en consecuencia.

—En tal caso... —murmuró Ashley, crispando ambos puños con impaciencia.

—Pero si ustedes me dicen algo más —añadió Urth—, entonces quizá esto llegue a significar algo.

Davenport dijo rápidamente:

—¿Puedo hacerlo, jefe? Estoy seguro de que se puede confiar en este hombre... y nos puede ayudar.

—Adelante —murmuró Ashley—. En estos momentos..., ¿a quién se podría perjudicar?

Davenport resumió la historia, relatándola mediante frases casi telegráficas, mientras que Urth escuchaba atentamente, moviendo sus gruesos dedos sobre la pulida superficie de la mesa como si estuviese limpiando unas invisibles cenizas de cigarrillo. Hacia el final del relato alzó ambas piernas y las cruzó quedando sentado como un simpático Buda.

Cuando Davenport terminó, Urth estuvo pensativo durante un momento y luego preguntó:

—¿Poseen ustedes una copia de la conversación reconstruida por Ferrant?

—Sí —respondió Davenport—, ¿le gustaría verla?

—Por favor.

Urth colocó la cinta de microfilm en un visor y la examinó rápidamente a la vez que se movían sus labios en algunos momentos. Luego golpeó con un dedo sobre la tarjeta del mensaje preguntando:

—¿Y dicen ustedes que esta es la clave de todo el asunto? ¿La clave principal?

—Eso suponemos, doctor Urth.

—Pero no es el original. Es una reproducción.

—Cierto.

—El original ha desaparecido con este Ferrant, y ustedes creen que está en manos de los ultras.

—Posiblemente.

Urth movió la cabeza de un lado a otro. Parecía preocupado. Luego declaró:

—Todo el mundo sabe que mis simpatías no están con los ultras. Lucharía en contra de ellos con todos los medios, de manera que no desearía parecer que doy marcha atrás en este caso, pero... ¿qué es lo que hay aquí que nos demuestre que tal dispositivo existe todavía? Ustedes no cuentan más que con las palabras pronunciadas por un hombre enfermo, y sus dudosas deducciones a causa de la reproducción de un misterioso conjunto de marcas que probablemente nada signifique.

—Sí, doctor Urth, pero tenemos que correr ese riesgo.

—¿En qué medida están ustedes seguros de que esta copia es segura? ¿Y

qué hay si el original tiene algo más que aquí falta, algo que aclara más el mensaje, algo sin lo cual este mensaje es indescifrable?

—Estamos seguros de que la copia es exacta.

—¿Y qué hay sobre el dorso? No hay nada en el dorso de esta reproducción. ¿Y en el dorso del original?

—El agente que hizo la reproducción nos dice que el dorso del original estaba en blanco también.

—Los hombres cometen errores.

—No tenemos razón alguna para creer que él se haya equivocado, y debemos trabajar bajo la suposición de que no ha cometido ningún error. Por lo menos hasta el momento en que el original vuelva a recuperarse.

—Entonces ustedes me aseguran —dijo Urth— que cualquier interpretación que se realice de este mensaje debe hacerse sobre la base de lo que exactamente uno ve aquí.

—Eso creemos. Estamos virtualmente seguros —respondió Davenport con enorme confianza.

Urth parecía continuar preocupado. Luego dijo:

—¿Por qué no dejar el instrumento donde está? Si ningún grupo lo encuentra, mejor. Desapruebo totalmente el andar jugando con las mentes, y eso no contribuirá en nada a hacerlo posible.

Davenport colocó una mano pacificadora sobre un antebrazo de Ashley al intuir que este último estaba a punto de decir algo. Luego dijo:

—Permítame decirle, doctor Urth, que no solamente se trata del aspecto «jugar con las mentes» como usted dice, que pueda tener ese dispositivo. Supongamos que una expedición de la Tierra emprendida a un planeta primitivo dejó caer allí una radio antigua, y supongamos que los nativos hayan descubierto la corriente eléctrica, pero no todavía el tubo de vacío.

»Los nativos podrían descubrir entonces que si el aparato de radio entraba en contacto con una corriente, los objetos que había en su interior se calentaban y brillarían, pero, por supuesto, no recibirían ningún sonido inteligible, simplemente muchos crujidos y demás interferencias. Sin embargo, si dejaban caer el aparato de radio en una bañera estando el aparato enchufado, cualquier persona que estuviese bañándose quedaría inmediatamente electrocutada. Por lo tanto, dígame, ¿acaso los nativos de

este hipotético planeta debían deducir que el aparato que tenían en estudio estaba solamente diseñado con el propósito de matar gente?

—Veo la analogía —respondió el doctor Urth—. ¿Cree usted que esa propiedad de influir sobre la mente de las gentes sólo es una función accidental del dispositivo?

—Estoy seguro de ello —dijo Davenport, calurosamente—. Si podemos descubrir su verdadero propósito, la tecnología de la Tierra puede dar un salto hacia delante de muchos siglos.

—Entonces está usted de acuerdo con Jennings cuando dijo...

Urth consultó de nuevo el microfilm y añadió:

—... que podría ser la clave... ¿Quién sabe eso? Podría ser la clave de una inimaginable revolución científica.

—¡Exactamente!

—Pero aun así permanece el juego con la mente humana y es altamente peligroso. Fuese cual fuere el propósito de aquel aparato de radio, lo cierto es que «electrocutaba».

—Razón por la que no podemos consentir que ese dispositivo caiga en manos de los ultras.

—¿Ni tampoco en las del Gobierno?

—Pero debo señalar que hay un límite razonable a la precaución. Consideremos que los hombres siempre han mantenido el peligro en sus manos. La primera hacha de pedernal en la Edad de Piedra, la primera estaca de madera, aún antes del hacha, podían matar. Podían emplearse para doblegar la voluntad de los más débiles ante los más fuertes, y también eso era una forma de jugar con la mente. Lo que cuenta, doctor Urth, no es el dispositivo en sí, por muy peligroso que pueda ser en un sentido abstracto, sino más bien las intenciones de los hombres que lo usen. Los ultras tienen la declarada intención de matar a más del 99,9 por ciento de la humanidad. El Gobierno, con todas sus faltas, no tendría tales intenciones.

—¿Qué trataría de hacer el Gobierno?

—Estudiar científicamente ese dispositivo. Incluso ese aspecto que usted menciona de influenciar mentalmente podría redundar en grandes beneficios. Usando ese dispositivo bien podría educarnos en lo concerniente a la base física de la función mental. Podríamos aprender a corregir los desórdenes

mentales o curar a los ultras. La humanidad podría desarrollar una mayor inteligencia en general.

—¿Cómo puedo creer que se llevaría a la práctica semejante idealismo?

—Yo lo creo. Considere que se enfrenta usted a un posible giro hacia el mal del Gobierno si usted nos ayuda, pero arriesga el cierto y declarado mal propósito de los ultras si no lo hace.

Urth asintió con un movimiento de cabeza, pensativamente.

—Quizá tenga usted razón. Y aun así tengo que pedirle un favor. Tengo una sobrina que sospecho me quiere demasiado. Está constantemente molesta por el hecho de que tenazmente me niego a emprender la locura de hacer un viaje. Ella asegura que no descansará con tranquilidad hasta el día en que yo la acompañe a Europa, a Carolina del Norte, o a algún otro lejano lugar...

Ashley se inclinó hacia delante, impaciente, sin hacer el menor caso del gesto que le hacía Davenport para que se contuviese.

—Doctor Urth —dijo—, si usted nos ayuda a encontrar el dispositivo y si se logra que funcione, entonces le aseguro que para nosotros será una satisfacción liberarle de su fobia contra los viajes y haremos posible que acompañe usted a su sobrina, gustosamente, a cualquier parte del mundo que usted guste.

Los saltones ojos de Urth se abrieron desmesuradamente y durante un par de segundos pareció sufrir una fuerte conmoción. Pareció que acababa de caer en una trampa peligrosa.

—¡No! —gritó—. ¡Nada de eso! ¡Nunca!

Hubo un momento de silencio y luego, ya calmado, el doctor Urth murmuró en tono normal:

—Permítanme que les explique cuáles son mis honorarios. Si les ayudo, si ustedes recuperan el dispositivo y aprenden a usarlo, si el hecho de mi ayuda se hace público, entonces mi sobrina caerá sobre el Gobierno hecha una furia. Es terriblemente terca y es a la vez una mujer de voz chillona que sería capaz de organizar suscripciones públicas y manifestaciones. No se detendrá ante nada. Ustedes no deben ceder ante ella. ¡No deben hacerlo! Tienen que resistir todas las presiones. Deseo estar solo, exactamente igual que ahora. Esos son mis únicos honorarios, mis únicos y absolutos honorarios.

Ashley se sonrojó.

—Sí, por supuesto, si ése es su deseo.

—¿Tengo su palabra?

—Tiene usted mi palabra.

—Por favor, recuerde..., confío en usted también, señor Davenport.

—Será como usted desea —replicó con tono calmado Davenport—. Y ahora, creo, ¿puede usted interpretar esas anotaciones?

—¿Las anotaciones? —interrogó Urth, pareciendo centrar su atención con dificultad en la tarjeta—. ¿Se refiere usted a estas marcas, XY^2 y demás?

—Sí, ¿qué quiere usted decir?

—No lo sé. Creo que la interpretación de ustedes es tan buena como otra cualquiera.

Ashley explotó:

—¿Quiere usted decir que toda esta charla sobre su ayuda es inútil? Entonces, ¿a qué viene esa tontería de sus honorarios y demás?

Wendell Urth parecía confuso y hasta sorprendido. Murmuró:

—Me gustaría ayudarles.

—Pero usted no sabe lo que significa esto, lo que significan los signos de este mensaje.

—Yo..., no. Pero sí sé lo que significa el mensaje.

—¿De verdad? —exclamó Davenport.

—Desde luego que sí. Su significado es transparente. Ya lo sospeché a través de su relato. Y estuve seguro de ello en cuanto leí la reconstrucción de las conversaciones sostenidas entre Strauss y Jennings. Ustedes mismos se habrían dado cuenta, caballeros, de haberse detenido a pensar.

—Veamos —dijo Ashley completamente desesperado—. Acaba usted de decir que no entendía lo que significaban las partidas, las notas.

—Y es cierto. Pero sé lo que significa el «mensaje».

—¿Y cuál es el mensaje sin esas notas? ¿Acaso se trata sólo del papel, por amor de Dios?

—Sí, en cierta forma.

—Se referirá usted, sin duda, a tinta invisible o algo por el estilo.

—¡No! ¿Por qué es tan difícil que ustedes lo entiendan cuando casi lo tienen a la mano?

Davenport se inclinó hacia Ashley y dijo en voz baja:

—Jefe, ¿me permite manejar esto a mí, por favor?

Ashley gruñó y luego respondió con tono rígido:

—Adelante.

—Doctor Urth —dijo Davenport, dirigiéndose de nuevo al profesor—, ¿quiere usted darnos su análisis?

—¡Ah! Bien..., está bien.

El pequeño extraterrestre se recostó cómodamente en su silla y se enjugó el sudor de la frente con el borde de una manga. Luego continuó diciendo:

—Consideremos el mensaje. Si ustedes aceptan el círculo dividido en cuatro y la flecha como señal de dirigirse a mí, eso deja a un lado siete partidas. Si éstas se refieren como parece ser a siete cráteres, seis de ellos deben también sin duda alguna figurar ahí simplemente para despistar, puesto que el dispositivo no puede hallarse en más de un sólo lugar. No estaba formado por partes desmontables..., sólo formaba una pieza.

»Entonces, y también, ninguna de las partidas son directamente indicadoras. De acuerdo con su interpretación, SU podría significar cualquier lado situado en la otra cara de la Luna, que es una zona de aproximadamente el tamaño de América del Sur. También PC/2 puede significar Tycho, como dice el señor Ashley, o puede significar “distancia media entre Ptolomeo y Copérnico”, como pensó el señor Davenport, y si así opinamos también podríamos sugerir que significaría “media distancia entre Platón y Cassini”. Seguro que XY^2 podría significar Alphonsus..., muy ingeniosa interpretación, pero también podría referirse a algún sistema de coordenadas en el que la coordenada Y fuera el cuadrado de la coordenada X. De igual forma C-C significaría “Bond” o “distancia media entre Cassini y Copérnico”. F/A podría ser “Newton” o significar “entre Fabricius y Arquímedes”.

»En resumen, las partidas o anotaciones tienen tantos significados que llegan a no tener ninguno. Aun cuando una nota de estas lo tuviera, no se podría seleccionar entre las otras de manera que resulta sensato suponer que todas estas anotaciones son simplemente “floreros”.

»Entonces, se hace necesario determinar qué es lo que hay en el mensaje que no sea completamente ambiguo, lo que está perfectamente claro. La

respuesta a esto sólo puede ser que “es” un mensaje; que es la pista que llevará a un escondite. Esa es la única cosa sobre la que estamos seguros, ¿no es así?

Davenport asintió con un movimiento de cabeza y luego dijo, con sumo cuidado:

—Por lo menos creemos estar seguros de ello.

—Bien. Han mencionado ustedes este mensaje como si fuera la clave de todo el asunto. Han actuado ustedes como si fuese la pista principal. Jennings se refirió al dispositivo como clave o pista. Si combinamos este serio punto de vista sobre el asunto, con la afición de Jennings a los juegos de palabras, una afición o tendencia que quizá se acrecentó con el dispositivo que llevaba encima..., un momento, permítanme que les cuente una historia...

»En la segunda mitad del siglo XVI, vivía en Roma un jesuita alemán. Era matemático y astrónomo de fama y ayudó al papa Gregorio XIII a reformar el calendario en el año 1582, ejecutando todos los enormes cálculos que eran necesarios. Este astrónomo admiraba mucho a Copérnico, pero no aceptaba el punto de vista heliocéntrico del Sistema Solar. Se adhería al viejo punto de vista en el que la Tierra era el centro del universo.

»En el año 1650, casi cuarenta años después de la muerte de este matemático, otro jesuita trazó el mapa de la Luna, el astrónomo italiano Giovanni Battista Riccioli. Bautizó a los cráteres con los nombres de astrónomos del pasado, y como él tampoco estaba de acuerdo con Copérnico, seleccionó los cráteres más grandes y espectaculares para darles los nombres de los que opinaban que la Tierra era el centro del universo: Ptolomeo, Hipparchus, Alfonso X, Tycho Brahe. El cráter más grande que pudo encontrar Riccioli lo reservó para su predecesor, el jesuita alemán.

»Este cráter es en realidad el segundo en tamaño de los que se divisan desde la Tierra. El más grande es Bailly, que está a la derecha del limbo de la Luna y es, por lo tanto, muy difícil verle desde la Tierra. Riccioli lo ignoraba, y así recibió el nombre de un astrónomo que vivió un siglo más tarde y que fue guillotinado durante la Revolución francesa.

Ashley escuchaba todo con gran impaciencia. Finalmente preguntó:

—¿Qué tiene que ver todo eso con el mensaje?

—¡Vaya...!, pues todo, amigo mío —respondió Urth con tono de

sorpresa—. ¿No calificó usted a este mensaje en clave de todo el asunto? ¿No es la pista principal?

—Sí, desde luego.

—¿Hay alguna duda en que estamos relacionándonos con algo que es una clave o pista que nos llevará a otra cosa?

—No, no la hay —dijo Ashley.

—Bien. Entonces... el nombre del jesuita alemán que he mencionado es Christoph Klau..., pronunciado «clou». ¿No ven el juego de palabras? ¿Klau... clue?^[3]

Todo el cuerpo de Ashley pareció estar a punto de derrumbarse de decepción. Murmuró.

—Eso..., eso me parece muy remoto.

Davenport dijo ansiosamente:

—Doctor Urth. Que yo sepa no hay ningún lugar en la Luna que se llame Klau.

—Desde luego que no —respondió Urth, excitadamente—. Esa es la cuestión. En este período de la historia, en la segunda parte del siglo XVI, los eruditos europeos latinizaban sus nombres. Klau también lo hizo así. En lugar de la «u» alemana empleó la letra equivalente en latín, la «v». Entonces añadió «ius», típico final de los nombres latinos, y así Christoph Klau se convirtió en Christopher Clavius, y supongo que ustedes habrán oído hablar del cráter gigante que todos llamamos Clavius.

—Pero... —comenzó Davenport.

—Por favor nada de «peros» —interrumpió Urth—. Permítame señalarle que la palabra latina «clavis» significa «clave». Ahora, ¿se dan cuenta del doble y bilingüe juego de palabras? Klau, clue, Clavius, clavis, clave. En toda su vida Jennings no podría haber construido un juego de palabras como éste sin la ayuda del dispositivo. Entonces sí pudo hacerlo y hasta me pregunto si la muerte no llegó a ser triunfante bajo tales condiciones. Y les dirigió a ustedes a mí porque sabía que yo recordaría su afición a los juegos de palabras y porque él sabía que a mí también me gustaban.

Los dos hombres del Bureau se miraron mutuamente con los ojos muy abiertos.

Urth dijo solemnemente:

—Le sugeriría buscar en el borde en sombras de Clavius, en el punto donde la Tierra está más cerca del cenit.

Ashley se puso en pie. Preguntó:

—¿Dónde está su videófono?

—En la estancia contigua.

Ashley corrió hacia allá. Davenport quedó atrás.

—¿Está usted seguro, doctor Urth?

—Completamente seguro. Pero aunque esté equivocado, sospecho que no importa.

—¿Qué es lo que no importa?

—Que encuentren ustedes el dispositivo o no. Porque si los ultras lo encuentran, probablemente no serán capaces de usarlo.

—¿Por qué dice usted eso?

—Me preguntó usted si Jennings había sido estudiante mío, pero no me preguntó si lo había sido Strauss, que también era geólogo. También estudió conmigo un año o algo así después de Jennings. Le recuerdo muy bien.

—¡Oh...!

—Un hombre desagradable. Muy frío. Esa es la marca típica de los ultras, creo. Todos son muy fríos, muy rígidos, muy seguros de sí mismos. No pueden ser de otra forma. De lo contrario no hablarían de matar a miles de millones de seres.

—Creo que lo entiendo.

—Eso supongo. La conversación reconstruida de los delirios de Strauss nos demostró que él no podía manipular el dispositivo. Carecía de la intensidad emocional para poder hacerlo. Imagino que todos los demás ultras se encuentran en la misma situación. Jennings, que no era ultra, pudo manejarlo. Cualquiera que pudiese manejarlo, creo que sería incapaz de una deliberada crueldad, a sangre fría. Podría quizá sembrar el pánico como lo hizo Jennings con Strauss, pero nunca de una manera calculadora y fría, como Strauss trató de hacerlo con Jennings... En resumen, creo que el dispositivo puede manipularse mediante el amor, pero nunca mediante el odio, y los ultras no son más que seres que odian fríamente.

Davenport asintió con un movimiento de cabeza. Luego dijo:

—Espero que tenga usted razón. Pero entonces..., ¿por qué sospechaba

usted sobre los motivos del Gobierno si suponía que tal tipo de hombres no podían manipular el dispositivo?

Urth se encogió de hombros y respondió:

—Quería estar seguro de que usted podría baladronar y razonar, a la vez que podría lograr convencer y persuadir cuando llegara el momento de hacerlo. Después de todo, puede que tenga usted que enfrentarse con mi sobrina.

F I N

ONDA CEREBRAL

S. y J. Palmer

La puerta estaba cerrada, las persianas también herméticamente cerradas, pero algo o alguien trataba de penetrar en su habitación.

Gary Jones estaba medio dormido en aquellos momentos situándose en esa zona tan oscura que hay entre el dormir y el soñar, entre la euforia y la resaca. Sus defensas estaban bajas, como se asegura están en todos nosotros durante esa maravillosa hora que precede al amanecer.

Su primera impresión fue la de un foco de linterna que se reflejaba en el techo del cuarto, manejada quizá por algún bromista, o quizá se trataba simplemente del reflejo de los faros de un automóvil desde el exterior.

Pero allí estaba... una pequeña luz un tanto errática, una luz que se hallaba donde, razonablemente, no debía estar. Y lo que resultaba más extraño: la veía exactamente igual con los ojos cerrados como con los ojos abiertos. La aparición era débilmente prismática y como en suave ténicolor. Por otra parte también resultaba atractiva... en la misma medida que podría serlo un señuelo que se arrastrase sobre la superficie de un río para el pez que nadase más abajo.

Gary no pudo resistir la tentación de incorporarse y extender una mano para intentar tocar aquella cosa. Pero si en realidad era una luz, parecía no iluminar nada, ni siquiera sus dedos.

En aquel instante se acercaba más en sus erráticos giros, casi como si fuera algo que «sintiera» y anduviera tanteando un lugar donde posarse.

—Bien. ¡Ven o sal de aquí! —exclamó Gary.

Estaba cansado. El día anterior había dedicado casi catorce horas a los libros de texto, y antes de acostarse había tomado dos tabletas de Seconal con un reconfortante trago de whisky. Todo esto había caído sobre un estómago vacío porque estaba acercándose el final de mes, y porque él y Liz habían

sostenido otra de sus estériles disputas de enamorados y había resultado costoso hacer las paces. Como ocurría con todas las demás cosas que se relacionaban con aquel tipo *hippy* de mujer, a veces fascinante, a veces imprevisible.

Pero Gary en aquellos momentos deseaba ardientemente que Liz estuviese a su lado, en lugar de aquella cosa que brillaba, y que en aquel preciso instante parecía haber cambiado de táctica y parecía tantear sobre su cráneo con suaves, pero persistentes dedos. Gary tenía la sensación de que sonaba algo..., no palabras, pero sí algo muy cerca de serlo.

«¿Hay alguien ahí?», fue lo que pudo «escuchar» muy débilmente.

Gary se dijo a sí mismo que debía recordar definitivamente su sueño. Si fuese un sueño. Pero era un joven que siempre se enorgullecía de seguir adelante con una broma.

«¡No hay nadie aquí en el gallinero a no ser nosotras las gallinas, patrón!», respondió.

La respuesta llegó entonces fuerte y clara:

«¿Quién eres tú? Por favor, responde si estás ahí. Es importante.»

En alguna parte había oído Gary que si se servía en las fuerzas armadas y el enemigo le capturaba a uno solamente había que dar el nombre, jerarquía, y número de serie. Y así, repentinamente se escuchó decir:

«Gary Jones está aquí. Graduado UCLA. Número de la Seguridad Social 567-45-3.032.»

Hubo una explosión silenciosa, o más bien el estruendo de imaginarias trompetas, o quizá el ruido de cuerdas de algún poderoso Wurlitzer. El brillante foco de luz encajó en la mente de Gary como una llave en la cerradura, o quizá como un anzuelo montado por un invisible pescador. En aquel momento se encontraba metido en un programa que particularmente no deseaba recibir. Hubo algunos conceptos aritméticos simples, y luego llegaron las ecuaciones superiores, y después algo de lo que él imaginaba más difícil. Gary jamás se había sentido tan fuerte en matemáticas.

«¿Nos estás recibiendo bien?», fue el sentido del mensaje.

«Escucha, si quieres charlar con Einstein te has equivocado de número. Einstein ya ha muerto y yo soy solamente un pobre inglés con dos asignaturas atrasadas. Así que dejarme dormir un poco, ¿eh?»

El mensaje, entonces, pareció llegar con más claridad y con más fuerza:

«Hermano Garyjones no te alarmes. Somos (¿soy?) inmensamente felices al establecer el primer contacto con una mente de tu mundo. Alabado sea Dios (Alá, Buda, Osiris, Shiva, ¿alguien más?) por este importante acontecimiento. Todas las mejores mentes de nuestro planeta (¿Mundo, Tierra?), están comprometidas en este esfuerzo, amplificándose unas a otras y ayudando a proteger el pensamiento.»

«¿Quién eres tú?», musitó Gary sin creer aún lo que estaba sintiendo.

«Somos (¿soy?) felices al hablar en nombre de nuestro pueblo, (¿ciudadanos? ¿nativos?) de nuestro mundo, el segundo planeta de nuestra estrella. ¿Querrás, por tu propia voluntad, tratar de mantener comunicación mental con nosotros, por favor?»

«¿Por qué no? Pero lo único que ocurre es que no os veo.»

«Por favor, comprende que nosotros sólo podemos enviar pensamientos. Debes traducirlos a tu idioma empleando tu propio vocabulario. Quizá este contacto pueda ser de gran valor para ambos pueblos, ya que aprenderemos a pensar juntos. Puede parecer a ti muy nuevo y muy extraño, pero por favor ten paciencia.»

Gary aún se hallaba muy lejos de estar convencido.

«Podría levantarme, tomar una aspirina y tú te largarías de ahí», pensó Gary que se sentía un poco en ridículo, como si fuera un adulto pillado en pleno juego de niños, como el del escondite.

¿O acaso era viceversa?

Luego añadió:

«Pero probaré una vez..., me siento demasiado débil para resistir. ¡Sí! Soy Gary Jones, de la Tierra, diciendo que te escucho con claridad. Saluda a todos tus paisanos y pregunta a los muchachos del cuarto de atrás qué es lo que quieren.»

«Mensaje poco claro. Tus imágenes y modismos no se parecen a los nuestros. Pero de todas maneras benditos sean. Nosotros (¿yo?) tratamos de ser amistosos. No parece que tu mente esté cerrada. Por favor acepta nuestro amor (¿amistad, hermandad?) ¿Está bien?»

«Otra vez diré: ¿por qué no? Quiero decir “sí”, si esto es realmente auténtico y no se trata de una broma de los muchachos del departamento de

física o psicología.»

«No seas aprensivo. Esto es auténtico. Venimos como amigos.»

Gary reflexionó. Su aparato de radio estaba apagado. Lo mismo ocurría con su televisor. No acababa de averiguar en qué forma alguien podría estar tomándole el pelo o gastándole una broma de aquel calibre. Aun así tampoco podía apartar de su mente todos los relatos que había leído acerca de los invasores del espacio exterior.

«¿Qué quiere decir eso de que venís?» —preguntó—. «¿En una flota de naves espaciales quizá? ¿Acaso vuestro planeta está muriendo por falta de agua y oxígeno y os gustaría apoderaros del nuestro?»

«Negativo. Inimaginable. No estamos familiarizados con el concepto de naves espaciales, puesto que viajamos por el pensamiento. Nuestro planeta tiene abundancia de oxígeno y casi demasiada agua. Nuestras razones para realizar este gran esfuerzo en la comunicación son, simplemente, que esperamos intercambiar ideas y filosofías.»

Aquello sonaba a cosa grande. Se le ocurrió a Gary pensar que había una gran diferencia entre el pensamiento y el lenguaje y que estaba tratando de traducir al inglés conceptos extraños, con una alta probabilidad de error. Pero, ¿y si todo aquello fuera en verdad auténtico? Suspiró hondo y dijo:

«Amigos, me temo que os habéis puesto en marcha y equivocado de individuo. ¿No hay alguna manera por la que yo pueda transferir esto a uno de nuestros grandes cerebros, quien podría tratar de hacerlo mejor?»

«No. Una vez que se ha establecido el contacto ya no puede cambiarse. Tú eres nuestro (¿mi?) Hombre en el Planeta.»

«Nosotros le llamamos Tierra. Creo que éste es el tercer planeta de nuestro sol. Pero si vosotros sois realmente tipos de Marte o de algún otro lugar, entonces quizá desearéis comerciar o vender algo..., como vuestra máquina del tiempo o la cura para el resfriado común o vuestro dispositivo antigravitatorio a cambio de nuestros secretos nucleares, propulsión iónica o algo así. Y, la verdad, yo no soy competente...»

«Muy oscuro. Difícil de mantener este canal que funciona mediante el enlace de casi todas las inteligencias no ocupadas de nuestro mundo. Esperamos tener mejor contacto la próxima vez, ahora que ya podemos dirigirnos directamente a ti. Hermano Garyjones, ¿estarás mañana en idéntico

lugar y a la misma hora?»

«Está bien, creo que sí. Pero, ¿dónde diablos..., quiero decir, dónde estáis vosotros?»

«Estamos aquí. Es muy difícil de explicar el concepto de los mapas estelares. Nosotros (¿el pueblo?) ocupamos el segundo planeta de la estrella binaria, probablemente el más próximo a vosotros, hablando galácticamente. Somos un planeta verde y pequeño, solamente con dos lunas, si esto te puede ayudar en algo.»

«No mucho. Nuestros telescopios no alcanzan a planetas que estén situados fuera de nuestro propio sistema, como supongo lo harán los vuestros.»

«Los nuestros son mucho más limitados aún. No somos una civilización técnica. Pero sentimos que no estáis lejos.»

«¡Bien, hola vecinos!»

Gary recordaba que la estrella más próxima a nuestro sol se suponía era Alfa del Centauro. Los habitantes de sus planetas, si había alguno, seguramente le llamarían de otra manera.

«Está bien —añadió—. Así que nos figuraremos que llamáis desde Centauro. ¿Os llamaré centaurianos?»

Hubo una pausa.

«Es poco importante como nos llames, hermano Garyjones. Excepto que el nombre centauriano parece arrancado de una de vuestras versiones cómicas. Nosotros somos serios, y como nuestras anteriores sondas cerebrales, a través del espacio han demostrado que en cualquier planeta donde hay vida inteligente, los nativos siempre se llaman así mismos pueblo, y a su planeta Tierra, o Mundo, sugerimos que para el propósito de este cambio trates de pensar en nosotros como “otro pueblo”, y que nuestro planeta sea “otro mundo”.»

«Muy claro y muy bien entendido —dijo Gary Jones, sin acabar de creer mucho en todo aquello—. Espero tener noticias vuestras mañana por la noche. ¡Un minuto!»

Se le acababa de ocurrir que quizá el planeta de aquella gente, con toda seguridad tendría un período de rotación diferente del de la Tierra, y que la palabra «mañana» podría significar muchas cosas. Así añadió:

«Decidme, otro pueblo, ¿es vuestro tiempo igual que el nuestro?»

«¡Ah, lo sentimos!», fue la respuesta.

Hubo una larga pausa durante la cual Gary tuvo tiempo para darse cuenta de que quizá aquellos tipos extraños, después de todo, no fueran tan omniscientes. Luego llegó el pensamiento desde muy lejos:

«Evidentemente necesitamos una medida (regla, cuadro de referencia, común denominador). ¿Alguna sugerencia?»

Gary estaba en aquel momento totalmente despierto, o al menos creía que lo estaba. Y se daba cuenta de que los pueblos diferentes también debían tener tiempos diferentes. Pero debía haber una constante. ¿Cuál sería? Quizá la velocidad de la luz. Aquella medida sería igual para todo el universo. Se levantó de la cama y consultó el diccionario. Luego dijo:

«La velocidad de la luz es de 300.000 kilómetros por segundo. Al nivel del mar un huevo tarda tres minutos en cocer.»

Luego continuó detallando un poco más, lo que eran los segundos y los minutos, las horas y los días, esperando que sus ideas tuviesen algún sentido.

«Gracias, hermano Garyjones. Nosotros (¿yo?) probablemente lo conoceremos por eso. Nuestras mejores mentes tratarán de solucionar el problema. Hasta mañana.»

«Entonces muy bien, viejo. ¡Ahora me dormiré y te encontraré mañana en el mismo sitio! ¿De acuerdo?»

«Corrección. No soy viejo.»

«¡Oh, no! —pensó Gary Jones—, supongo que no van a convertirse en grandes insectos o a hablar como pulpos.»

«Poco claro. Piensa en nosotros como “pueblo” y en mí como La-Que-Piensa-Cosas-Por-Muchos, ¿te parece? Y para ti seré, querido hermano Garyjones, Aloha.»

La cosa había terminado. Aquellos suaves dedos se retiraron de su mente y la luz desapareció.

«Aloha, ¿todavía estás ahí?»

Luego recordó, de cuando había hecho el viaje con sus condiscípulos de segunda enseñanza a Hawai, lo que significaba Aloha. Pero, repentinamente, se sintió mucho más soñoliento de lo que se había sentido en todos sus veintidós años. Su rostro apenas tuvo tiempo de tocar la almohada antes de

que ya roncara sonoramente.

Despertó al mediodía, bajo el brillante sol californiano, sintiéndose descansado a pesar de aquel sueño. Había perdido una clase a las nueve de la mañana, ¿pero qué diablos importaba aquello? Tenía la sensación de que nadie, nadie en absoluto, había tenido jamás un sueño como aquél.

Luego se fijó en que su diccionario *Webster* estaba abierto sobre la mesilla de noche, por la letra «L». A media columna se encontraba la palabra «luz»..., lo que hace posible ver en la oscuridad, esta energía se transmite a una velocidad de aproximadamente 300.000 kilómetros por segundo.

Aquel detalle le hizo pensar. De todas maneras, ¿qué clase de sueño había sido aquél?

Por supuesto, tenía que cometer la gran equivocación de contarle a alguien el asunto. A una muchacha naturalmente. Aquel mismo día se encontraban él y Liz sentados sobre el desnudo suelo del departamento que la muchacha compartía con otras dos chicas. La gran pelirroja, se hallaba arreglada, como siempre, en forma perfectamente funcional, y como siempre también, tenía respuesta para todo.

—Y dime, encanto, ¿qué sentido tiene eso de perder la sangre fría porque has tenido una pesadilla y te has dado un corto paseo como un sonámbulo?

—Puede que tengas razón —admitió Gary—. Pero más pronto o más tarde, ¿no será casi inevitable que ocurra una comunicación entre planetas...? ¡No podemos ser los únicos seres del universo!

—¡Tonterías!

—Pero Liz, ¡fue todo muy real! Y sabes endiabladamente bien que todo el mundo olvida el sueño que ha tenido al cabo de unos minutos de haber despertado. ¡Yo puedo recordarlo palabra por palabra!

—Eso es muy típico en ti. Pero apuesto a que no estudiaste nada de nada. Hiciste un viaje psicodélico.

—Sabes bien que no hay nada de eso. No me gusta el LSD ni las demás drogas.

—Bien. Te sugiero, querido Gary, que trates de amar y no de soñar. Te sientes realmente muy conmovido por esa visión, ¿verdad? Déjame que sea

yo el antídoto. ¿Qué te parece si violo las normas de la casa y mañana por la noche me acerco de puntillas hasta tu cama y allí te protejo entre mis brazos durante la media noche y las primeras horas antes del amanecer?

—Es la mejor oferta que me han hecho hoy. Pero me temo...

—Sé que tienes miedo. Pero Liz se encargará de alejar a los fantasmas.

La muchacha se echó a reír sugestivamente al mismo tiempo que movía sus pequeños senos.

—Pero... como te iba a decir antes, no sé si temo que esa manifestación suceda o no de nuevo...

Gary tragó saliva y añadió:

—Prometí estar allí a la misma hora.

—Seguro..., y la promesa de Gary Jones es como dinero en el Banco. Dinero confederado. ¡Déjate de tonterías, amiguito! Seguro que habrás prometido estar allí a la misma hora. Pero dime, ¿quién está obligado a ser fiel a una promesa hecha a un fantasma cerebral?

Liz en aquel momento jugueteaba con el pie izquierdo de Gary acariciando su empeine con los dedos.

—¡Escúchame un minuto! Si por una casualidad entre un millón, he sido elegido, aun al azar, como el primer ser humano para recibir mensajes inteligentes de otro mundo, entonces... la cosa es tan grande que me da miedo. Debo hablar por teléfono con la Casa Blanca, o con las Naciones Unidas, o al menos con la Prensa.

Liz le dirigió una larga y fría mirada.

—Encanto, no sabes lo que dices. Sufres alucinaciones, ¿verdad? Si cuentas esta historia a alguien más muy pronto te verás usando una camisa de fuerza.

La muchacha le rodeó con sus brazos y le besó en la boca con fuerza, pero aun así el gesto no pareció ejercer mucho efecto.

—Lo siento —dijo Gary cuando se liberó del abrazo de la muchacha—. Pero..., ¿te parece bien que te telefonee más tarde, esta misma noche...? Acabo..., acabo de recordar que tengo que ver a alguien.

Liz permaneció de pie en la puerta, inmóvil, al mismo tiempo que él escapaba. Luego gritó:

—¡No te des prisa por regresar! ¡Está bien, déjame por las doncellas

verdes de Marte! No me importa en absoluto.

La muchacha se sentía herida. Incluso los *hippy* como Liz se sentían heridos algunas veces. Las relaciones de Gary con ella habían sido ocasionalmente tiernas, ocasionalmente fogosas, pero siempre imprevisibles. Pero aquella era la única vez que en realidad debía haberle escuchado. Y no lo había hecho.

Para Gary era terriblemente importante que alguien le prestara atención. No en la forma que podría hacerlo el *barman* del cercano *saloon*, sino alguien que le escuchara con suma atención e interés. Había buscado una excusa para huir de Liz y de sus brazos que tanto le atraían, pero ahora se daba cuenta de que tenía que ver a alguien.

Alguien quizá como Barney Feist, aquel tipo duro e inteligente. Barney estaba a punto de terminar su carrera de filosofía y era un tipo sensato que no filosofaba constantemente, pero que avanzaba siempre con la tenacidad de un buey. Vivía solo y solía estar en casa en aquella hora.

—¡Entra! —fue la bienvenida que le dio Barney en la puerta—. ¿Comida, bebida, o ajedrez?

Siempre daba la impresión de que le agradaba que le interrumpieran, o quizá le agradaba de verdad.

—Es ayuda lo que necesito —admitió Gary al dejarse caer en su silla preferida—. Tengo una preocupación gorda.

—¿Te preocupa algo del curso?

—¡Diablos..., no! Ya pasé bien todo cuanto tenía atrasado.

—¡Oh, seguro..., ya lo sé, la pierna!

Gary había tenido un ataque de polio en su infancia durante una época anterior a Salk. Caminaba cojeando un poco, excepto cuando estaba cansado, pero había sido suficiente para librarse del gimnasio y de ir al Vietnam.

Barney preguntó nuevamente:

—¿Tienes embarazada a tu chica?

—No, Barney. Pero ayer noche tuve un sueño endiablado..., si es que fue un sueño. Y tengo otra cita igual para mañana por la mañana, aunque te parezca extraño.

—Tuve un sueño que no fue en absoluto un sueño..., o lo que haya sido. Bien, viejo amigo, no estoy muy fuerte en el terreno freudiano, pero los

sueños siempre indican algo, aunque sólo sea una mala digestión. Pero me aventuraré a recetarte algo por adelantado.

Y acto seguido Barney sirvió dos vasos con unos dedos de whisky.

Gary contó su historia... y allí, al menos, fue recibida sin la menor interrupción.

—Y si no hubiese visto luego el diccionario abierto sobre mi mesa de noche, hubiese podido calificar esto como una alucinación. ¡Pero a nadie se le ocurre consultar un diccionario en pleno sueño!

Barney contempló su vaso como si fuera una bola de cristal y respondió:

—¿No? Hay personas que han asesinado mientras dormían. Los casos se describen en varios libros. Pero tú has estudiado dos cursos de psicoanálisis y debes poder diagnosticar tu propio caso.

—¿Cuál es?

—Fantasía. Pura fantasía que surge de tu subconsciente. No crees mucho ni tienes ninguna fe en el mundo en que vivimos, ni en el estado de nuestra actual sociedad. La Bomba... y demás. Te sientes persona extraña y me temo que vives en un mundo que tú no has hecho y, en consecuencia, vienes con una respuesta encantadora. Quieres vivir en el país de los sueños.

—Pero, Barney..., ¿es tan sencilla la cosa?

—Todo puede resumirse en una sola palabra: «culpabilidad». Te sientes subconscientemente culpable porque otros jóvenes han sido reclutados y enviados al Vietnam, quizá a morir en los arrozales sabe Dios por quién. Te sientes culpable porque lograste una beca para estudiar ciencias y después cambiaste a literatura inglesa, cosa que los dos sabemos es un retorno al pasado poético y literario, cosa que en nuestro mundo de hoy tiene poco o ningún significado. Casi me atrevería a decir que no has leído, o al menos no te importan, poetas tales como Eliot o Pound. ¡Vamos...!, ¿qué es lo que has leído recientemente... para pasar el rato?

Barney volvió a llenar los vasos y colocó queso y unas galletas sobre una cercana mesilla. Luego preguntó nuevamente:

—¿Quizá ciencia ficción?

—Recientemente... nada de eso. Acabo de terminar *El Señor de los Anillos*.

—¡Vaya! Una fantasía de Tolkien acerca de caballeros, halcones y

duendes, en el mundo de Gondor. Lo entiendo. Algunas veces yo también leo cosas así. Pero no me dejo influenciar por ellas. Y te apostaría una fortuna a que aún hay otro ángulo más, implicado en ese sueño tuyo..., un ángulo de más culpabilidad. Has vuelto la espalda al Dios de tu infancia, y así le has inyectado en tu sueño. ¿Qué es lo que dijeron tus imaginarios amigos del espacio exterior cuando se estableció el contacto? ¿No fue, *gracias a Dios*, o algo así? De manera que, subconscientemente, estás buscando al Dios perdido de tu infancia, y como tú crees que Él ha muerto en esta tierra, te agrada imaginarle vivo en alguna otra parte.

—Yo no veo así las cosas, Barney, pero, ¿para eso tienes que cambiar de Freud a Watson y luego otra vez a Jung? Lo único que yo quería que aceptaras, es el hecho de que la última noche tuve un sueño fantástico y fascinante y que estoy completamente seguro de que tendré otro esta misma noche mediante la cita.

Barney movió la cabeza y respondió:

—Sospecho que tendré que dejar que te aferres a tus ilusiones si es que te hacen feliz. Las llamamos esquizofrenia. Sugiero que te metas en la cama y llames a tu amigo, o viceversa. Y no es que tenga ganas de meterme en lo que no me importa, pero, ¿cómo marcha ahora tu vida sexual?

—Bien, muy bien —replicó Gary con la sensación de que la sesión no conducía a ninguna parte—. ¿De manera que también todas las cosas, tarde o temprano desembocan en el sexo? Barney, soñé con mensajes mentales interplanetarios, ¿no soñé con encantadores súcubos en mi cama!

—Pero el sexo alzó su fea cabeza, o movió su encantador trasero en este sueño tuyo —señaló el psicólogo con tono de triunfo—. Tu contacto inmediato en el otro extremo mental era una hembra, ¿verdad? «La que Piensa y Habla no sé qué más...» y, por favor, fíjate en eso de «la que». Mi sugerencia final es que te largues a dar un paseo y que cuando regreses a tu nido te tomes una aspirina y duermas todo lo que puedas.

—Gracias por haberme dedicado todo este tiempo, y gracias también por el trago.

Gary se puso en pie para retirarse y luego se volvió hacia Barney para decirle:

—Barney, ¿no crees que en todo esto haya ni la menor probabilidad de

que sea auténtico, y que entre tantos miles de millones de estrellas tenga que haber millones de planetas habitados, y que a distancias extremadas el único medio de comunicación pueda ser solamente la telepatía?

—No me lo preguntes. Interroga a los muchachos Rhine de la Universidad de Duke. No es que hayan hecho muchos progresos, científicamente hablando. La telepatía aún es algo oscuro, si es que en realidad existe. No puedes apagarla y encenderla como si se tratara de un aparato de radio. No, Gary, tu sueño no ha sido auténtico. No has recibido nada que no estuviese ya en tu propia mente, recuérdalo. La forma de expresarse, las citas, ese nombre de Aloha, todo..., todo de fabricación casera.

—Bien, puede que tengas razón.

Gary dio las buenas noches y se dirigió lentamente a casa atravesando el *campus* de Westwood. Primero su muchacha, y luego su mejor amigo..., nadie tomaría aquello con cierto grado de seriedad. Era probable que hubiese estado charlando consigo mismo, disfrutando de una especie de función mental con su mente subconsciente. Pero, ¡qué forma más extraña de hacerlo!

Al cabo de unos momentos se encontró contemplando las estrellas, o las pocas que brillaban aquella noche a través de la neblina. Allí estaba la Polar y la Osa Mayor..., no, había muchas más que podía identificar.

Cuando regresó a su cuarto consultó de nuevo el diccionario, descubriendo que la Alfa del Centauro tenía que estar en la constelación Centauro, «situada entre Hydra y la Cruz del Sur», según el texto. Lo cual significaba que la estrella siempre estaría invisible y muy baja en el horizonte mirando desde estas latitudes.

El primer contacto, o lo que fuese, había tenido lugar un poco antes de las primeras luces del amanecer. Por esto Gary puso su despertador a las cinco de la mañana: intentaba estar totalmente despierto cuando «aquello» sucediese de nuevo.

Solamente el globo de luz y el invisible contacto le despertaron antes de las dos y media. En el caso de que estuviese despierto. Se volvió hacia la lámpara de la mesa de noche y chocó contra una de sus esquinas. Ya no estaba seguro de nada.

«Garyjones, ¿estás ahí? Llama otropueblo.»

«Sí, estoy aquí —respondió Gary, torpemente—, pero, ¿no me llamáis antes de la hora?»

«Lo sentimos mucho. Evidentemente vuestras cifras acerca de la velocidad de la luz no son exactas. Trataremos de ajustarnos más en futuros contactos.»

«Escucha, otro pueblo —dijo Gary, desesperadamente—, aquí nadie va a creerme. Necesito pruebas. ¿Todavía estoy hablando con Ella?»

«Respuesta afirmativa. Los mismos controles, pero ya no es necesario disponer de enlace de amplitud planetaria para asegurar la necesaria amplificación, ya que ahora poseemos foco direccional. Ahora estamos manteniendo el contacto con un grupo altamente especializado y muy entusiasta. Ahora, para empezar, sugerimos...»

«¡Espera! Escúchame. Si esto es real, ¿no puedes enviarme algo, quizá una fotografía, para que yo pueda demostrar que no estoy imaginando todo esto?»

Hubo una pausa.

«Comprendemos el problema. Pero el teletransporte a grandes distancias no está a nuestro alcance. Solamente podemos enviar pensamientos, no cosas materiales.»

«¡Pero si incluso aquí en la Tierra podemos enviar telefotos!»

«Concepto interesante. Intentaremos realizar el experimento de enviar un cuadro mental del grupo. Por favor, no te muevas.»

Hubo a continuación una larga espera y entonces la mente de Gary se llenó súbitamente con un cuadro en blanco y negro, con foco muy borroso. Finalmente distinguió una imagen de un grupo formado por quizá una docena de figuras con aspecto semihumano sentadas alrededor de una especie de mesa llena de copas talladas en lo que parecía ser madera o un material parecido y lo que también parecían ser blocs de notas. O quizá pizarras.

Por ninguna parte había la formidable maquinaria científica que Gary imaginaba. Había unas cuantas personas (¿Pueblo?) sentadas en cónclave alrededor de una mesa. Dos eran varones..., si sus oscuras barbas bien recortadas podían servir de guía. El resto de las personas usaba faldas blancas y muy anchas y estaban desnudas hasta la cintura. Evidentemente se trataba de hembras.

Las orejas de aquellos seres eran un tanto extrañas y Gary creyó observar que poseían dos dedos pulgares en cada mano. Había también otras diferencias, pero no tuvo tiempo para fijarlas en su mente.

«¿Realmente están ahí? ¿No se trata de una broma?»

«Aquí es Ella hablando. ¿Llegamos bien hasta ti?»

El cuadro cambió hasta convertirse en el primer plano de unas facciones..., era un rostro bello, con grandes ojos, y pequeña barbilla, encuadrado en lo que más bien parecía ser una peluca rizada. No era exactamente un rostro humano, pero tampoco espantaba ni asombraba mucho. Aquellos labios incluso sonrieron, y acto seguido la imagen se esfumó.

«Gracias», dijo Gary.

Súbitamente se sintió muy pequeño y muy fatigado.

«Esto es demasiado para que me lo trague tan repentinamente. Estoy muy cansado. Me alegro de conoceros. Me habéis dado muchas ideas y algunas de ellas nuevas.»

«Está bien, Garyjones. Pero como vemos que quieres dormir, haremos una sugerencia. Ahora que se ha establecido un buen contacto, ¿nos permitirás continuar en él y explorar tu mente y recuerdos durante tu período de inconsciencia? Te prometemos que no habrá síntomas desagradables, (¿efectos secundarios?) para ti. Y en anteriores experimentos esto ha demostrado ser ya la única manera de recoger tu vocabulario y esbozos de recuerdos. Hará que los futuros contactos sean mucho más sencillos y más remuneradores para todos. ¿Te parece bien?»

«Realmente no tengo ningún inconveniente en convertirme en una especie de rata de laboratorio o en uno de los perros de Pavlov. ¿Seguro que no habrá lavado de cerebro?»

«El procedimiento, hermano Garyjones, es simple e inofensivo.»

«¿No me están mintiendo?»

«¡Nada de eso! Garyjones, piensa un poco. En una sociedad puramente telepática, ¿cómo puede alguien mentir? Ese concepto es totalmente desconocido para nosotros.»

«Entonces, está bien. Todavía me cuesta mucho creer que podáis leerme a través de una distancia de 4,5 años-luz, pero adelante.»

«Una cosa más, por favor. Tan pronto como me abras tu mente (¿a nosotros?) podemos, en cierta medida, al menos, ver a través de tus ojos y recibir impresiones visuales. ¿Tienes a mano una luz y alguna superficie que devuelva la imagen? Aquí hay algunos a los que les gustaría saber cómo eres.»

A través de la enorme distancia, Gary creyó percibir como una suave risa entre dientes. Se levantó de la cama y se acercó hasta el pequeño escritorio para tomar un espejo de bolsillo. Luego regresó a la cama y se observó en el espejo bajo la lámpara.

«Si sois capaces de leerme ya podéis prepararos para recibir una sorpresa», dijo modestamente.

Debió ser mayúscula la sorpresa, ya que la pausa fue larga.

«¡Oh, pero si no tienes barba!»

En aquella frase telepática había sensación de sorpresa y desilusión. Luego llegó otra frase:

«Entonces, ¿eres un niño?»

«¡No, maldita sea! Aquí solamente los granujas usan patillas, por el momento. Soy un varón adulto y me afeito una vez al día y algunas veces dos. ¡De manera que ya podéis deducir algo de eso!»

«Lo sentimos, hermano Garyjones. Sin embargo, estarías mucho mejor con una barba. Debo explicar rápidamente que todos nuestros varones en este planeta usan barba a la vez que las hembras usan peluca. Somos una raza casi sin vello ni pelo desde hace miles de... (aquí se perdió una palabra), pero estamos seguros de que con el tiempo aún descubriremos más diferencias entre nosotros. De manera que ahora ya puedes descansar, porque, efectivamente, también hemos descubierto que eres una persona atávica que debe pasar la tercera parte de su vida en la inconsciencia. Podríamos explicarte cómo evitar esa pérdida de tiempo, pero nos falta vocabulario para ello. Con tu permiso, ¿podemos grabar tu mente? (¿cerebro, memoria?) Por favor, no hagas mucho caso de esa crítica sobre el hecho de no tener barba. Ya cerramos el contacto. ¡Aloha!»

«¿Aloha? Eso significa “hola” y “adiós” y “Dios te bendiga”. Pero aún creo que Liz y Barney tienen razón y que todos vosotros no sois más que una ilusión. Pero, Aloha también a vosotros. Y hasta pronto. Ahora dejadme

dormir, por favor.»

Sin embargo tenían razón acerca de una cosa. Fuese lo que fuera que deseaban hacer o trataban de hacer era inofensivo e incluso tranquilizador; durmió algunas horas como el proverbial leño y despertó mucho más fresco que nunca. Pero lo más sorprendente era que recordaba su sueño tan vívidamente como el primero. Y el espejo de bolsillo se hallaba sobre la mesa de noche, junto a su cama, para recordárselo.

En aquel día, Gary no faltó a ninguna de sus clases, y vio a Liz brevemente en el *campus* y a Barney también. Pero, aunque los dos le miraron crítica y compasivamente, y le hicieron muchas preguntas, Gary les mintió. Después de todo, ¿quiénes eran ellos para saber ciertas cosas íntimas?

—No, no hay nada de particular —les respondió—. ¿Por qué debía sucederme algo?

Gary había decidido que aquél era su secreto, su bebé, su *happening*, su experiencia particular. Era muy probable que él entre un millón o más pudiera lograr algo mediante aquellos cerebros del espacio exterior. Pero tendría que existir un *quid pro quo*. Si en realidad se hallaba en contacto con otra civilización más antigua y más alta, si era cierto que estaban estudiando su mente, entonces tendría que haber un noble intercambio. Podría haber algo de su cultura que no viniese nada mal a la Tierra. Por ejemplo, ¿qué? Quizá alguna clase de inventos...

Gary permaneció despierto a la noche siguiente, reflexionando sobre lo que preguntaría... o pediría. Aquello era casi como el cuento en el que aquel mortal pedía tres cosas a una lámpara maravillosa. Había que estar muy seguro acerca de los tres deseos.

Aquella noche la lejana visita llegó aproximadamente sobre las 3.45. Una vez más le despertó, pero ya estaba acostumbrándose a aquella especie de nuevo curso escolar. También le pareció que había cierto tono de restricción en el mensaje.

«Pueblo a Garyjones. ¿Estás ahí? Responde.»

«Me sonáis en forma extraña. ¿Ocurre algo?»

«Nada que no hayamos previsto. Ocurrió que tu mente y tus recuerdos fueron excesivamente raros para nosotros. El tuyo es un mundo sediento de sangre. Eres mucho más diferente a nosotros de lo que suponíamos.»

«¡Soy lo que soy! —como dice Popeye—. ¿Qué es lo que ocurre ahora?»

«Hermano Garyjones, te amamos. Pero el mundo en que vives y tu sociedad nos confunde. Teníamos grandes esperanzas de trabajar sobre un plan de intercambios culturales y disponer para ti y para uno de nuestros varones más jóvenes un intercambio de conocimientos. Es difícil, pero factible. Pero ahora, sobre la base de lo que estamos aprendiendo creemos que no será posible hallar aquí un voluntario.»

«¿Y quién ha dicho que yo me prestaría voluntario... aun cuando me convencieseis de que vosotros podéis realmente encender y apagar las mentes?»

«No sabemos mentir. Es cierto. Hemos desarrollado técnicas de transposición mental, memorias, y personalidades, a través de distancias de años-luz. Sin embargo, por favor, no olvides... que conocemos tu mente. Creemos que te agradecería estar aquí, en nuestro mundo, ya que parece sentirte insatisfecho con tu propia civilización supertécnica.»

«Podría ser. Pero, ¿podéis enseñarme a dominar la telepatía?»

«Esa habilidad, usualmente se adquiere aquí durante la infancia. Además, te sentirías muy desgraciado con el poder de leer en otras mentes en ese mundo tuyo. Constantemente vivirías amargado y sorprendido.»

«Bien —insistió tenazmente Gary—. Debe haber algo. Vuestro mundo está por delante del nuestro en muchas cosas. ¿Y qué me decís acerca de la adivinación? ¿Podéis explicarme cómo sabré el caballo ganador de mañana en las carreras de Santa Anita?»

«Datos insuficientes. Petición frívola. Un caballo siempre puede correr más que otro caballo, pero no necesariamente en un determinado momento.»

«Entonces, ¿qué me decís acerca de algunas invenciones de nuevos aparatos y cosas así? ¿No podéis enviarme la fórmula para convertir en oro los plomos de pescar, o la de construir un aparato que vaya en contra de las leyes de la gravedad, o la de un par de prismáticos que me hagan ver el pasado?»

«No. Lo sentimos mucho. No estamos familiarizados con los conceptos que expones. La nuestra no es una sociedad tecnológica. Solamente nos interesa la poesía, la música, la filosofía, el arte, y la historia. Por favor, ¿querrías leernos algo de vuestros libros?»

«¡Seguro! Si me correspondéis, y si me permitís traer aquí un tablero de dibujo, algún papel y lápices, y luego, en trance, pueda automáticamente escribir algo. Enviadme los planos de una de vuestras últimas invenciones. ¿No tenéis ahí oficina de registro de patentes?»

«El concepto no está claro. ¿Para qué tiene alguien que retener una invención?»

Pero al menos Gary ya había logrado algo que deseaba, y el otro mundo no rechazaba probar el experimento. Entonces Gary leyó (silenciosamente) los primeros capítulos de *The Outline of History*, de H. G. Wells. Después cayó en el más profundo trance y durmió profundamente.

Despertó por la mañana ya tarde, para descubrir que, aunque no había libros de consulta sobre su mesa de noche, de alguna manera se las había arreglado para cubrir el papel de dibujo con unos esbozos increíblemente bellos, que representaban algo. Eran, en cierta medida, tridimensionales y poseían diminutas figuras y símbolos que le recordaron los dibujos de Leonardo da Vinci.

¡Pero al menos aquello era una prueba!

«¡Gracias, amigos! —dijo—. Ahora estamos llegando a alguna parte. Os leeré mañana.»

«En el mismo lugar y a la misma hora —dijo Ella... un poco tristemente—. Pero nada más de Wells, por favor. ¿No hay algo que sea más ligero?»

«¡Aloha!», exclamó Gary.

En aquel día Gary faltó de nuevo a sus clases y buscó unos cuantos amigos de la Escuela de Ingenieros.

Se sintieron gratamente impresionados con los dibujos y sugirieron que llevase aquella obra de arte a un museo.

—¿Queréis decir con eso que no tienen valor práctico e inmediato? —preguntó.

—No demasiado —le dijo un amigo—. Porque, por muy bellos que sean estos planos o proyectos, lo que en realidad hay aquí son los planos del Madurador de Grano de McCormack, la Bomba Orgánica, y los de una cisterna de *toilette*. Nada nuevo.

—Gracias —murmuró Gary.

Se llevó consigo sus bellos pero inútiles dibujos y caminó lentamente por

el *campus* bajo la luz del sol. Tenía que hablar con alguien, y en aquellos momentos tenía la impresión de que, por lo menos, poseía una prueba para mostrársela a Liz. La esperó en el exterior de Price Hall, donde ella tenía una clase por la tarde.

Pero todo cuanto Liz dijo, fue:

—Amiguito, estoy muy preocupada contigo. ¡Ya has dejado de estar con nosotros! ¡Tomarse semejante molestia de hacer esos dibujos para demostrarnos que tus alucinaciones son cosa real!

—Pero son dibujos bellos y tú sabes endiabladamente bien que yo no pude crearlos por mi propia iniciativa.

Gary hablaba casi tímidamente.

—Encanto, no sé lo que tú eres capaz de hacer, sólo sé que probablemente sería algo inútil...

Liz hizo una pausa para tomarle por un brazo, a la vez que se lo oprimía con cierta fuerza para añadir a continuación:

—Gary, soy la última persona del mundo que desea mostrarse arbitraria, pero tienes que elegir entre las doncellas de esa Luna Verde y yo... ¡Te lo digo en serio!

—No se trata ni de la Luna ni de Marte..., ¡maldita sea! Se trata del segundo planeta de la Alfa del Centauro, la que solamente tiene dos lunas.

—¿Quién lo ha dicho?

—¡Lo ha dicho Ella-Quien-Habla y Piensa!

Liz retrocedió dos pasos.

—Creo que me das miedo. Creo que ya has elegido. Dejemos de pretender que entre tú y yo hay algo. Te devolveré tu anillo. Todo cuanto me has dado fue un juego de tambores-bongo y una imitación de una pulsera navajo. La pulsera se perdió no sé dónde, pero me quedaré con los bongos para recordarte en el caso de que alguna vez quiera recordarte. ¡Adiós!

—¡Aloha! —exclamó Gary Jones un poco tristemente cuando la muchacha se volvió y se alejó de él.

Tanto mejor o peor para Liz. Era una muchacha tan simpática como otra cualquiera, pero jamás recordaría lavarse los pies.

Una vez más visitó a Barney en aquella misma tarde, y su amigo le invitó a otro trago.

—¡Pareces ahora más relajado! —fue el saludo del psicólogo en embrión—. De manera que, después de todo me hiciste caso, y has apartado de tu mente todos esos sueños, ¿no? Buen muchacho. Ya veo que también te has arreglado nuevamente con Liz. Es una gran muchacha. ¡Seguro...! Su carácter es un tanto bohemio, pero ya se corregirá con el tiempo... Olvidará todo ese cuento *hippy*, abandonará las drogas, y llegará a ser una buena esposa.

—¡Claro, Barney...! Eso significará un bebé cada año, pago de la renta del piso y de los muebles, aparte de la lavadora automática y así sucesivamente. Liz irá al supermercado con rulos puestos y a las reuniones de padres de familia toda indignada porque alguno de los profesores no ha dado buenas notas al pequeño Johnny. ¡Y todas las demás cosas que hacen grande a América y que no menciono!

Barney se inclinó hacia delante.

—¡Oye...!, ¿te estás dejando crecer la barba?

—¿De veras?

Gary no se había dado cuenta de ello, pero su barba había crecido un tanto. Todos los varones adultos de otropueblo usaban barba. Pero, mientras tanto, Gary intentó relacionarse con su inmediato ambiente, olvidar a los adultos de otropueblo, y así, él y Barney pasaron el rato viendo la televisión, bebiendo unos cuantos *grogs* y jugando unas partidas de ajedrez durante dos horas. Finalmente Gary enseñó a Barney sus dibujos, que recibieron una fría recepción.

—Muy extraños. No los entiendo —dijo Barney—. Sin embargo, creo que serían maravillosos como modelo para papel de pared. Podrías probar por ahí. Son parte de tu fantasía, pero..., ¡mira eso de Kafka!

Barney centró de nuevo su atención en la pantalla pequeña, y Gary murmuró:

—Está bien, gracias por los aperitivos.

Gary abandonó la estancia dirigiéndose hacia el lugar llamado hogar, deteniéndose en el más cercano establecimiento de bebidas para armarse de valor mediante un trago de *Old Stenfather*.

Tenía la sensación de que en las próximas horas iba a necesitar mucho valor, y quizá aquel trago de licor holandés no le vendría mal del todo.

Aquella noche se sentía sólo ligeramente eufórico. Cuando se estableció la comunicación, tal y como la esperaba, eran ya las cinco de la mañana. Llegó la llamada más fuerte que nunca.

«Llamando a Garyjones. ¿Estás ahí?»

«Sí, aquí estoy. ¿Qué hay de nuevo?»

«¡Saludos!»

Pero parecía que Ella y los otros técnicos de la mesa tenían malas noticias para él. Después de haber publicado telepáticamente sus modelos básicos de memoria-mente y retazos del libro de Wells parecía que ningún joven varón de otro mundo se presentaba voluntario para pasar un par de años, o cualquier otro período de tiempo en la Tierra. Tenía que abandonarse el intercambio estudiantil.

«Bien, si es así, así habrá que aceptarlo.»

«Lo sentimos mucho, hermano Garyjones. Estábamos deseando verte aquí en nuestro próximo Día de Mayo (Baile de la Cosecha, o ¿Ritos de la Fertilidad?) Podrías traernos muchas cosas. El proyecto aún no está cancelado. ¿Nos volverás a leer otra vez alguna poesía o filosofía?»

«Seguro..., si me decís algo. Quiero decir..., ¿cómo evitáis las guerras en vuestro mundo?»

«Tenemos una sola sociedad, un estado, y aún cuando en el distante pasado hubo luchas tribales, ya hemos superado tales cosas.»

«Pero aún creéis que esa cisterna de *toilette* es nueva. Está bien, sois básicamente una sociedad comunista, ¿no es así?»

«Respuesta negativa, si te comprendemos bien. La nuestra es, básicamente, una cultura agraria. Trabajamos con nuestras manos. La mayor parte de nosotros vivimos en granjas (¿ranchos, pueblos?) y, cultivamos nuestra propia comida. Somos vegetarianos en gran parte. Nuestro índice de natalidad es bajo y está totalmente controlado. Nos agrada mucho enlazar mentes, a través de nuestro mundo y a través del espacio. ¿Suena aburrido? Estamos recibiendo una respuesta negativa.»

«Lo siento —dijo Gary—, me gustaría saber más semántica. Pero, ¿puedo preguntaros por vuestra religión, en vuestra cultura?»

«Hemos tenido muchas religiones en nuestro mundo. Algunas muy hermosas, y algunas terribles. Por el momento es cuestión de inclinación

personal. Hay un alto poder, pero ninguno de nosotros, hasta ahora, encontró forma de expresarlo.»

«Entonces, ¿nunca habéis tenido algún Mesías en otro pueblo? ¿Ningún Hombre de Milagros que orase y enseñara el amor fraternal y luego fuese atormentado hasta morir en una cruz, o rotos sus huesos en un potro, o que haya muerto de otra manera por vuestros pecados?»

«¡Nada de eso! ¡Qué pensamiento más extraño!»

Desde otro pueblo llegó hasta Gary una evidente muestra de revulsión. Luego:

«¿Nos leerás algo, Gary Jones? ¿Poesía?»

«Sí. Lo haré. Si es que puedo haceros sólo una pregunta más. ¿Tienen ahí la cuestión “sexo”, si es que entiendes lo que quiero decir?»

«Desde luego que sí. Pero con ello hacemos más y hablamos menos que vosotros en vuestro mundo, a juzgar por lo que leo en ti.»

«Está bien, pueblo.»

Y Gary leyó (si es que se podía llamar leer a mirar las líneas) algunas cosas de los principales poetas. También deslizó algunos versos propios. Y luego, cuando se detuvo, pues sus ojos estaban fatigados, el pueblo de otro pueblo gritó:

«¡Más!»

Parecía que todo estaba siendo grabado, registrado y radiado en su planeta, para delicia general.

«Ahora tengo que detenerme», dijo finalmente cuando dejó los libros a un lado... *The Golden Treasure* y el *Oxford Book of English Verse*, y todo el resto de los sueños de los hombres.

Gary suspiró hondo y añadió:

«Pueblo, creo que me voy a dormir. Dijisteis que penetraríais en mi mente sólo con mi permiso. Pues ahora retiro el permiso. De manera que alejaos y manteneos lejos. No puedo soportarlo. Sois como alguien que estuviese enseñando comida en un escaparate a un niño hambriento. Ya tenéis vuestra historia de *Americanus Juvenilis*, y probablemente sabréis más sobre nosotros de lo que necesitáis saber. Pero habéis arruinado mi espíritu para este mundo en el que vivo. Así que... ¡adiós para siempre! ¡Aloha!»

«¡Un momento, no te vayas!»

La voz de Ella (o los pensamientos de Ella), eran en aquel instante mucho más fuertes.

«No olvides, Garyjones, que nos has permitido entrar en tu mente, y que ahora ya no tienes secretos para nosotros. Antes de que abandones el contacto, dinos esto: ¿eres en alguna forma indispensable en tu planeta?»

«Desde luego que no. Realmente, no. Desde luego, tampoco lo soy para mis padres, para quienes he sido una carga durante años. Ni para nadie. ¿Por qué?»

«Entonces, ¿te gustaría venir aquí, no como intercambio estudiantil, sino de una forma real?»

«¿Te refieres a dejar mi cuerpo atrás?»

«No podemos transferir cuerpos. Se te proporcionará un perfecto cuerpo de varón, y tendrás tu propia personalidad, tus propios recuerdos, tu propia mente. Quedarás totalmente desnudo y se te trasplantará a este nuevo jardín. Podrá haber un momento de dolor cuando, por así decirlo, aterrices aquí, pero luego sentirás nuestro amoroso abrazo.»

«¿Y dices que ya habéis hecho esto otra vez?»

«Numerosas veces. Once, para ser más exactos. Una persona hembra del planeta Bootes es ahora nuestra primera bailarina en la Ópera.»

«¿Y todavía me queréis? ¿Creéis que encajaría en vuestro pueblo a pesar de mis recuerdos, personalidad, y ajuste deficiente?»

«Respuesta afirmativa. Serás nuevamente formado.»

Hubo una pausa. Era quizá la decisión más trascendental que Garyjones tenía que hacer en su vida, pero ya sabía lo que iba a decir. Lo que ocurría era que resultaba difícil decirlo con palabras.

«¿Te agradaría pensarlo?», fue la pregunta que llegó al cabo de un rato.

«No. Si lo pienso quizá me volvería a dormir. ¿Cuánto tiempo se tardará en arreglar todo el asunto... Me refiero a esta transferencia, vía telepatía, del yo esencial a vuestro planeta?»

«Espera, lo comprobaremos. Dentro de breve rato saldrá el sol en el lado más poblado de nuestro planeta, y la mayor parte de nosotros usualmente estamos despiertos para saludar al sol. Este procedimiento necesitará de la amplificación de todas las mentes conscientes que podamos reunir, pero espera un instante. Aún no hemos encontrado un cuerpo conveniente para ti,

pero eso será fácil.»

Gary saltó de la cama y bebió un largo trago de la botella porque tenía la impresión de que iba a ser el último por largo tiempo. A menos que la gente de otro pueblo hubiese aprendido las normas más elementales de la fermentación de la uva. Lanzó una última ojeada alrededor de su cuarto, deseando poder llevarse consigo algunos de sus libros. Pero, no, aquello no era necesario, puesto que ellos podían investigar en sus recuerdos, en busca de todo cuanto él había leído. Pero, ¿y el resto? ¿Tendría que componerlo él?

«Garyjones a pueblo. ¿Dejo mi cuerpo en la cama, sosteniendo entre las manos una azucena?»

«Probablemente habrá suficientes residuos en tu mente para permitir que los restos funcionen posiblemente en unas manifestaciones de estudiantes. Manifestaciones que se sugieren deben portar pancartas donde se lea “LSD, no LBJ”, o algo por el estilo. ¿Importa eso mucho? Ya estamos preparados. ¿Lo estás tú?»

«Garyjones a pueblo —dijo Gary casi ya sin fuerzas—, podéis disparar cuando queráis.»

El viaje, de cuatro y medio años luz, puede hacerse en media décima de segundo. Hubo algún dolor, tal y como le habían dicho, y después abrió la boca para respirar aquel nuevo aire. Sus ojos no parecían enfocar muy bien, aunque sí veía el rostro de una mujer (¿Ella?) sobre la almohada de un hospital, el rostro también de una enfermera muy cerca (¿también Ella?). Era una experiencia traumática.

Gary no estaba seguro de casi nada, excepto de que súbitamente una gigantesca figura, ataviada con chaqueta blanca, luciendo negras patillas, y una tranquilizadora sonrisa, le estaba sosteniendo boca abajo por los tobillos y que en aquel momento le aplicaba una tremenda bofetada en el trasero.

Garyjones lanzó un fuerte vagido, como debía hacerlo cualquier recién nacido. Pesó ocho libras y cuatro onzas.

—¡Un niño maravilloso! —gritó el doctor.

—¡He cambiado de idea! —gritó el niño maravilloso, que hasta hacía un momento había sido el adulto Gary Jones. Pero ya la queja resultaba excesivamente tardía.

UN HÚMEDO PASEO

D. Etchinson

Las letras se mostraban casi ardientes en la noche:

CERVEZA DE BARRIL

El trabajoso ritmo de la cojera de Spane le llevó cerca del callejón que se extendía más allá del rótulo. Se detuvo el tiempo suficiente para pasarse una sarmentosa mano por la crecida barba y para enjugarse el sudor que le impedía ver.

Un hombre con muletas debe aprender a hacer cien de tales movimientos cada día de su vida, pero para Spane llegaba a ser una verdadera lucha en aquellas horas de la noche, complicada por la cantidad de vino que había ingerido y por el hecho de que solamente poseía una muleta con la que poder maniobrar, y una sola mano. Pero siguió adelante. Apretó los dientes, como si fuesen eco de la firme determinación que albergaba en su pecho, y avanzó más.

Tenía un trabajo que hacer, y, ¡por Dios!, que lo haría.

Cuando pasó bajo el rótulo, las letras reflejaron su rojizo color sobre sus brillantes rasgos y sobre la húmeda superficie del pavimento, haciendo relampaguear en rojo los charcos de agua. Spane miró su crispada mano y vio en el sudor que la cubría un borroso reflejo de sangre aguada, cuando sonó un grito:

—¡Eh, viejo!

Las luces de los coches que pasaban de largo en el extremo del callejón iluminaban la calle de vez en cuando, formando profundas sombras que avanzaban hacia él a lo largo de las filas de bidones de desperdicios que

ocupaban la parte trasera de las casas.

Súbitamente, se movió una sombra.

Spaine sintió una sacudida en el hombro cuando se movió para llevarse su otra mano a la frente, pero ya no estaba allí. «¡Maldita sea!», murmuró silenciosamente en algún punto situado entre la ácida respiración y las turbulentas aguas de su inconsciente. Pero su cuerpo nunca olvidaría, y él lo sabía. Moriría tratando de alcanzar algo que no estaba allí, alcanzar algo con un brazo que ya no existía.

Excepto en los negros espacios de su memoria.

—¡Eh, tú!

Se frotó los cerrados ojos mientras el sudor goteaba desde las arrugas como sucias gotas. «Concéntrate.» Tenía que saberlo. Había llegado hasta allí, casi tres millas a través de la ciudad, y a pie, y ahora tenía que saberlo.

La sombra saltó desde el muro que había entre dos bidones de basura. El viejo entornó los ojos un instante para ver aquella figura que, como un murciélago, agitaba los brazos.

Cerró con fuerza los ojos, como si crispase ambos puños. ¡Tenía que estar seguro! La visión momentánea había sido débil, atravesando la ciudad, y ahora, si estaba en lo cierto, si por fin le había encontrado, sentiría saltar aquella chispa en aquel lugar especial que había en la parte posterior de su cerebro, donde siempre la sentía cuando estaba seguro, y entonces «lo sabría».

—¡Ehhh!

Una mano le agarró repentinamente.

Tembló tratando de desembarazarse de ella. «¡No debo perder este pensamiento!» Sus temblorosas mejillas protestaron antes de que sus labios pudiesen formar las palabras: «No... debo perderlo... ahora».

—¡Hola, viejo!

Unos pies que se arrastraban se detuvieron a su espalda, y la mano fuerte y poderosa le agarró por el cuello.

El puño de Spaine soltó la muleta y golpeó la noche ante él, frente a su rostro, a la vez que lanzaba un gruñido animal que surgió desde lo más profundo de su garganta.

La anciana dio un rodeo para situarse frente a él cuando Spaine vacilaba

intentando de nuevo asir su muleta. La mano de la mujer no abandonó su cuello y le sostuvo en pie.

Hubo un temblor de carne cuando su rostro se serenó repentinamente, y al fin pudo ver mejor y escuchar el sonido de los cláxones de los automóviles en las calles de la ciudad, más allá del callejón. Su respiración fue más normal, cayendo en la resignación.

—¡Me has hecho «perderlo»! —gruñó.

—Vamos.

El voluminoso cuerpo de la mujer se volvió y la carnosa mano y el cuello que sostenía se volvieron con ella, impidiendo a Spane ver las sombras del callejón.

Se daba cuenta de que le guiaban subiendo los rajados escalones de piedra de la entrada posterior de un bar, y en aquel momento la punzante podredumbre de la mujer le envolvió totalmente, superando incluso el olor de su propia y fétida respiración. Pero él conocía los olores dulces del bar, tan bien como si fuesen suyos, y no oyó el crujir de los tablones del vestíbulo por donde la mujer le llevaba, ni tampoco se le ocurrió pensar en las intenciones de la mujer, ya que él las conocía perfectamente bien y éstas eran cosas que para él no tenían la menor importancia. Pensaba, con abrumadora melancolía, solamente en su presa, en lo que había dejado escapar allí atrás, en el callejón.

La mujer le llevó hacia la izquierda y luego a la derecha, a lo largo del pasillo que olía débilmente a orina. Luego le soltó y le empujó hacia una silla de madera.

—Ahora...

La mujer se dejó caer en su desvencijada silla, al otro lado de la mesa, frente a él, al mismo tiempo que la puerta de entrada aún se movía a impulsos del viento.

—Cuéntame sobre los rockets... y sobre la gente.

Spane sintió que crujían las articulaciones de su espalda cuando se irguió para protestar, y para irse, pero entonces su cuerpo se aflojó y decidió acompañar a la mujer, al menos durante un rato. Vio cómo la mano de ella se introducía bajo su distendido jersey para alcanzar la botella. Escuchó voces femeninas de los cercanos cuartos y el ritmo de la música electrónica que

procedía del piso de más abajo, y suspiró hondo, apoyándose en su sucio brazo y sobre la cochambrosa mesa donde lo apoyaba. La mujer era demasiado poderosa para luchar con ella. Cerró los ojos y sintió que su mente retrocedía en el espacio cuando el vino atravesó su cuerpo.

Pero se repuso a tiempo. Cuando alzó la cabeza, Zenna estaba llenando de nuevo los vasos de plástico que había sobre la mesa.

Sin embargo, él sabía que aquella noche no debía beber más. No hasta que hubiese hecho lo que tenía que hacer. Para ello había recorrido aquel largo camino. Esperaría, simulando beber con ella, hasta que ella cayera dormida, como siempre hacía, y entonces él descendería por las escaleras.

—¿Bien...?

La mujer dejó un vaso de whisky barato en su mano. Al percibir el fuerte aroma del licor, él comenzó a ponerse en pie. Al mismo tiempo, sus ojos quedaron prendidos, cuando volvió la cabeza, por el espectáculo que ofrecía el cielo nocturno desde la ventana de aquel segundo piso. Y allí estaban las estrellas.

Durante un momento recordó el aspecto que tenían las estrellas desde el «Deneb», y parpadeó, sintiéndose un tanto relajado ante el pensamiento de contarle a ella, o a cualquiera, lo que había sido aquello. Saturno: sobre Minas con sus círculos cortando el cielo. O cómo era Deimos, o Phobos.

Pero él sabía que ella no deseaba oír nada de aquellas cosas, realmente no... Y la gente, había dicho ella. Eso era lo que siempre decía ella.

No importaba las veces que él le hablase sobre la catástrofe, porque ella jamás se cansaba de escucharle una y otra vez: la colisión partiendo a las dos naves casi por la mitad, y los supervivientes retorciéndose libremente en el espacio, girando sobre sí mismos como muñecos cósmicos en todas direcciones, mientras que su oxígeno se consumía lentamente y eran arrastrados hacia algún increíble y extraño sol.

Los que tenían trajes espaciales. Sí, aquello era lo que a ella le gustaba más escuchar, y él estaba seguro de esto. Era la forma en que los menos afortunados en aquel horrible instante, cuando la coraza protectora de las naves se hizo pedazos y la noche les alcanzó en una milésima de segundo..., aquello era lo que ella deseaba escuchar, por supuesto, y él sentía en aquel instante que todo su cuerpo quedaba como abrumado por una ola de náuseas.

Tomó asiento, fijando sus ojos en la calle, cuando un único pensamiento quedó fijado en aquella estancia y en aquella desagradable mujer.

No había olvidado.

La miró fatigosamente. La mujer ya estaba sirviendo otra ración de licor.

—Toma..., bebe... Bebamos por tu felicidad.

Cuando él no se movió, ella miró en dirección a su vacío hombro, que se hallaba más cerca del vaso que su brazo derecho, y añadió:

—Tienes que olvidar todo eso, ya lo sabes.

Los ojos del hombre, unos ojos enrojecidos y cansados, se entornaron. Desde la parte baja del piso llegaba el ruido de la música de baile, y el pie de Zenna comenzó a golpear sobre los tablones del pavimento siguiendo el ritmo. «Sí —pensó él sonriendo amargamente—, tengo que olvidarlo todo, pero, ¿por qué?»

—¿Por qué no me dejas solo?

La pregunta se la hizo tanto a la mujer como a aquella molestia que sentía allí donde debía estar su brazo. Hizo un gesto de dolor, recordando durante un segundo cómo había ocurrido aquello, al saltar libremente del «Deneb», al mismo tiempo que su línea salvavidas se alejaba en compañía de su brazo todavía sujeto a ella y a la vez que su traje reventaba y sus ojos se abrían desmesuradamente con horror tras el cristal protector. Y durante todo aquel tiempo fue hundiéndose en la inconsciencia, convirtiéndose los segundos en eternidades bajo los rayos del implacable sol, escuchando a través del espacio a las almas muertas de los otros ciento treinta, gritando silenciosamente la agonía de los moribundos, y él también gritando dentro de su propio cráneo. (Ellos no habían sabido, cuando le aceptaron las Fuerzas Espaciales de los Estados Unidos, el paso de su madre a través de la Hallendorf Barrier, camino de la base de Venus, en su séptimo mes, ni de la proyección que así había estimulado el desarrollo de la parte posterior de su cerebro. Más tarde, cuando se descubrieron al azar los niños, en su fantástico talento, se bautizaría con un nuevo nombre al telepoder, el Barrier declarado lugar prohibido «hasta un nuevo estudio», y los médicos comenzarían su inútil intento de buscar el rastro de los miles de niños nacidos en la base. Ahora, con una segunda generación ya inminente, permitirían que se debilitaran sus mentes. Pero no Spane, él conocía aquella maldición y no la olvidaría.)

Los nervios de su hombro sufrieron un espasmo cuando pensó olvidarlo por billonésima vez en veinte años... «¡No tengo derecho a olvidarlo! ¡No puedo permitirme el olvidar!» Ni siquiera aunque lo deseara...

Y, justamente en aquel instante, sintió que saltaba una chispa en algún punto de la parte posterior de su cerebro, y supo que jamás sería capaz de olvidar.

—Tú..., viejo..., eres un veterano... Sabes que el Gobierno pagará para arreglarte ese brazo tuyo. ¿Por qué no...?

Spane cerró los ojos con fuerza.

La luz le hirió en su interior.

Ahora ya no trataba de concentrarse, sino de soportar la señal que ascendía agudamente en espiral al taladrar la parte posterior de su cerebro.

Lo había encontrado al fin. La presencia del otro era tan intensa...

—Te pondrás bien...

Su mentón se ciñó al pecho cuando el esfuerzo mental presionó con más profundidad, una ultrafrecuencia que solamente él podía escuchar, y luego se esfumó. Pero la involuntaria señal del otro había sido ya recibida. Su cabeza y mente volvieron a la superficie. Se dio cuenta una vez más del ritmo que sonaba bajo sus pies.

—Te pagarán ese estropicio...

Las palabras que estaba pronunciando la mujer, y que le hubiesen encolerizado hacía unos momentos, ahora sonaban con tono que él escuchaba con enorme indiferencia.

Cogió la esquina de la mesa entre su dedo pulgar e índice y echó la silla hacia atrás, buscando su muleta.

—Ahora, tú... debes seguir lamentándolo por ti...

La mujer hablaba con tono de borracha y sus ojos se clavaban fijamente en la sucia superficie de la mesa, al mismo tiempo que sus gruesos dedos acariciaban incesantemente su vaso.

Spane apoyó el extremo de su muleta sobre los tablones del pavimento y avanzó hacia la puerta.

—¡Eh! Un minuto..., aún no has terminado...

Spane logró entreabrir la puerta.

—Ni siquiera has empezado... No me has contado nada sobre aquellas

personas...

El rostro de la mujer se contorsionó en surcos de carne en pliegues y añadió al cabo de un silencio:

—¡Sí...! Eso es lo que quiero escuchar, quiero oír algo más acerca de aquellos tipos nadando como peces en la oscuridad...

El vaso de la mujer se volcó sobre la mesa.

Spane se hallaba casi en el umbral de la puerta. La mujer logró ponerse en pie y avanzó vacilando. Sus rollizos brazos lucharon para sostenerse entre el borde de la puerta y la pared, y cuando hizo un nuevo intento de dar otro paso, solamente la mitad de su cuerpo pudo salir al vestíbulo.

Apoyándose contra la pared, Spane gruñó algo ininteligible y alzó la muleta, amenazando a la mujer. Abrió la boca y bramó coléricamente:

—¡Zenna!

La mujer le miró desmayadamente. Su atención se redujo totalmente, al igual que sus fuerzas físicas, cuando cayó lentamente al suelo, murmurando:

—Sí... ¿Quién te necesita? De todas maneras, eres un viejo inútil. Probablemente, jamás has estado en tu vida a bordo de un proyectil... Sí..., desde luego que sí...

El hombre se volvió cuando la mujer escupió hacia él. Luego, reanudó su camino hacia las escaleras.

—Sí... —dijo la mujer, a la vez que su voz se perdía ya en el interior de la estancia—. ¡Al diablo contigo!

Y, cuando se cerró la puerta, la mujer lanzó su última exclamación:

—¡Vete al infierno!

Spane inclinó la cabeza, respirando pesadamente, y reanudó su avance hacia la puerta trasera del edificio.

Dos soldados pasaron por su lado, conducidos por dos muchachas que ansiaban que los hombres subiesen la escalera.

Spane no alzó la cabeza, sino que continuó prestando atención a su propio avance, hasta que tropezaron con él deliberadamente.

—Bien... ¡Miren quién ha venido por más...! —gritó una de las muchachas por encima del ruido de la música sintética.

La muchacha combó una cadera, apoyando una mano sobre ella, y luego se movió insolentemente, cruzando ambos brazos sobre sus generosos senos,

añadiendo:

—¡Es Spane, el cojo!

—Vamos, Rena —dijo la otra muchacha, a la vez que empujaba a su joven soldado hacia arriba.

Spane vio la insignia de las FEUSA sobre sus uniformes y, repentinamente, sintió una enorme melancolía en su interior.

—¿Y qué le parece a Spane si hace un poco el amor...? Apuesto a que tu Zenna aprendió más de dos cosas con esa muleta tuya...

La muchacha se arrojó sobre él, murmurando palabras obscenas, simulando ofrecerle sus brazos y la barata fragancia que despedía su chillón vestido de profesional.

Spane sintió una enorme repugnancia, y un amargo agradecimiento por haber podido lograr el bloqueo de sus pensamientos y los de Zenna, así como los pensamientos de los demás, los de las masas de no telépatas que le rodeaban. Había costado años, pero su cerebro había desarrollado una especie de costra para protegerse a sí mismo tras aquel horror del consciente flotando con los restos de las naves en el asteroide Marte-Júpiter, recibiendo la muerte de cada uno de los demás como si fuese la suya propia. Pero no volvería a ocurrir más.

Apartó a la muchacha con su brazo derecho y avanzó hacia el exterior.

Se desvanecieron tanto la risa de la muchacha como la cacofonía de los ritmos del baile, cuando de nuevo oyó el siseo de los neumáticos de los automóviles que rodaban sobre las húmedas calles.

Una ráfaga de viento le azotó y sintió que la neblina se fijaba en sus ojos. Vaciló un instante.

Y allí...

Allí, en la oscuridad, distinguió un movimiento.

Dio un paso.

Cojeando.

Súbitamente, sonó el ruido de un bidón que se volcaba.

Spane enfocó su mente.

Algo saltó al callejón, y su silueta se recortó bajo la luz de los faros de un coche que pasaba de largo.

¡Aaaaahhhh!

Se esforzó más la mente de Spane. Era la señal de una mente como la suya, que no podía cerrar.

¡Aaaaayyyy!

Hizo un esfuerzo para dar otro paso. Forzó sus ojos en la oscuridad, y entonces...

Sonó un fuerte siseo.

Pasaba otro coche por la calle, y allí, durante un instante, reflejando chispas de luz, estaban los ojos aterrorizados de...

Spane dio otro paso más.

«¡Dios! —pensó Spane—. Los ojos... son muy pequeños esta vez.»

La figura se quedó congelada como un gato sorprendido. Los ojos se cerraron.

«Espera.»

Spane pronunció la palabra mentalmente.

Dio dos pasos más.

Era solamente un muchacho que no tendría más de ocho o nueve años.

«Mira», pensó Spane. Vio los cautelosos movimientos, como los de un gato atemorizado, una criatura supersensible, con sentidos tan agudos, que había aprendido a evitar a la gente, a la gente cruel, con sus vicios y pensamientos de horror.

El muchacho le miró, confundido. Tenía subido el cuello de piel de su chaqueta y en una enguantada mano sostenía la pelota de caucho con la que estaba jugando. Se abrió su boca, pero de su garganta no surgió ningún sonido, claramente inseguro sobre lo que debía hacer al enfrentarse a otro igual por vez primera en su vida joven.

«No temas.»

«Mira —pensó Spane—, ya aprendió que debe evitar las calles, las multitudes, su propia casa y a la gente que no piensa y que vive en ella. Pero, ¿sabe él lo que le sucederá, cómo va a ser aquello? Todos los días hay un incendio, un accidente en la cercana carretera, la agonía de la disputa de dos enamorados borrachos que termina a cuchilladas o en algo aún peor, y cada vez, cada momento, un hombre es golpeado y dejado que se desangre en un callejón como éste..., o un bebé muere chillando en un baño de agua hirviendo, o nace... a cada minuto, a cada minuto él será esa persona. Sabrá

antes de que tenga catorce años lo que es ser un hombre que sufre hasta el extremo de pedir que le maten para acabar con sus sufrimientos. Y él no podrá detener el proceso. Algún día podrá aprender a cerrar su mente, pero eso le costará años y más años. Y por entonces ya se habrá vuelto loco.»

El muchacho le miró y sobre sus helados labios pareció esbozarse una sonrisa.

«¡Eh, señor! —pensó—. ¿Quiere usted jugar conmigo?»

Spane se detuvo a reflexionar.

«No sabe lo que es, porque si lo supiera se mataría.»

Entonces, experimentando un intolerable aburrimiento, avanzó hacia el muchacho.

Contuvo la respiración durante un largo minuto.

Entonces...

Alzó su muleta en la noche y la hizo descender con todas sus fuerzas y tantas veces como pudo.

E inmediatamente... los pensamientos del muchacho se desvanecieron.

Spane miró hacia el cielo de la noche. Sintió que entrechocaban sus dientes.

«Y aquél también —pensó—, aquél también.»

Y a continuación, el suave siseo del tráfico sonó tan lejos de él que fue como el suave ruido de una marea que tuviese lugar en alejadas costas, y dejando que la luz de las distantes estrellas se reflejara sobre el húmedo pavimento y sobre la inmóvil figura que allí abandonaba, Spane se fue a casa.

Notas

[1] Bond: lazo, enlace. <<

[2] Similitud de fonética entre Urth y Earth: Tierra. <<

[3] Clue: Pista, indicio. <<